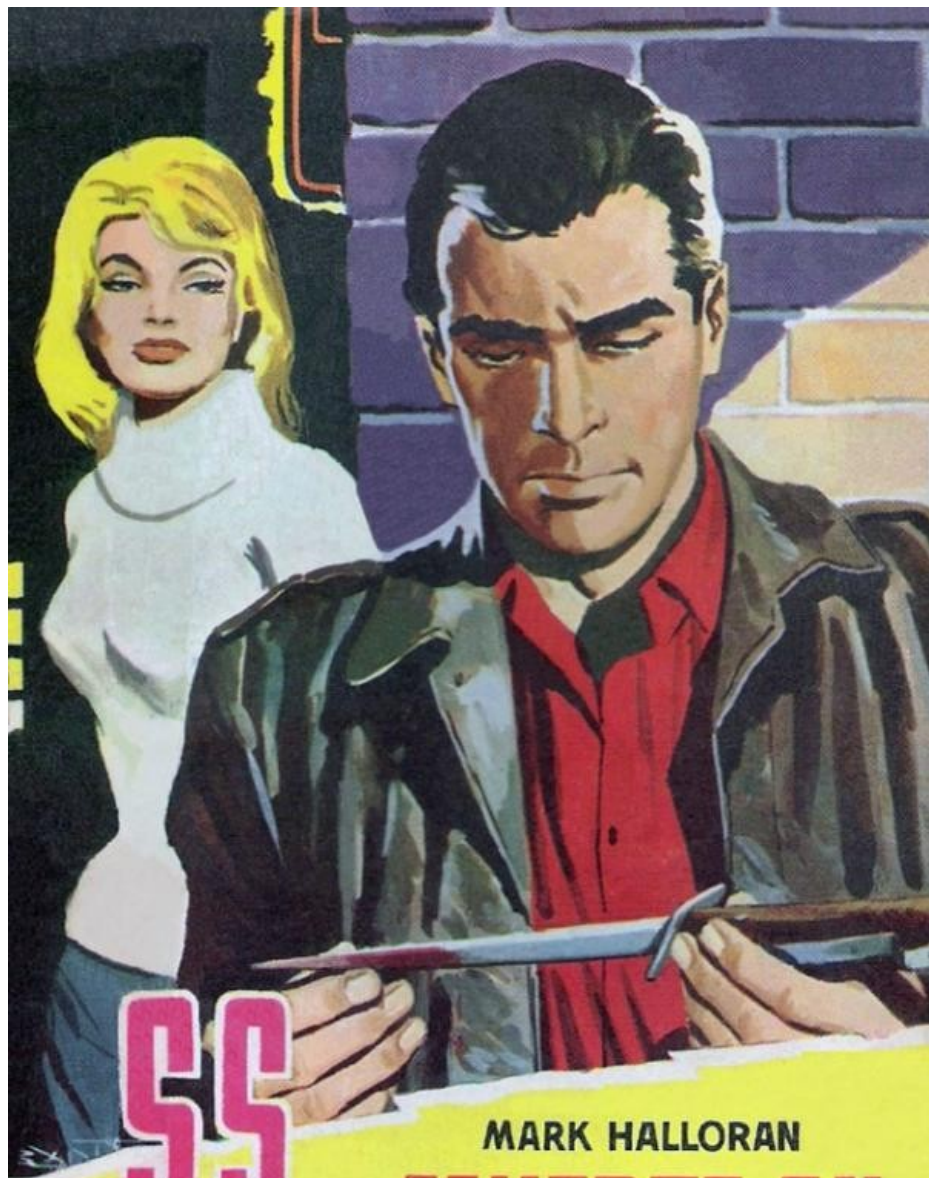




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

MUERTE EN EL VACIO

MARK HALLORAN

Muerte en el vacío

I.^a EDICION
MAYO - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 4.389 - 1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN - 1959

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

312. — ¡Volad, insectos de plomo! 480. — El hombre de Dodge.

En Colección BUFALO:

27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre. 198. — Jinetes en el cielo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

422. — Cadáver con faldas. 442. — Muerte bajo los focos. 444. R.I.P., en Dakar. 454. — Con la vida marcada.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.

MUERTE
en el
VACIO

por
MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha, dijo en tono desdenoso:

—Seguro que es una mujer. A mí no me engañas, ¿sabes? Pero no me importa. Ve a reunirse con ella, hala, dile esas cosas que sueles decir... Si ha sido lo bastante idiota como para enamorarse de ti, no valdrá mucho.

Estaba enojada.

Stan la veía a través del espejo, al cual se miraba él para peinarse; instalada en la otomana, sentada sobre sus piernas cruzadas, la espalda y la cabeza apoyadas en la pared, un cigarrillo entre los labios. Vestía una falda de franela negra y un jersey color marfil de cuello alto que dibujaba nítidamente las líneas juveniles de su torso. Le caía sobre los ojos un mechón de cabello castaño rojizo.

Sonrió observándola. Se daba aires de mujer fatal, pero era solo una chiquilla caprichosa.

—Yo no te he pedido que vinieses. Te dije que estaría ocupado.

—Conozco tus ocupaciones.

Stan dejó el peine en el estante del lavabo y atravesó diagonalmente la habitación para descorrer la cortina que cubría una alacena. Sacó de esta una cazadora de cuero y se la puso. Comprobó que llevaba en los bolsillos de costumbre la documentación y el dinero. Fue a la mesilla contigua a la otomana y recogió el tabaco y las cerillas que había sobre ella.

La muchacha le seguía con los ojos.

—Alguna bruja que te ha hechizado —añadió, como dando voz a sus pensamientos—; alguna viuda que no sabe qué hacer con su dinero con las joyas que tiene ocultas con su piso antiguo y lujoso. Tú no eres como los demás Stan. Finges serlo pero te reservas una parte para ti mismo. Tus ambiciones. Vas en busca de algo y no te importa lo que encuentras por el camino mientras no sea lo que buscas; disimulas, no lo dices a nadie, pero no puedes evitar que se te note...

Él la miraba, plantado ahora en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos.

—Y tú eres tan inteligente que lo has descubierto —replicó burlonamente—. Busco una viuda rica.

—¿Lo admites?

¿Intuición femenina?

Era notable que ella hubiese adivinado una parte de la verdad: que él no era como los demás, que buscaba algo concreto y no le importaba lo que encontrase en su camino, mientras no fuese precisamente lo que buscaba. ¿Se le notaba realmente?

¡Pero era una viuda rica!

—No me hagas reír, Myra. Vámonos ya. Es tarde.

La muchacha respondió con un mohín:

—Yo me quedo.

Él se limitó a ir a la puerta, abrirla y esperar.

—¡Stan, el semidiós! —exclamó ella, furiosa, tras haber remoloneado unos momentos—. ¿Por qué no fundas una religión y nos nombras a todas tus sacerdotisas? ¡Qué divertido!

Estiró las piernas y abandonó la otomana. Cogió el abrigo gris que tenía descuidadamente echado sobre aquella. Aplastó el cigarrillo en un cenicero.

La habitación era grande. Fotografías, unos pocos carteles y gran número de dibujos y telas pintadas de diversos estilos cubrían la casi totalidad de las paredes. El mobiliario se componía de la otomana, que de noche servía como lecho, seis sillas, dos de ellas de brazos; una mesilla, una mesa de buen tamaño y una biblioteca, las tres evidentemente de fabricación casera, lo mismo que las dos lámparas; una vieja alfombra y una estufa de hierro, el tubo de cuya chimenea salía por la ventana, en la cual uno de los cristales había sido sustituido por un rectángulo de madera.

En un ángulo había un lavabo; en otro, una ancha repisa de madera tosca que sostenía un fogón eléctrico de dos hornillos, una jofaina y algunos botes de conservas. Debajo de la repisa, un cajón; encima, algunos utensilios de cocina pendientes de ganchos fijados a la pared. Esta, en aquella zona y en la del lavabo, estaba esmaltada de amarillo hasta una altura de un par de metros.

Las paredes tenían cinco aberturas. Dos correspondían a sendas alacenas; una, a la puerta de un cubículo donde se hallaban los servicios higiénicos; la cuarta, a la puerta de entrada; la quinta a una ventana de regular tamaño por la que durante el día se divisaba un paisaje de tejados grises quebrado por la torre de la iglesia de San Juan. En aquel momento, ya anochecido, la ventana era un cuadro oscuro salpicado de lejanas luces amarillas.

La muchacha se puso el abrigo y anduvo hacia la puerta refunfuñando.

—¿Cuánto hace que no me invitas a cenar, Stan?

—Un siglo —dijo él. Apagó la luz y cerró la puerta—. Vamos, Myra, vendrás mañana u otro día. Están esperándome.

Ella le precedió por la escalera, levantando la cabeza en actitud de desafío y ciñéndose el abrigo al cuerpo. Stan sabía que su enfado era absolutamente infantil; que no sentía celos, aunque le gustaba aparentar que los sentía. Era así en muchas cosas. La vida de Myra estaba compuesta por un ochenta por ciento de fantasía y un veinte de realidad. Necesitaba imaginar muchas cosas porque era demasiado joven para sentirlas e incluso para comprenderlas.

La escalera, una escalera de casa antigua, olía a humedad y a frituras. Detrás de una de las puertas del segundo piso sonaba música, que Stan identificó mecánicamente: Dudachine, “Sinfonía del Tiempo Futuro”, primer movimiento.

Myra se detuvo y se volvió, con tal brusquedad que él no pudo evitar chocar con ella. Los brazos de la muchacha le rodearon la cintura; sus ojos alzaron hasta los suyos una mirada de candorosa ternura en la que, de pronto, toda señal de enojo se había esfumado.

—Bésame, Stan.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada. Tomó entre las manos su carita a un tiempo sensual e ingenua, su rostro de niña-mujer, y depositó un beso en la punta de su nariz.

—¡Así no! —protestó ella.

—¿Para qué quieres que te bese?

—¡Eres odioso! ¿Para qué? ¿Se besa para algo determinado?

—Contéstame.

Myra se humedeció con la lengua los carnosos y rosados labios.

—Muy bien. Quiero que me beses para saber si me engañas.

—¿En qué novela has aprendido ese método?

—Ninguna mujer necesita aprenderlo.

Él se desasíó de sus brazos y la obligó suavemente a volverse y proseguir el descenso. Dijo:

—Tú eres un ratón, no una mujer.

Llegaron a la calle.

El lechero que ocupaba la tienda de los bajos estaba barriendo la acera. Saludó a Stan guiñando un ojo.

Hacía un tiempo tibio y húmedo, más caluroso de lo que correspondía a fines de abril. Los dos jóvenes caminaron uno junto a otro hasta la segunda travesía, sin cambiar palabra. La calle estaba concurrida. Los tenderos se disponían a cerrar sus puertas, los empleados regresaban del trabajo, las amas de casa efectuaban las últimas compras y unas viejas salían de la cercana iglesia de San Juan.

En la segunda travesía había una parada de autobús.

—¿Vienes hacia Kowicz? —preguntó la muchacha cuando Stan se detuvo.

—Pues no.

—Entiendo. Solo quieres asegurarte de que no te seguiré.

Él le palmeó afectuosamente la nuca.

—Me he permitido la cortesía de acompañarte. ¿Nos veremos mañana?
¿A la hora de almorzar?

Ella se mostraba melancólica. Debía de ser, pensó Stan, la expresión que juzgaba adecuada al momento.

—Si quieres verme ya sabes dónde encontrarme.

Un autobús dobló la esquina.

—Adiós, Myra.

La joven titubeó.

—Stan.

—¿Qué?

El autobús se detuvo en la parada.

—Nada.

—¿Qué ibas a decirme, Myra?

—Nada... Nada, en serio.

Myra saltó al vehículo apenas se hubo apeado el último pasajero. El autobús se la llevó.

Stan quedó en tierra con el entrecejo fruncido.

¿Por qué eran tan raras las mujeres? Durante una fracción de segundo le había parecido que Myra se transfiguraba. Su titubeo, la manera como pronunció su nombre, ¿qué ocurrió en aquel fugaz instante?

¿Había acaso en el interior de la ligera y caprichosa Myra otra persona, una criatura responsable y consciente de cuya existencia no se hubiera él percatado aún? Ella se había presentado aquella tarde inopinadamente en su estudio. ¿Por qué precisamente aquella tarde?

¡Bah!

Sacó del bolsillo el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. No se movió de la parada. Había mentido: iba también en dirección a Kowicz. Tomaría el autobús siguiente.

¡Myra no tenía importancia! ¡No podía tenerla!

¿La conocía hacía cuánto?

Dos semanas. Él llevaba, cinco semanas en Varsovia, y la conoció hacía dos, una noche, en casa de Isaac Pilsk. Recordaba aquella noche como particularmente desagradable. Pilsk se había embriagado, y no tenía costumbre de beber; era un individuo tranquilo, capaz, respetable, que desempeñaba un cargo de relativa categoría en la Delegación de Arte Popular. Muchos de los jóvenes artistas que le estimaban y respetaban perdieron aquella noche toda la estimación y el respeto que sentían por él.

Stan había reparado en Myra porque el espectáculo de la embriaguez de Pilsk no semejaba incomodarla ni cohibirla como a los demás. Él había comentado:

—Es desagradable.

—Es delicioso —respondió ella—. *In vino veritas*, dice un adagio latino; en el vino está la verdad. Yo sabía que Pilsk era así; un cerdo; y no creo ser la única chica que lo sabía. Me alegro de que ahora se enteren todos.

Era mentira. Estaba más sorprendida, turbada y avergonzada que nadie, pero creía que adoptar aquella actitud era propio de una mujer de mundo.

Ella era todo lo contrario de una mujer de mundo. Durante las dos semanas siguientes, Stan la vio y la trató con frecuencia. No tardó en

descubrir que sus encuentros no eran casuales, como parecía. Myra provocaba la casualidad, con arte apenas superior al de una colegiala. A ratos resultaba divertido. Solo a ratos.

Y sin embargo era una muchacha atractiva, que en todas partes llamaba la atención de los hombres. La gracia natural de su figura tensa y flexible, la belleza de su rostro de altos pómulos, el tono castaño rojizo de su cabello, el fulgor de sus ojos pardos y, sobre todo, el hechizo desbordante de su juventud saltaban a la vista. Stan se había preguntado muchas veces por qué le dejaban indiferente a él.

¿Una niña?

Debía de tener diecinueve años. Stan había pensado que si parecía una niña era únicamente porque se esforzaba en parecer una mujer.

Dobló la esquina un nuevo autobús.

¿Por qué había Myra acudido a su estudio precisamente aquella tarde? Él dijo con la mayor claridad que estaría ocupado. A ella debió habersele ocurrido que ni siquiera le encontraría en casa. Pero fue. ¿Por qué?

Stan subió al vehículo y pagó su billete.

No, Myra no tenía importancia. No podía tenerla.

Había otras cosas de que preocuparse. La visita que se disponía a efectuar, y todo cuanto seguiría a la visita requerían mente clara y nervios firmes. No olvidar detalle. Comportarse, no como un hombre, sino como un mecanismo de precisión; el engranaje de una máquina cuyo funcionamiento no admite fallos.

¡Una viuda rica!

Stan sonrió amargamente.

Se apeó en la calle de Novomlava. Del Vístula, cuyas aguas se deslizaban no lejos de allí, alzábase un vaho de humedad que formaba halos en torno de las viejas farolas del alumbrado público. Sonaba río arriba la sirena de un remolcador.

Abundaban las ruinas en el barrio; heridas de guerra abiertas aún, que acaso no se cerrarían nunca. Pero la casa a que se dirigía había sido restaurada, así como todas las de su bloque. Restaurada. Modernizada no. ¿Para qué? La antigüedad era un elemento de belleza; cualquier antigüedad, con tal que se remontase por los menos al año 39.

La portera canturreaba encerrada en su portería.

Cuarto piso. Solamente dos puertas, grandes, sólidas, de madera oscura con adornas de latón dorado.

Stan respiró hondo antes de llamar.

—¿Rypin? —preguntó a media voz.

Había abierto la puerta una mujer, que le miraba insistentemente a los ojos. Era morena, de cabello intensamente negro, sin duda ennegrecido artificialmente, frente despejada y labios gruesos. Aparentaba entre treinta y treinta y cinco años. Se desprendía de ella un extraño atractivo, un

efluvio sensual perfecto como una especie de perfume.

Vestía una blusa negra, ajustados pantalones también negros, y calzaba chinelas doradas. Las uñas de sus blancas y cuidadas manos estaban asimismo pintadas de color de oro.

—¿Qué desea usted?

—Rypin me ha citado. Nos vimos el verano pasado por última vez.

Las cejas de la mujer se movieron casi imperceptiblemente.

—¿En Cracovia?

—En Lodz.

—¿Qué día era?

—Un jueves.

La mujer suspiró y se echó atrás para dejar paso franco. Cruzó por sus labios el fantasma de una sonrisa. Habló en inglés:

—Bienvenido.

Stan entró en el piso. Era grande, tenía que serlo para ocupar la mitad de la superficie de la casa. El recibidor estaba decorado con lujo un poco marchito, con sólidos y vastos muebles negros, una lámpara con pantalla de seda roja encendida en un ángulo. Lujo burgués de treinta años atrás; una reliquia que pedía acompañamiento de música de tango, cigarrillos egipcios y peinados a la garçon.

La mujer cerró la puerta.

—Me ha sorprendido que fuera usted tan joven —añadió, en el mismo idioma que antes—. ¿Todo en orden? Pase, no se quede ahí.

Apartó una cortina de damasco e indicó a Stan el pasillo. Él respondió:

—Por lo que se refiere a mí, todo en orden. Tan en orden que esto me ha tomado de improviso...

La pared del pasillo, en toda su longitud, estaba adornada con una colección de iconos. La mujer apartó una nueva cortina lateral y encendió las luces de un salón. Stan vio unos enormes sillones tapizados de raso, un piano de cola, consolas, jarrones chinos, porcelanas francesas, tapices turcos.

—¿Cómo está Walbruck?

—¿Walbruck? —repitió Stan, desconcertado.

—Oh, usted debe de conocerle por Steele, Harry Steele.

—No conozco a ningún Steele.

—Eme Ciento Once. Walbruck era el apellido que usaba aquí.

—Jamás le he visto —dijo el joven. Ahora ya sabía que la mujer le hablaba de su antecesor, pero era cierto que jamás le había visto—. No he tenido un solo informe desde que llegué; y caso de haberlo tenido es dudoso que le mencionara.

—¿Cuánto hace que llegó?

—Cinco semanas.

—¿Vía Tres Ce?

—Cuatro Ce.

—Tuvo suerte, muchacho. Bien, no se preocupe; esto es tranquilo. He trabajado con Walbruck más de tres años sin encontrar dificultades serias... Fue una pena que el pobre enfermase. Cáncer, me dijo. Tenía arruinada la moral. La idea de haber de morir en la cama le sublevaba.

—Lo supongo —asintió Stan.

La mujer le indicó los sillones del salón.

—Siéntese y espere. ¿Cuándo recibió la consigna?

—Anteayer.

—No creo que el enlace tarde mucho. Póngase cómodo... ¿Cómo he de llamarle? Gleiwitz, ¿no es así?

—Stan. Stanislas Gleiwitz.

—Le traeré algo de beber. Usted y yo tenemos que hablar.

Stan entró en el salón y las cortinas se corrieron a su espalda.

El ambiente era incómodo, producía una vaga sensación de asfixia. El aire olía a reclusión, a polvo, a viejos perfumes rancios. La lámpara pendiente del techo derramaba una claridad amarillenta que semejaba diluirse en las excesivas dimensiones de la pieza. Las sombras se condensaban en torno a los muebles.

Las personas capaces de sentirse a gusto en aquel lugar eran ahora ancianos aturridos por los cambios que el mundo había experimentado; precisamente los cambios con que ellos soñaron treinta o cuarenta años antes.

Transcurrieron cinco minutos.

Reinaba en la casa completo silencio.

Stan encendió un cigarrillo y se acomodó, en un sillón.

Diez minutos. Doce. Quince.

¿No había anunciado la mujer que le traería algo de beber?

¡Quince minutos!

Entre dos consolas, se hallaba colocado un mueble con puertas de cristal, lleno de libros. Stan lo tenía delante.

Diecisiete minutos.

Tras haber mirado el reloj se inclinó para leer, por puro hábito, los títulos de los volúmenes.

En el instante en que lo hacía captó algo como un movimiento, una cosa rara, no supo qué. Hubo en el aire, bajo la luz, un rapidísimo, centelleo. Un choque sordo se produjo en el respaldo de raso del sillón.

Stan se volvió.

Quedó atónito. Del respaldo sobresalían el mango estrecho y negro de un cuchillo. La hoja se había hundido totalmente en la tela y el relleno.

¿De dónde procedía?

De la puerta, no era posible otra explicación. Había sido arrojado entre las cortinas.

Stan saltó hacia allí.

Al otro lado de las cortinas, en el pasillo, no había nadie. Tampoco en el contiguo recibidor. La puerta de la escalera estaba cerrada.

No se oía en toda la casa el menor ruido, hasta el punto de que el silencio adquiriría una cualidad espeluznante. Tenía que haber alguien, empero; alguien que vivía, se movía, respiraba, caminaba. El cuchillo había sido arrojado, y con ánimo de matar.

Las luces del recibidor, del pasillo y del salón se hallaban encendidas. ¿Dónde estaría la mujer?

El pasillo se prolongaba más allá del recibidor, cerrada también por unas cortinas la entrada, de este segundo tramo.

¿La mujer?

Estaba allí, en la puerta misma de la cocina. Tendida de través en el umbral.

La habían degollado seccionándole de manera horrible la garganta, y había manado de su herida una cantidad asombrosa de sangre, que empapaba su blusa, sus pantalones, y formaba en el suelo un gran charco.

CAPÍTULO II

Había sido una soberbia mujer, en la plena sazón de su juventud y su belleza; como una rosa en el exquisito intervalo en que se han abierto ya todos sus pétalos y no ha empezado a marchitarse aún.

Ahora era una sucia piltrafa.

¿Hubo alguien más en el piso? ¿Sabiéndolo ella?

Stan salvó de una zancada el charco de sangre y entró en la cocina. Vio enseguida la puerta abierta, que daba paso a una pequeña terraza cubierta en la que había un lavadero. La terraza comunicaba con un patio interior. El cuarto piso era el último de la casa. Solo unos metros más arriba estaba la baranda de la azotea. Alcanzar esta resultaba imposible, pero no si, por ejemplo, colgaba una cuerda desde lo alto.

Sin detenerse a ver más, Stan se precipitó a la puerta de la escalera y la abrió. Existía una probabilidad entre mil de que el asesino no hubiera bajado aún o estuviera bajando en aquel momento.

No. Nadie. Ni siquiera se oía al intruso a la altura de los pisos inferiores, ni se le veía mirando por el hueco central.

De un clavo dorado colgaba, detrás de la puerta, un juego de llaves. Stan las tomó y comprobó que correspondían a la cerradura; salió, cerró y echó a correr hacia la azotea. Una mirada a la puerta de esta le reveló que era acertada su hipótesis: estaba abierta, y había sido burdamente forzada la cerradura correspondiente. Fuera, en la azotea, halló la confirmación. Una recia sogá aparecía atada al soporte metálico de un tendedero, a un metro de la baranda del patio. El asesino la había sin duda recogido después de izarse por ella, aunque abandonándola en su precipitada fuga. Estaría ya lejos. Habíase movido con extraordinaria celeridad.

Reconstruir sus movimientos no ofrecía problema. El intruso subió por la escalera, forzó la puerta de la azotea y se descolgó al lavadero; entró en la casa por la cocina; en esta degolló a la mujer, y por el recibidor y el pasillo alcanzó la puerta del salón. Tras arrojar el cuchillo que sería el arma con que cometió el crimen, habíase retirado por el mismo camino, de modo que las cortinas del recibidor impidieron que Stan le viese. Le llevaba una ventaja de segundos, acaso de fracciones de segundo, que sin embargo bastaron. Desde la azotea, sin detenerse a deshacer el nudo de la sogá huyó, bien saltando a otro u otras azoteas contiguas, bien por la escalera de la propia casa. El empleo de la sogá, que era nueva y había sido cortada en una longitud aproximada de cuatro metros, no más que la precisa, indicaba que todo fue planeado de antemano y si no todo por lo menos el asesinato de la mujer tal como se ejecutó.

Stan regresó al piso.

El cuchillo era, efectivamente, el arma del crimen: cuando lo arrancó del sillón observó que la conjunción del mango y la hoja conservaba rastros de sangre. Se trataba de un arma peculiar. Medía en total unos treinta centímetros de longitud. La hoja era estrecha, aguda, simétrica y con filo por ambos lados. El mango era de asta pulimentada, cilíndrico, salvo las entalladuras correspondientes a los dedos. Estaba perfectamente equilibrado.

Todos los detalles del golpe revelaban la obra de un profesional.

Parado en medio del salón, absorto en sus pensamientos, Stan se movió únicamente para aproximarse a la librería y leer a través de las puertas de cristal el título de los volúmenes. Había sido la curiosidad habitual, su normal interés por los libros lo que le salvó la vida. Se estremeció al recordarlo. En el momento en que se inclinaba hacia aquel mueble había surcado el aire el largo y siniestro cuchillo ensangrentado. Faltó poco, un par de palmos, para que le hincase en el corazón.

Un profesional. Solo un profesional muy diestro hubiera podido efectuar el lanzamiento con tanta precisión, a través de toda la longitud del salón y por el resquicio que dejaban las cortinas.

¿Y qué? ¿Por qué?

Él no sabía una palabra de la mujer muerta, ni siquiera su nombre; salvo que ambos, él y ella, navegaban por decirlo así a bordo de la misma nave. Las instrucciones que recibiera la antevíspera se limitaban a una hora y unas señas: una calle, un número, un piso, una puerta; y a una consigna: Rypin, el verano pasado, Cracovia, Lodz, un jueves. Esto era todo.

Después de cinco semanas, esto era todo.

Ella había dicho: “No creo que el enlace tarde mucho”. Aparte él mismo, pues, alguien había de acudir al piso: el enlace, quienquiera que fuese. Acaso su presencia aportara alguna explicación.

Mientras tanto convenía ganar tiempo.

Stan recorrió la casa de un extremo a otro, inspeccionando una por una las habitaciones. No tardó en percatarse de que la mujer vivía sola. Sola en aquel espacio capaz para más de veinte personas, rodeada de aquel lujo pasado de moda pero no superado todavía. Había seis dormitorios principales, un vasto comedor, un salón, una sala de estar, una galería acondicionada como invernadero.

El enlace no había llegado aún cuando Stan terminó su recorrido y, pasó a efectuar un registro minucioso. De los seis dormitorios, el mayor y más suntuoso era el ocupado por la mujer muerta. Parecía imposible: sedas, oro, porcelana, cristal, perfumes franceses: un ajuar principesco, modelos de París, medias americanas y un surtido de prendas interiores como Stan no las había visto en su vida.

¿Estaba en Varsovia? ¿En la oscura y pobretona Varsovia actual?

La mujer se había llamado Irina Novak. Era viuda.

Viuda de un hombre que se llamó Vladimiro Czudec, fallecido, al parecer, durante la guerra, quince años antes.

Stan halló la documentación en un escritorio del cuarto de estar.

¡Viuda, rica y ocupante de un piso antiguo y lujoso!

¿Cómo era posible?

Myra había pronunciado aquellas palabras. ¡La pequeña, ligera e ingenua Myra!

¡No, no, no! Tenía que ser una coincidencia. Antes de su llegada a la casa, Stan no sospechaba siquiera la existencia de Irina Novak. Nunca la había visto, nunca la había oído mencionar. ¿Cómo podía Myra saber algo de ella? Más aún: ¿cómo podía saber que se dirigía a visitarla, cosa que ignoraba él mismo?

¿Coincidencia?

Stan se estrujó las manos, hizo chasquear los nudillos. Por dos palmos se había librado de la muerte momentos antes, pero la muerte continuaba rondando en derredor y a partir de aquel momento se acercaría más y más. Y la muerte no lo era todo; un simple accidente de trabajo. Lo peor era la destrucción del engranaje, la avería que inmovilizaría sin remedio la poderosa máquina.

¡Coincidencia! ¿Se daban en su oficio aquellas coincidencias?

Sobre el escritorio había una foto enmarcada, con una dedicatoria en idioma ruso. Mostraba a un hombre de mediana edad, fuerte, de cara franca y ojos duros, que vestía el uniforme del ejército soviético. Stan le conocía perfectamente, como miles de personas en Polonia y fuera de ella. Era el general Slobodkin.

La luz comenzó a hacerse en el cerebro del joven. La posición privilegiada de Irina Novak, el lujo que la envolvía, la riqueza y variedad de su vestuario tenían una clara explicación. Buenas amistades. Íntimas. La clase de amistades íntimas que entre hombres maduros encuentra una mujer de turbadora belleza que se pinta las uñas de color de oro.

Había dos fotos más en un cajón del escritorio. Stan no conocía a aquellos personajes, pero uno vestía asimismo uniforme soviético, con las insignias de coronel, y el otro, vestido de paisano, en mangas de camisa y sonriente, había, como Slobodkin, escrito una dedicatoria en idioma ruteo sobre su propio retrato.

Cartas.

Estaban reunidas en fajos, sin clasificar. Cartas convencionales, cartas de amor, cartas comerciales. Las relaciones de Irina habían sido muy extensas, y no solamente las relaciones amorosas. Era evidente que su esfera de influencia se extendía hasta Moscú. Los rasgos de su personalidad se afirmaban, trazando una silueta que Stan admiraba con profundo

asombro.

¡Qué extraña mujer!

¿Cuál era la verdad con respecto a ella?

No cabía duda de que durante años actuó en Varsovia como agente americano, pero, ¿había en el fondo jugado con dos barajas? ¿Quién era en realidad? ¿De dónde procedía? ¿Cuáles eran sus contactos?

Stan lo registró todo cuidadosamente, sin prisa, estudiando al detalle la disposición del piso, buscando en los lugares posibles y en los imposibles, poniendo en práctica hasta el último recurso de su profesión. No encontró nada que vinculase a la mujer con la red norteamericana en Europa Oriental.

Y sin embargo estaba vinculada. Estrechamente vinculada. Consignas, mensajes e informes llegaban a sus manos. Había trabajado con M-111, alias Walbruck, alias Harry Steele, y conocía incluso la naturaleza de la enfermedad que hizo necesario su relevo. Sabía, no solo la clave con que eran designadas las vías de acceso a Polonia de un agente secreto, sino incluso que era más cómoda la 4-C que la 3-C. “Tuvo suerte, muchacho”, le había dicho.

¿Cómo sabía todo eso? ¿Acaso aquel piso era la tapadera de otra base de operaciones más segura? ¿Dónde estaría dicha base?

Sobre el escritorio había un vade de pergamino, y sobre el vade un sobre de tarjeta escrito y cerrado. Stan lo había visto desde el principio, pero no lo tocó hasta haber completado el largo y exhaustivo registro. Entonces, pensativo, lo cogió y lo abrió.

El texto del sobre rezaba:

KATIA ROSEMBERG
LA ESTRELLA
PLAZA DIEZ DE MAYO

Dentro había dos boletos de entrada para el Teatro del Pueblo, fecha del día siguiente, y una tarjeta de Irina con unas palabras manuscritas.

“Querida, te envió las entradas de esta noche. Puedes devolver la mía o aprovecharla con otra persona. Tengo que aumentarme y no regresaré hasta el lunes. Lo siento. Ya te llamaré. Abrazos”.

Las entradas de “esta noche”; es decir, que la tarjeta, echada al correo o entregada a mano, debía ser recibida al día siguiente. E Irina tenía que ausentarse y no regresaría hasta el lunes... ¿Por qué? ¿Para qué?

En la totalidad de los documentos examinados por Stan no había otra alusión a Katia Rosenberg ni al lugar llamado La Estrella. Sin embargo, el

texto revelaba la existencia entre las dos mujeres de un grado considerable de amistad. Proyectaban ir al teatro juntas. Irina se excusaba por ausentarse. Prometía llamarla.

¿Quién sería Katia Rosenberg?

Stan tomó los boletos, la tarjeta y el sobre, les prendió fuego con una cerilla y desmenuzó las cenizas en un cenicero. Katia Rosenberg, La Estrella, plaza Diez de Mayo. No olvidaría nombre y señas fácilmente.

Se sobresaltó al consultar el reloj.

¡El tiempo había volado! ¡Faltaban pocos minutos para que fuera cerrada la portería!

¿Y el enlace?

Que cerrasen la portería no tenía importancia para él, pues podía salir en cualquier momento con las llaves de Irina; pero, ¿era presumible que el enlace llegase con la portería cerrada?

Algo había fallado. Fuera de su alcance, de su radio de acción, del terreno que conocía, algo terrible estaba ocurriendo. Irina dijo que el enlace “no tardaría mucho”; no podía referirse con ello a una espera de varias horas. Las instrucciones recibidas por Stan concretaban exactamente la hora de la visita de este a la casa. Era absurdo que la concretasen si existía tan amplio margen de espera.

No, la máquina no funcionaba así, y si funcionaba así era porque se había averiado. Irina Novak estaba muerta, ¡y cómo había muerto! A él, Stan, solo el azar había librado de correr la misma suerte. El enlace no había acudido.

¡Qué desastre!

Stan ignoraba quién era aquel enlace, entre quiénes actuaba como tal, de dónde procedía, cuál habría sido el motivo de su presencia. Lo ignoraba todo. Él debió haber muerto, y seguía vivo; pero solo, perdido en las tinieblas, aislado en un vacío absoluto.

Aguardó media hora más.

Nada.

¿Qué debía hacer?

Recorrió la casa por última vez y se detuvo ante el cadáver de Irina. La sangre se había secado formando una nauseabunda costra parda. Algunas moscas, tenaces moscas de abril, explotaban la horrible herida del cuello.

Stan se encogió de hombros. Fue al salón en busca del cuchillo, que antes dejara sobre la butaca donde estuvo sentado, y se lo guardó. Tomó de nuevo las llaves, abrió la puerta, volvió a cerrarla y emprendió el descenso por la escalera, que a la sazón se hallaba a oscuras.

Respiró profundamente al salir a la calle. Tres o cuatro personas circulaban distraídamente. Una joven pareja se despedía en la esquina con cálidas demostraciones de afecto. Todo era normal y regular, tranquilo y cotidiano; todo salvo la mujer degollada en el cuarto piso y todo cuanto

con ella se relacionaba.

Tenía que atravesar más de media ciudad para dirigirse a la plaza Diez de Mayo, pero el conocimiento detallado de las vías y transportes urbanos formaba parte de su adiestramiento especial. Anduvo sin titubear hasta la parada del tranvía correspondiente...

Aguardó unos minutos con un cigarrillo entre los labios. ¡Adiestramiento especial! Daba risa. De nada servirían sus preparativos de cinco semanas ante el cariz que tomaban las cosas.

El tranvía le dejó a cien metros de la plaza.

En una sola ocasión había estado anteriormente allí, y fue de día. De noche era diferente. Los rótulos luminosos convertían en alegría multicolor la triste fealdad de los edificios. Una serie de cervecerías, restaurantes y salones de baile se habían concentrado por natural afinidad en la plaza y sus inmediatos alrededores.

La Estrella era un café cantante de categoría, decorado en el estilo pesado y sobrio que en los últimos años se había puesto de moda en Varsovia. Stan, parado en la acera, estudió su apariencia exterior. El local tenía una puerta giratoria. Las cortinas color vino de sus ventanales impedían ver lo que ocurría dentro.

No ocurría nada de particular. Stan observó al entrar que, como esperaba, el público pertenecía a la nueva clase media de funcionarios del Estado, cuyos gustos eran tan vulgares, sosos y monótonos como los de la clase media anterior. Un quinteto de músicos actuaba en el estrado. En la parte anterior de este, una muchacha morena y regordeta, con las trenzas arrolladas sobre la cabeza como una torta, interpretaba al compás de la música una danza folklórica mazoviana. Algunos espectadores entusiastas marcaban el compás golpeando con manos, tazas, vasos o cucharillas sobre las mesas: los restantes charlaban entre sí o dedicaban a las camareras bromas estúpidas.

¿Sería Katia Rosemberg una de aquellas camareras?

Parado cerca de la puerta, Stan las examinó tratando de imaginar a cualquiera de ellas, asistiendo al teatro en compañía de Irina Novak. No. La imagen no cuajaba. Las muchachas eran bonitas y saludables, por supuesto; pero Irina no había sido exactamente bonita y saludable: fue otra cosa mucho más difícil.

¿Una de las artistas?

No podía saberlo sin haberlas visto actuar a todas.

La sala estaba flanqueada por una hilera de reservados a los cuales se entraba por detrás, por un pasillo cuyas puertas ostentaban cortinas de terciopelo color vino, que era el tono dominante en la decoración. Stan se introdujo por la más próxima de aquellas puertas y avanzó por el pasillo hasta encontrar libre uno de los reservados; entró en él y se sentó.

La camarera que acudió dedicó una expresiva mirada a su atuendo

informal y a su cazadora de cuero. Stan sostuvo la mirada colocándose un cigarrillo entre los labios. Tomó la carta que la muchacha le ofrecía. No la leyó hasta que ella hubo bajado los ojos.

En la carta había solamente bebidas.

—¿Se puede comer alguna cosa?

—¿Se refiere a servicio de restaurante?

—A lo que sea.

—¿Caviar? ¿Oppicken, por ejemplo?

—Traiga oppicken y una botella de Pozna. Y diga a Katia que necesito hablar con ella.

La camarera pestañeó.

—¿A quién?

—A Katia Rosenberg.

—¡Oh! —articuló la joven.

Se retiró.

Stan esperó fumando, recostado distraídamente en el antepecho del palco, recorriendo la sala con la vista. La danza mazoviana había, por fortuna, terminado. Los músicos actuaban solos ahora.

La camarera reapareció con una bandejita de oppicken cortado en lonjas, una pequeña mantequera, un panecillo tostado, una botella de vino de Pozna y el servicio correspondiente. Lo dispuso todo sobre la mesa sin pronunciar palabra. Luego, soltó las cortinillas que aislaban el palco de la sala, y entonces dijo:

—La señorita Rosenberg me encarga preguntarle quién es usted y qué desea.

Stan dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

De modo que era la “señorita” Rosenberg.

—Le traigo un recado urgente de parte de Rypin.

—¿Me repite el nombre, por favor?

Un tiro al azar: Rypin, el verano pasado, Cracovia, Lodz, un jueves. ¿Por qué no?

Stan sentía apetito. Comenzó a comer.

Pero se interrumpió para levantarse con instintiva galantería cuando Katia Rosenberg abrió la puerta del reservado. La primera mirada de ella fue para las cortinillas. Solo al comprobar que estaban echadas entró y le miró a él.

—¿Es un ardid? —preguntó.

Stan sostuvo su mirada. Cualquier ardid hubiera valido la pena con tal de conocerla, porque era una mujer excepcional. Tenía un cutis delicadamente tostado, en contraste con el cabello rubio platino y con los ojos de un verde oceánico, profundo, turbador. Sus facciones hebreas trasuntaban pasión e inteligencia, estaban animadas por el hervor, vital de una heroína o una amante bíblica. Resultaba difícil calcularle la edad, pero

su cuerpo era asombrosamente joven, fresco y tentador. Sus desnudos brazos semejaban tallados a torno, y al mismo tiempo tenía vida propia, como fantásticos seres de otro mundo. Lucía una extraña pulsera de malla de oro. Un clip también de oro cerraba el escote de su sencillo y elegante vestido de negro.

—Piense lo que guste —dijo Stan, pugnando por someter a control sus sensaciones—. Vengo de parte de Rypin. Me llamo Stanislas Gleiwitz.

—Lo he pensado —respondió serenamente ella. Estaba dentro del reservado, pero mantenía la puerta entreabierta a su espalda—. No conozco a ningún Rypin.

—¿Está segura?

—Completamente. Y usted también.

—Trate de recordar. Se vieron por última vez el verano pasado.

—¿Aquí?

—En Cracovia.

La mujer movió negativamente la cabeza.

—No comprendo su insistencia. Sabe de sobra que no conozco a nadie de ese nombre. Si no es más que un pretexto, si realmente quiere algo, ¿por qué no lo dice con claridad? No tema, no le voy a morder.

El tiro al azar no había dado en el blanco. Era mucho pedir.

Stan se devanó los sesos buscando un medio de despertar la curiosidad de ella y retenerla a su lado. Disponía de aquel medio: mencionar a Irina. Pero a ningún precio quería mencionarla.

—Rypin era amigo de Walbruck.

Irina le había hablado de Walbruck, su antecesor. Había una remota posibilidad de que también Katia. Rosenberg le conociese.

Le conocía. Sus verdes ojos lanzaron un destello.

—¿Karl Walbruck?

¿Se habría hecho llamar Karl?

—Sí.

Stan comprendió enseguida que había triunfado en su empeño: la mujer cerró por completo la puerta del reservado.

—Siéntese —dijo.

Y tomó asiento frente a él.

CAPÍTULO III

Estaba inexplicablemente nerviosa.

—Es usted la primera persona que me habla de Karl en dos meses. ¿Qué ha pasado? ¿Adónde ha ido? ¿Le ha visto recientemente?

Su interés era sincero. Un gran interés, cálido, palpitante, femenino.

—¿Dos meses? —preguntó Stan, observándola.

—Desde que se marchó de aquel modo, sin despedirse, sin dejar rastro. Llegué a pensar... Bien, usted sabe lo que ocurre hoy en día con algunas personas. Pero con él no parecía posible.

—¿Qué es lo que ocurre con algunas personas?

Katia titubeó.

—Ya sabe a lo que me refiero. Unos dicen que es cosa de la policía; otros, que esas personas que desaparecen huyen al extranjero. Probablemente unos y otros tengan razón, según los casos... ¡Oh! Pero usted, viene de parte de alguien llamado Rypin. Si pudiera precisar más los detalles...

—No importa ya, puesto que usted no le recuerda.

¿Por qué habría M-111 frecuentado el trato de aquella mujer, según se deducía de sus palabras? ¿Solamente por su belleza? ¿O sería por razones profesionales?

¿Y por qué lo frecuentaba Irina Novak?

A Stan le hubiera gustado saberlo antes de arriesgarse a dar un paso en falso.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Las últimas veces que vio a Karl Walbruck, ¿notó en él algo de particular?

—¿En su carácter?

—En su aspecto físico.

Katia frunció el entrecejo.

—Estaba... desmejorado. Cansado. Ahora recuerdo que él mismo lo dijo... ¿Por qué? ¿Acaso cayó enfermo y me lo ha ocultado?

Stan replicó fríamente:

—Ha muerto.

La mujer se echó atrás. Le temblaron los labios.

—¡Oh, no! —murmuró.

¿Qué significaba aquello? Irina Novak había sido amiga suya, y sabía perfectamente que Walbruck estaba enfermo de cáncer. Katia, en cambio, lo ignoraba. La noticia de su muerte, cierta o no —Stan acababa de inventarla para forzar sus reacciones—, había sido para ella una sorpresa.

Irina no le dijo nunca, pues, que conocía a Walbruck: de lo contrario habría hablado de su enfermedad, y la desaparición del hombre no habría sido para Katia Rosenberg un tan completo misterio.

¿Por qué Walbruck e Irina, ambos separadamente, se relacionaban con aquella hermosa mujer? Esta pregunta estaba tornándose inquietante.

Stan llenó de vino su vaso y lo empujó a través de la mesa.

—Beba. Lo necesita.

Katia bebió alzando el vaso con temblorosas manos.

—Gracias. Usted... ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Stan Gleiwitz.

—¿Era amigo suyo? ¿De Karl? ¡Cuénteme, por favor! ¿Cómo es posible? ¡No puedo creerlo!

—Tenía un cáncer.

—¿Karl?

—Vamos, serénese —dijo él entre dientes. Untó un trozo de pan con mantequilla, tomó una lonja de oppicken y comenzó de nuevo a comer—. Lamento mucho esto. No imaginaba que la noticia hubiera de afectarla tanto. Rypin debió habérmelo advertido.

Katia estaba inmóvil, con las manos en el regazo, ocultas bajo la mesa, mirándole fijamente, sin expresión en los ojos. Solo traicionaban su emoción las comisuras de sus labios.

—Cuénteme —repitió.

—No puedo contarle nada. Rypin me ha dicho que viniera y le dijese a usted que Walbruck había muerto de un cáncer, eso es todo. Yo no le conocía. Creo que no, por lo menos. Hasta hoy no me había hablado Rypin de él.

—¿Por qué le ha enviado a usted? ¿Por qué no ha venido en persona?

Era evidente que ella se esforzaba en vano por identificar aquel nombre.

—¿Rypin?

—¡Sí!

—Estaba de paso en Varsovia. Se ha marchado esta tarde.

—No consigo recordar... ¿Volverá? ¿Vive lejos?

—Vive en Cracovia.

—Le escribiré. Deme sus señas.

Stan engulló un bocado. Se sirvió vino.

—No las sé. Rypin y yo estamos desconectados desde que se trasladó allí. Llevaba infinidad de tiempo sin verle.

Una fugaz expresión de desconfianza se pintó en el rostro de la mujer.

—¿Le ha dicho cuándo y dónde murió Karl?

—No.

—Es horrible —musitó ella.

Stan terminó de comer en silencio.

En el momento en que se disponía a hablar sonaron en la puerta unos discretos golpes.

—Está abierto —anunció él, alzando la voz.

La camarera que le había servido asomó la cabeza.

—Discúlpenme. El señor Zarki pregunta por usted, señorita Rosenberg. Katia se estremeció.

—Voy enseguida.

Hubo un nuevo silencio. La mujer continuaba sentada.

—¿Se siente mal?

—Reflexionaba, simplemente. Usted se llama... Stan Gleiwitz. ¿Volverá por aquí, señor Gleiwitz? Ahora me veo obligada a dejarle. ¿Volverá?

Sonreía, y su sonrisa no parecía artificial. Había recobrado el dominio de sí misma.

—¿Para qué volver?

—Este es un sitio divertido.

—Volvería por usted —dijo Stan, mientras ella echaba atrás su silla y se levantaba—. Usted vale por el sitio entero.

—Pues vuelva. ¿Dónde vive?

La pregunta semejaba casual. No lo era.

Stan vaciló una fracción de segundo.

—En la calle Slonim, detrás de la iglesia de San Juan. Número sesenta y tres, quinto piso, quinta puerta.

—Está lejos, pero puede venir cuando le sobre un rato. Buenas noches, señor Gleiwitz, y perdóneme, se lo suplico.

Stan se puso en pie.

—¿Por qué perdonarla?

—Tengo esta noche los nervios desquiciados. Ha sido muy amable informándome de lo del pobre Karl, y realmente no había motivo para que usted imaginara... Cosas de mujeres. Un mal momento. La noticia me ha impresionado más de lo que yo misma podía sospechar.

Abría ya la puerta.

—No se preocupe —dijo él—. Espero que ese señor Zarki la consuele.

Katia se detuvo en el umbral. Iba a salir, le daba a medias la espalda y no veía su rostro.

—¿Cómo?

—Su pena se ha desvanecido en cuanto le han anunciado que un tal señor Zarki preguntaba por usted. Simplemente, me ha parecido curioso.

Ella emitió una corta risa metálica.

—Es usted observador, señor Gleiwitz. Buenas noches.

Salió y cerró la puerta.

Stan volvió a sentarse y apartó las cortinillas para examinar la sala. Esperaba ver a la mujer, acaso también al señor Zarki, y saber cómo era este; pero no vio a ninguno de los dos.

Cuando hubo vaciado la botella de vino llamó a la camarera para pagar.

—No, no me debe nada —dijo la muchacha. Su actitud era ahora mucho más amistosa y desenvuelta—. Está pagado.

—¿De veras?

—Obsequio de la casa.

—¿Orden de la señorita Rosenberg?

—Naturalmente.

Stan sonrió, la guiñó un ojo y abandonó el reservado.

Eran más de las once de la noche. ¡Cómo volaba el tiempo!

Tomó un tranvía para regresar a la calle Slonim, donde estaba su estudio. El tránsito era prácticamente nulo a aquella hora. Los transeúntes abundaban en los alrededores de la plaza Diez de Mayo, pero se hacían más escasos y desaparecían finalmente por completo a medida que el vehículo público se acercaba al extrarradio de la ciudad...

Sentado, apoyada la frente en el cristal de la ventanilla, mirando al exterior, Stan reflexionaba. Irina Novak llevaba ya varias horas muerta; su contacto con el enlace —¡qué ambigua palabra!— llevaba ya varias horas frustrado. Tal situación no podía mantenerse.

A nadie encontró en el camino desde la parada del tranvía a su casa. Subió al estudio. Encendió un momento las luces de este, solamente al entrar, mientras se aseguraba maquinalmente de que no había intrusos en la habitación ni en el cuartito de aseo inmediato. Las apagó enseguida.

A oscuras, sin otro alumbrado que el mortecino fulgor de la ciudad que entraba por la ventana, se colocó de un salto sobre la mesa grande. Tenía muy cerca la biblioteca. Sus manos se tendieron hacia una serie de libros iguales situados en el estante superior de aquella. Tiró del primero de los volúmenes, y al hacerlo siguieron todos, como formando un bloque, como si estuvieran pegados lateralmente unos a otros. El conjunto era muy pesado. Manipulándolos con dificultad, Stan se agachó para depositarlo encima de la mesa, tras lo cual saltó de esta al suelo.

Los libros no eran tales, sino una imitación. Se trataba en realidad de una caja oblonga que medía aproximadamente un metro de longitud, treinta centímetros de altura y veinte de profundidad. Su superficie estaba dispuesta de tal modo que semejaba una colección de diez volúmenes encuadernados en piel ya vieja y descolorida, cada uno con el título en el lomo, escrito en letras semiborradas: “Catálogo General de la Biblioteca Feuchwangler — 1888”; tomos I, II, III, hasta el X. Incluso vista a corta distancia, la imitación resultaba perfecta; y la situación de los falsos libros, a una altura que los hacía inasequibles desde el suelo, encajados entre otras obras carentes de interés, impedía de manera casi absoluta que un observador ocasional descubriese la superchería.

Siempre a oscuras, Stan manipuló la caja y alzó como una tapadera la

parte superior. El “Catálogo General de la Biblioteca Feuchwangler” ocultaba en su interior una ingeniosa estación emisora-receptora de radio.

Poner la estación en funcionamiento requirió un par de minutos.

—Pe de Pilsudki —dijo Stan ante el micrófono, a media voz—. Eme Doscientos Dos llama a Primera Base. Eme Doscientos Dos llama a Primera Base.

Aguardó la respuesta. No la hubo. Insistió y volvió a esperar. Estuvo repitiendo esto cerca de un cuarto de hora, hasta que sus auriculares produjeron un zumbido y un lejano interlocutor, casi inaudible, respondió:

—Primera Base al habla. Adelante.

—Pe de Pilsudki.

—Hache de Harvey. Escucho.

—La operación de esta noche ha fracasado. He llegado a las señas indicadas treinta segundos antes de la hora. Me ha recibido una mujer: Irina Novak, viuda de Vladimiro Czudec. Conocía la consigna... Ha dicho que el enlace no tardaría mucho; repito exactamente sus palabras. Me ha introducido en un salón y, anunciando que iba en busca de algo que beber, me ha dejado solo. Diecisiete minutos después no había regresado aún. En aquel momento, desde el pasillo, entre las cortinas de la puerca del salón, me ha sido arrojado un cuchillo que por unos centímetros ha marrado el blanco, hincándose en el respaldo de la butaca. He reaccionado inmediatamente, pero sin ver a nadie. Irina Novak estaba muerta en la cocina. Degollada. He podido establecer que el autor del golpe se introdujo en la casa descolgándose desde la azotea por medio de una sogá que luego utilizó también para escapar. Fue alguien excepcionalmente ágil, sigiloso y muy diestro en arrojar cuchillos; es cuanto puedo decir de él. Después del crimen permanecí en la casa más de tres horas, pero el enlace que Irma Novak había anunciado no compareció. Corto.



Tendió los brazos hacia Stan

—Lamentable —dijo la voz lejana—. Maldito si no... ¿Es eso todo?

—Por lo que se refiere a los hechos, sí. Necesito información acerca de la Novak. No sé prácticamente nada de ella.

—Será usted el único en Varsovia que no lo sabe. ¿Qué más?

—Myra Kenniko. Aparenta entre dieciocho y veinte años. Estudia calcografía en la Escuela Superior de Arte y vive como huésped de los Saunch, una gente humilde, en la calle Grodnopolck, número treinta y cinco. Necesito conocer con exactitud si es o no es ajena a mi trabajo.

La voz repitió mecánicamente:

—¿Qué más?

—Katia Rosemberg, Estaba en amistosas relaciones con la Novak, y también con Eme Ciento Once antes de que este abandonara Varsovia. Debo saber la razón de que ambos se hayan interesado por ella. Es una mujer de unos treinta años, rubia, muy bella; propietaria, gerente o encargada de La Estrella, un café cantante de la plaza Diez de Mayo.

—¿Qué más?

—Diga a Base Central que mi actual situación no puede prolongarse sin gran peligro. Debo tener en mi poder todos los datos posibles y la máxima facilidad de contacto. Consulten a Eme Ciento Once. No hay que olvidar que he sido visto en casa de la Novak por la persona que mató a esta y que intentó también matarme a mí. ¡Oh! otra cosa. El cuchillo es un arma muy peculiar. Treinta centímetros de longitud, hoja semejante a la de un estilete, mango cilíndrico de asta; parece hecho expresamente para ser arrojado, no para ser empuñado. Es posible que su uso caracterice a alguien y nos permita identificarle. Se me ocurre que el asesoramiento de Eme Ciento Once es fundamental. Hay que ponerle al corriente de lo que está sucediendo. Él operó aquí tanto tiempo que debe de conocer esto como la palma de su mano.

—Eme Ciento Once ya no existe —replicó la voz—. Falleció de un colapso cardíaco sobre la mesa de operaciones. ¿Qué más?

Stan apretó los dientes.

—¿Qué debo hacer?

—Esperar instrucciones.

—¿Por qué conducto?

—Llame mañana, pero más tarde, de dos a tres de la madrugada.

—¡Un momento! Las circunstancias de mi labor han cambiado completamente. Diga a Base Central que la información con que fui enviado a Varsovia es ahora insuficiente. ¡Diga que me muevo a tientes! Necesito cobertura. Necesito...

El auricular zumbó.

—Necesita la luna —dijo la voz, con sarcasmo perceptible a través de la distancia—. Vamos, Pilsudki, no pierda los nervios. La muerte de Irina

Novak, nuestra agente colector, desarticula totalmente el sistema. Armese de paciencia y espere instrucciones. Haga también testamento, por si acaso. ¿Ha comprendido?

Stan había comprendido.

—Cortó. Final.

Desconectó la emisora, devolvió los aparatos a la caja y cerró esta. Subió de nuevo a la mesa. El “Catálogo General de la Biblioteca Feuchwangler” regresó a su sitio en el estante superior de la librería.

Cuando encendió las luces del estudio y se colocó un cigarrillo entre los labios, Stan estaba furioso ¡Armarse de paciencia y esperar instrucciones. Sabía que no podía ser de otro modo, ¿qué? Armarse de paciencia era esperar a morir.

¡Instrucciones!

De una de las alacenas tomó una botella de aguardiente y se sirvió un vaso. Lo bebió mientras terminaba de fumar el cigarrillo, cejijunto, plantado en medio de la habitación con las piernas abiertas.

Sacó del bolsillo el largo puñal y lo contempló sosteniéndolo con la mano abierta. ¿Un arma característica? Posiblemente M-111 hubiera sabido quién la arrojó solo con verla. Pero M-111 había muerto muy lejos de allí, sobre una mesa de operaciones, y él no sabía nada...

¿Por qué le habrían enviado a Varsovia?

Hacía siete semanas de ello. Ocurrió en Londres. Una mañana, el general Linklatter le había llamado a su despacho para preguntarle, aunque lo sabía perfectamente, en qué trabajo se ocupaba a la sazón. Stan había dicho que estaba a las órdenes del mayor Graham en el servicio de Escucha.

—Eso puede hacerlo cualquiera —respondió el general—. Le he dedicado a usted cierta atención últimamente, Pilsudki. Creo que es usted un muchacho inteligente, que tiene condiciones y que estas pueden malograrse en una tarea sedentaria demasiado prolongada. Ha recibido, por supuesto, el adiestramiento de rigor. ¿Sus padres eran polacos?

—Mis padres y yo, de la propia Varsovia. Emigramos a América cuando yo tenía ocho años de edad.

—¿Queda allí familia suya?

—Nadie.

—Naturalmente, usted habla el idioma.

—Mejor que el inglés, señor.

El general tocó unas carpetas amontonadas sobre su escritorio.

—Tendrá usted que llevarse esto y estudiarlo concienzudamente. El trabajo que ha de realizar en el Servicio de Escucha constituye una buena base, pero debe ampliarla. Aquí hay una colección de los periódicos y de las principales revistas publicadas en Varsovia durante el último mes; hay informes políticos, sociales, económicos, burocráticos, literarios, artísticos,

de la vida cotidiana, de la vida pública, el cuadro más completo que en el momento presente se puede reunir. Hay planos y guías en Varsovia, que usted se aprenderá al detalle. Hay un diccionario biográfico de las personas más destacadas de la Polonia actual. Le concedo doce días para examinar este material, ambientarse y familiarizarse.

Stan había sentido un interno cosquilleo de emoción.

—¿Eso significa, señor, que me envía usted a Varsovia?

—Irá usted a Varsovia, en efecto; saldrá dentro de doce días. Ocupará un, puesto de gran importancia, aunque al principio estoy seguro de que lo juzgará tranquilo y rutinario. Hasta cierto punto, lo es. Estaba en ese puesto un hombre excepcional, un agente de primera clase, que consiguió poner en funcionamiento una máquina precisa, de milimétrica exactitud, de manera que en la actualidad los engranajes parecen moverse por sí solos. La difícil, facilidad, ¿entiende usted?

—Entiendo, señor.

—Mi idea es que, con el tiempo, asuma usted en Varsovia todas las responsabilidades de su antecesor. Como es lógico, empero, esto será progresivo. Comenzaremos dejando que usted se sitúe; luego desempeñará algunas misiones de escasa trascendencia, irá sabiendo cuáles son las mallas de nuestra red y conociendo a las personas que representan el papel de nudos clave... En fin, ya hablaremos más adelante de esto. Cuento en que, dentro de un año, se halle perfectamente capacitado. La obra que Eme Ciento Once ha dejado en Varsovia es excelente, pero, como toda obra humana, se puede mejorar. A usted le corresponde hacerlo. Magnífica ocasión, creo yo, para un agente joven, apto y ambicioso.

—Gracias, señor.

El general señaló una de las carpetas.

—Esta es una documentación especial. Según tengo entendido, ha cursado usted estudios artísticos, se ha especializado notablemente en la materia. Habrá que fabricarle una personalidad cuando llegue a Varsovia y proporcionarle los papeles correspondientes, así que he pensado, en principio, hacer de usted un estudiante oriundo de Lublín que asistirá como oyente a un cursillo de Historia y Estética en la Escuela Superior de Arte. Tengo aquí todo lo que he podido conseguir relativo a esta Escuela, a Lublín y a los supuestos antecedentes de usted, que se llamará Stanislas Gleiwitz. Cuando lo haya leído hágame cuantas sugerencias se le ocurran; se lo agradeceré.

Esto era lo que había pasado en Londres siete semanas antes.

El comienzo.

¡Un puesto tranquilo y rutinario! ¡Misiones de escasa trascendencia! ¡Progresiva ambientación!

Ahora se había ido todo al diablo. Las sensatas precauciones del general Linklatter se habían convertido en obstáculo que le trababan los pies.

Estaba solo en Varsovia, desconectado, ignorante y moviéndose a ciegas en el más peligroso vacío.

¡Armarse de paciencia y esperar instrucciones!

¿Por qué le habrían enviado a él a Varsovia? Muy bien, era joven, apto y ambicioso: serlo de nada iba a servirle; experto e informado, sí, pero esto no lo era.

Stan aplastó en un cenicero el cigarrillo y apuró de un trago el vaso de aguardiente. Fue al lavabo y limpió del puñal la sangre coagulada que conservaba aún. Secó el arma. La guardó en un cajón de la mesa.

Consultó el reloj...

Luego abandonó resueltamente el estudio.

Tenía que hacer a pie la mayor parte del camino. El servicio de tranvías hasta el distrito de Kowicz, donde vivía Myra, se interrumpía a medianoche.

CAPÍTULO IV

Conocía el lugar: una casita de estilo campesino, de una sola planta, ya vieja y deteriorada, falta de la mano ilusionada que reparase los desperfectos del tiempo y de la guerra, repintase las paredes y cuidara del pequeño jardín. La última mano ilusionada quedó sin vida entre los rastrojos de Kalisz, frente a los *panzer* de Hitler, veinte años antes. En la casita ya no habitaban sino dos ancianos.

Por las rendijas de una ventana se veía luz.

Stan salvó la cancela y se aproximó a aquella ventana pisando los verbajos del jardín. Alzó la mano para golpear el postigo exterior, pero no llegó a hacerlo.

—¡Myra! —llamó a media voz—. Soy Stan. No te asustes.

Del interior de la habitación le llegó el gemido de los muelles de una cama y el rumor de un movimiento apresurado. Transcurrió un momento. La luz se apagó. Fue abierto el postigo.

—¿Tú, Stan? ¿Ocurre algo malo?

Ahora era una niña, íntegramente una niña. Se envolvía en una bata de franela que mantenía cruzada y apretada sobre su pecho. Sus grandes ojos miraban al hombre con temor, a través del hueco de la ventana que enmarcaba su frágil y graciosa figura.

—Solo ocurre que necesito hablarte.

—¿A esta hora?

—¿Qué importa la hora? Estabas despierta. ¿Qué hacías?

—Leía, Stan, si nos oyen los viejos...

—¿Qué?

—Se escandalizan de cualquier cosa; ya sabes cómo son todos los viejos. No quiero líos. Encontrar un buen alojamiento por el precio que pago es muy difícil.

—Pues vístete y sal. Hablaremos paseando.

Ella titubeó.

—Está bien.

Cerró de nuevo el postigo. No tardó en volver a abrirlo, vestida ya con su falda negra y su jersey color marfil, el abrigo echado sobre los hombros. Se sentó en el alféizar de la ventana y tendió los brazos hacia Stan.

—Ayúdame —pidió.

Él la depositó en el suelo. Los rizos castaños de su cabello estaban en completo desorden y en parte le caían sobre los ojos.

Una niña.

Atravesaron el jardín y salieron a la solitaria calle. La brisa nocturna

acariciaba el rostro. La ciudad propiamente dicha quedaba atrás; el humilde distrito era ya una transición entre la urbe y el campo. El aire olía allí de otro modo: a tierra, a plantas.

Caminaron unos momentos en silencio, sin rumbo, uno junto a otro.

—Stan —murmuró finalmente la muchacha—. Stan, ¿qué quieres? No me pongas nerviosa. Ha de ser algo importante para que hayas venido.

—Estamos solos —dijo él.

Ella se detuvo y le miró. Tenía miedo. De pronto, la niña, la chiquilla que se fingía mujer tenía miedo de estar a solas con un hombre en la calle desierta.

—Stan, ¿qué te pasa?

—Estamos solos, nadie nos oye, todo cuanto digas quedará entre tú y yo. He venido para algo importante, en efecto. Para que me cuentes la historia de la viuda rica.

Myra dio un paso atrás.

—¿Qué?

—Con calma, nena. Hay tiempo de sobra.

—¿Has bebido? ¿O es que te has vuelto loco, Stan?

—¿Tanto te sorprende?

Ella lanzó una mirada en dirección a la casita.

—Déjame volver... ¡Por favor, déjame volver! Mañana, cuando estés sereno, hablaremos de lo que gustes. Ahora es de noche, es muy tarde, la una de la madrugada, o más, ¿acaso no te das cuenta?



—¡Por favor, déjame volver!

—Me doy perfecta cuenta.

El tono tranquilo de él la desconcertó. Poco a poco pareció percatarse de que su estado era normal.

Pero continuaba asustada.

—No te comprendo.

—Deberías comprenderme, Myra. Esta tarde has venido de improviso a mi estudio, a sabiendas de que, como te había dicho, yo estaría ocupado. Has venido porque creías encontrarme con una mujer y sentías curiosidad, por no decir celos. Me has hablado de esa mujer: una viuda rica, cargada, de joyas ocultas, dueña de un piso antiguo y lujoso. Bien, estoy aquí para que sigas hablando, para que me cuentes todo lo que sepas de ella.

Myra dejó escapar una risita nerviosa.

Hubo un silencio.

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó—. Pensé que no me habías hecho caso.

—Te lo hice.

—¿O sea, que acerté? ¿Di en el clavo? ¿Andas detrás de una viuda rica? ¡Qué bien te conozco, Stan!

—¡Myra! —la atajó rudamente él.

—No te enfades. Ni te preocupes por mí. Tienes perfecto derecho a hacer lo que se te antoje, y yo, ¿por qué voy a intervenir o a protestar? Sigue tu camino. Buena suerte...

—¡No digas tonterías! ¡Vamos, habla de esa famosa viuda, cuéntame todo lo que callaste esta tarde!

—¿Yo? Eres tú quien debería hablar de ella. Yo no sé nada.

—¿Cómo se llama?

—Dilo tú, yo no lo sé.

—¿Dónde y cuándo la has conocido?

La joven volvió a reír.

—¿Pero no comprendes que no la conozco, Stan?

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo de mí? ¿O se ha enterado de ella de... de mi existencia, y está celosa?

—¡No bromeo, Myra!

—Yo tampoco.

Él extendió la mano, la asió por la muñeca y la atrajo con firmeza hacia sí. Notó enseguida que ya no estaba asustada. En sus ojos brillaba una lucecita de burla.

—Procura entender lo que voy a decirte —articuló lentamente Stan—. Esa ridícula historia de la viuda rica puede ser para mí un asunto de vida o muerte. Y no solamente para mí, nena. Según el cariz que tomen las cosas, será un asunto de muerte para ti también. Te matarán, ¡te matarán! ¿oyes? ¡Te mataré yo mismo si llega a hacerse necesario! Y repito que no bromeo.

La lucecita burlona se apagó. Myra había comprendido.

—Stan, ¿es verdad eso?

—Lo siento, pero es verdad. Dijiste esta tarde que yo no soy como los demás, aunque finjo serlo; que voy en busca de algo y no me importa lo que encuentre por el camino, mientras no sea precisamente lo que busco. Exacto, Myra. Solo que no se trata de ambiciones ni de proyectos

matrimoniales con viudas ricas. Se trata de algo mucho más serio que tú no puedes ni debes saber; tan serio, que me ha obligado a venir aquí a esta hora, a no esperar a mañana para que me digas quién es la viuda a que aludiste, dónde la has conocido o quién te ha hablado de ella.

La muchacha respiraba agitadamente.

—Stan.

—¿Qué?

—Stan, perdóname.

—¿Por qué he de perdonarte?

—No era necesario que vinieras. Ni remotamente podía imaginar que mis palabras tuvieran importancia. No sé nada de ninguna viuda, fue un comentario al azar.

—¡Mientes!

—¿Quieres decir que la viuda existe?

—¡Eso no te interesa!

—Existe, ya lo veo; no te pondrías así si no existiera. Pero yo no sabía nada, ¡nada! Hablé de una viuda, como pude hablar, no sé, de una vampiresa, de una mujer rubia, de una negra zulú. Por citar un ejemplo, Stan, te lo prometo. Estaba aburriéndome esta tarde. Pasaba cerca de tu casa y subí a verte, pensando que, si tenías trabajo, como habías dicho, quizá podría ayudarte, quizá me invitarías a cenar... Luego me enfadé al ver que te marchabas y que mi compañía te era indiferente. Por eso dije lo que dije; solo por eso, ¡palabra!

Era posible. Una explicación natural y lógica.

Pura coincidencia.

¿Se daban en su profesión aquellas coincidencias?

—Mientes —repitió Stan, aunque sin convicción.

—Está bien, piensa lo que gustes —dijo la muchacha, enojada. Sacudió el brazo para librarse de su mano—. ¡Pero suéltame! Discutir así, tú qué sí, yo que no, no conduce a ninguna parte. Eres duro de mollera como un ladrillo.

Él la soltó.

—Sé que mientes, Myra. Ignoro el motivo, no alcanzo a imaginar lo que se oculta detrás de todo esto, pero mientes. Te he prevenido: es un asunto de vida o muerte para mí, y para ti, aunque la muerte tenga que dártela yo. Piénsalo bien. Si mañana has cambiado de opinión y no es demasiado tarde, volveremos sobre el tema.

Myra había retrocedido un par de metros y le miraba fijamente.

—Temo que me he equivocado contigo, Stan.

—Es probable. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró ella.

Echó a andar con viveza y volvió la cara al pasar por su lado. Stan, inmóvil, las manos en los bolsillos, presencié cómo se alejaba. Estaba

oscuro, pero hubiera jurado que, a los pocos pasos, la muchacha encogía los hombros, se llevaba las manos a la boca, inclinaba la cabeza y rompía en silenciosos sollozos.

¿Había sido sincera?

¡Infierno! Saberlo con certeza era imposible. Permaneció allí todavía unos momentos, reflexionando, aspirando el aire aromático de la noche. Luego emprendió el regreso al centro de la ciudad, hacia la calle Slonim, a su estudio.

Saberlo era imposible.

CAPÍTULO V

El reloj de la torre de San Juan tocó una campanada. Un cuarto. Las nueve y cuarto de la mañana.

Recién levantado, duchado y afeitado, llevando bajo el brazo un libro y un cuaderno de notas, el estudiante de Arte Stanislas Gleiwitz salió de la portería de su casa y ascendió por la calle. Slonim en dirección a la parada del autobús.

No llegó a la parada. Al cruzar la primera travesía, un coche que acababa de doblar la esquina se le echó encima y, aunque frenó violentamente y él saltó para evitar el atropello, le derribó en tierra.

El chirrido de los frenos fue coreado por el grito de algunos transeúntes. Desde el suelo, Stan vio que se abría la portezuela del automóvil, percibió el revuelo de unas faldas y la instantánea de unas bellas piernas femeninas. Una mujer se agachó a su lado.

—¿Le he hecho daño? —preguntó ansiosamente—. ¡Oh, madre mía! ¿Le he hecho daño?

Los testigos del suceso acudían apresuradamente, incitados por la curiosidad.

Stan hizo un esfuerzo para salir del estupor en que le había sumido el golpe. No sentía dolor auténtico. Únicamente le afectaba lo ridículo de la situación, el hecho de ser blanco de la mirada de tantas personas.

—No lo sé.

Intentó levantarse y lo consiguió sin grandes dificultades. No sufría, en apariencia, ninguna fractura. Sus piernas le sostenían perfectamente.

La mujer había recogido su libro y su cuaderno.

—¡Madre mía! —repetía nerviosamente. Le temblaban las manos—. ¡A poco más le mato! ¡Madre mía!

Stan se sacudió el polvo de las ropas. Ningún desperfecto.

—Probablemente tuve yo la culpa —respondió, forzando una sonrisa. Tomó de las temblorosas manos el libro y el cuaderno—. Vamos, tranquilícese. No ha sido nada. El susto únicamente.

Los transeúntes formaban corro y cambiaban comentarios.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy. Gracias por su interés.

—¡Eso no puede nunca asegurarse! —exclamó ella—. ¿Sabe usted lo que es el shock? ¿La conmoción? Un pariente mío salió ileso de un accidente. Quince días después moría repentinamente de un derrame cerebral.

—Es cierto —intervino uno de los espectadores más próximos—. Esas

cosas ocurren. Hay que tener mucho cuidado.

La mujer asió a Stan del brazo y tiró de él hacia el coche.

—¡Venga, venga conmigo! No podemos quedarnos aquí habla que te habla.

Le empujó al asiento delantero. En cuestión de segundos se sentó ante el volante y puso en marcha el vehículo.

—Fue en un choque de trenes —añadió entonces—. El pobre estuvo envaneciéndose de la buena suerte que había tenido, y ya ve usted.

—¿Quién? —preguntó Stan maquinalmente.

—¡Oscar, mi primo! ¿No le digo? Murió de un derrame cerebral a los quince días.

Él miró a su interlocutora, y por primera vez la vio, o tuvo conciencia de que la veía. Abrió la boca con asombro. Era una muchacha rubia, de facciones pequeñas y graciosas, como las de un gatito, bonita y gentil, que invitaba a pensar en una muñeca o en alguna clase de juguete viviente. Vestía un traje de chaqueta gris, con una rosa natural, roja, prendida en la solapa. Calzaba zapatos castaños de alto tacón, y sobre el asiento tenía un bolso del mismo color. La falda descubría sus rodillas deliciosamente redondeadas. Sus esbeltas piernas estaban enfundadas en nylon.

Un fresco perfume juvenil se respiraba en el interior del coche.

Stan inquirió:

—¿A dónde me lleva? Si es un secuestro, le advierte de antemano que no ofreceré resistencia.

Ella rio echando un poco la cabeza atrás.

—Le llevo al médico.

Por primera vez se fijó él en su voz y en su modo de hablar. La voz era alegre y clara, pero pronunciaba el polaco con perceptible acento extranjero.

Estaba nerviosa. La traicionaba, sobre todo, la precipitación con que manejaba los mandos del coche.

—Es usted quien necesita un médico —dijo Stan—. ¿Por qué no para y aguarda a serenarse? Si sigue conduciendo así atropellará a una docena de personas más antes de que lleguemos a nuestro destino.

—Tal vez tenga razón —asintió la muchacha. Redujo la velocidad, arrimó el coche a la acera y lo detuvo—. ¿Le parece que no le pasará nada si esperamos unos minutos?

—¡No, no me pasará nada! Estoy perfectamente.

Ella soltó el volante, suspiró y se recostó en el asiento.

—¡Uf! Nunca hasta hoy había atropellado a nadie. ¡Qué desagradable! Creo que un cigarrillo me hará bien.

Tomó su bolso. Antes de que concluyese de abrirlo le ofreció Stan su paquete de tabaco. La joven se lo agradeció con una radiante sonrisa.

—Fume, relaje sus nervios y no hable —dijo él—. Ahí delante hay un

bar. Luego iremos a tomar una copa.

—¡Cualquiera creería que la atropellada he sido yo!

—Digamos que nos hemos atropellado mutuamente.

Ella inclinó la cabeza para encender el cigarrillo en la cerilla que Stan le brindaba. Miraba a esta de reojo.

—Tiene usted, el mismo aspecto que Oscar cuando le vi después del choque. ¡Madre mía! Ojalá todo termine bien. ¿Es usted casado? ¿Con hijos?

—Soltero.

La muchacha demostró alivio.

—Mejor. Viudas y huérfanos, ¡qué horrible! ¿verdad? Oscar también era soltero. ¿Estudia usted algo?

—No hable —replicó Stan—: ¡Y olvídense de Oscar, demonio!

Ella fumó en silencio unos momentos, pero no tardó en extender la mano para tomar el libro que él tenía consigo. Lo examinó. Restregó con la uña una partícula de barro adherida a la portada.

Comentó:

—Estética social. No entiendo nada. ¿Qué estudia usted?

—Asisto a un curso especial en la Escuela Superior de Arte.

Estaba ya mucho más tranquila.

—¿Es usted artista?

—Aspiro a ser un conocedor, un técnico, un historiador de arte...

—¡Oh, sí! El tipo que se encarga de decir si los demás son artistas o no lo son. Polonia, ¿no? es un pueblo de artistas.

—¿Usted no es polaca?

—Soy alemana.

—Otro pueblo de artistas.

La muchacha rio.

—¡Tonterías, al fin y al cabo! Todos los pueblos son pueblos de artistas, de héroes, de sabios, de poetas... Si una hace caso de lo que un pueblo afirma de sí mismo, de sus propias virtudes, piensa que no hay otro en el mundo que pueda comparársele. Luego va al pueblo de al lado, ¿y qué? Oye afirmar las mismas cosas y alabar a los mismos héroes, sabios, artistas y poetas, solo que en el pueblo de al lado los designan con otros nombres.

—¿Es eso así en Alemania y Polonia?

—Y en Checoslovaquia, Hungría y Rusia. De otros pueblos no puedo juzgar, porque no los conozco; pero seguro que ocurre lo mismo.

—¿Ha visitado todos esos países?

—He vivido en ellos.

Stan hizo una mueca de sorpresa.

—Pues se ha dado mucha prisa. No ha tenido aún demasiado tiempo para vivir.

—Seis años. Desde los dieciocho.

—¿Corriendo constantemente de una parte a otra?

—A veces sí, casi corriendo. ¿Usted sabe quién es la doctora Ursula Thorn?

Stan apretó los labios. Lo sabía. Pero respondió:

—No.

—Es la jefe de la Misión Económica alemana en Varsovia, y ha desempeñado cargos similares en Praga, Budapest, Leningrado y Moscú. Yo trabajo con ella. Soy su secretaria particular y su intérprete... Tengo mucha facilidad para los idiomas; dicen que una facilidad fuera de lo común. ¿Quiere saber cuántos hablo?

—A ver —sonrió Stan.

—Alemán, checo, húngaro, ruso, polaco, francés e inglés; puedo leer, además, en varios otros: holandés e italiano, por ejemplo; y conozco el latín y el griego clásico.

La relación había sido hecha en un tono como de burlona vanidad, remedo irónico del orgullo infantil con que una colegiala recitaría sus calificaciones escolares.

—¡Magnífico!

—Me llamo Elsbeth Kempton. Mis amigos suelen llamarme Elsie. Mis víctimas no lo sé, porque hasta hoy no había tenido ninguna; usted es la primera. Soy de Berlín. ¿Le interesa de mí algo más?

—Mucho más —dijo Stan. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y echó una mirada a su reloj—. ¿Le parece que ha llegado el momento de tomar una copa? A las diez debo estar en la escuela...

—¡Oh, no pretenderá ir a la escuela en esas condiciones!

—¿En qué condiciones?

—¿Y su derrame cerebral? No me apartaré de su lado hasta que le haya examinado un médico. ¡Madre mía! No quiero responsabilidades.

Él se desprecizó riendo.

—Conforme. Cedo a la tentación. Entre su compañía y la disertación del profesor Vinnik que me aguarda, ¿hay acaso posibilidad de elegir?

—¡Pues claro que no! —exclamó la muchacha.

Y unió su alegre risa a la de Stan.

Había algo raro en ella; o no raro: simplemente, nuevo. Su despreocupada alegría, su risa fácil, su fresca y natural elegancia, su vitalidad desbordante semejaban llegar de otro mundo. Stan percatábase a su lado de que sus cinco semanas en Varsovia habían sido cinco semanas de asfixia. Ahora, en el momento en que la tensión era mayor; abríase aquella ventana ante su espíritu. ¡Dios! ¿Cómo no asomarse, cómo no arrojarse por aquella ventana?

Elsie Kempton era la normalidad, la juventud, la vida llana y recta. El encanto, nuevo por casi olvidado, arrebató a Stan. Fue con la muchacha a beber una copa al bar de enfrente. Hablaron de esto y lo otro. Regresaron

al coche. Daba gusto que la risa de Elsie le inundara a uno el alma.

Ella le llevó al médico quieras que no.

La clínica estaba en la avenida Lenin y era probablemente la mejor de la ciudad. Su construcción había terminado no más de dos años antes.

No era, por supuesto, hora de visita, pero esto no parecía tener para Elsie la menor importancia. Dijo a Stan:

—El director es un amigo. Le debe a la doctora, Thorn muchos favores. Era verdad.

El médico les recibió en su despacho, cordial, sonriente. Bromeó con la muchacha y le dio unas palmaditas en la cabeza. Interrogó a Stan, le examinó someramente, inquirió detalles del atropello. Era un hombre de edad entre cincuenta y cinco y sesenta años, robusto, tranquilo, afable y educado; un hombre, feliz; un hombre también de otro mundo.

Elsie se convenció de que no había peligro de derrame cerebral. Todo tenía un aire de juego de sociedad, de pasatiempo intrascendente en aquella mañana caldeada por el glorioso sol de primavera.

—Saluda a Ursula en mi nombre —dijo el médico al despedirles—. ¿Cuándo hemos de vernos? ¿El viernes por la noche?

—El viernes es la cena.

—No faltaré. Y tú, cuidado con el coche. Ha habido suerte esta vez. Otro día puede no haberla.

—¡Asústeme usted todavía! —protestó la joven—. ¡Madre mía, hoy es mi día aciago!

—No tan aciago —observó irónicamente el médico, mirando a Stan.

—No —concedió ella, mirándole también—, no tan aciago, ¿verdad? ¡Adiós, doctor, y muchas gracias!

Luz y sombra jugaban en la avenida bajo los tilos que la brisa agitaba. La vida hervía. El aire embriagaba con su olor a flores.

—Es una cena de despedida —dijo Elsie, camino del automóvil.

—¿Qué cena?

—La del viernes. Una especie de homenaje a la doctora Thorn.

—¿Despedida?

—Nos marchamos.

—¿De Varsovia? Pero, ¿definitivamente?

—Definitivamente. De momento regresamos, a Pankov... Seguro que allí nos habrán preparado ya un nuevo destino... Es siempre así.

Subieron al coche, pero la joven no lo puso en marcha. Stan preguntó:

—¿Lamenta marcharse?

Ella hizo un mohín.

—No me gusta Varsovia. Aquí todo es... no sé, incómodo; quizá porque ustedes, los polacos, apenas disimulan que detestan a los alemanes. No me siento dichosa donde no se me quiere. —El fugaz instante de tristeza se diluyó en una sonrisa. Elsie rectificó sutilmente sus palabras—: No me

gustaba Varsovia... ¿A dónde vamos ahora? ¡Oh, me olvidaba! La doctora Thorn me ha encargado comprarle unos libros. ¿Me acompaña? Ha perdido ya la disertación del profesor Vinnik.

—Usted no olvida nunca nada.

—¿Yo? Lo procuro, al menos; es imprescindible en una secretaria. ¿Por qué lo dice?

—Por la facilidad con que ha retenido el nombre de Vinnik.

—¡Ah, el chiflado de Vinnik! Le conozco perfectamente. Cara de ratón, gafas y unas melenas así... La doctora Thorn dijo de él que debería estar en un museo. No es ya un hombre, sino un personaje histórico. ¿Vamos a por los libros?

Fueron.

El tiempo volaba.

Dieron un paseo a pie al salir de la librería.

—Aquí vivimos.

Era un moderno edificio de apartamentos levantado en lo que fue un campo de ruinas y, antes, un bloque de antiguas casas señoriales. Apartamentos caros para la aristocracia burocrática de la nueva Polonia, para la intelectualidad ortodoxa, para diplomáticos y representantes extranjeros. Stan sintió una punzada de nostalgia al verlo, como la había sentido al verlo otras veces. El edificio reproducía en pequeño las líneas del rascacielos de la “New York Life”, en la lejana y perdida Manhattan; y durante los años más felices de su infancia la mole del “New York Life Building” fue lo primero que él divisaba al saltar del lecho por las mañanas, simétricamente enmarcada por la ventana de su habitación.

—Suba y lo verá. Quizá encontremos a la doctora... Venga, es una mujer muy simpática. Por excepción entre la gente de su edad, se lleva bien con las personas jóvenes.

Stan se estremeció levemente.

—Perdóneme. Me había distraído. Pensaba...

—¿En qué?

—En algo remoto.

La muchacha le miró a los ojos y le asió del brazo.

—No conviene pensar en cosas remotas. ¿Vamos?

Él se dejó conducir. No podía resistirse. No quería. Era la vida, la vida misma la que le reclamaba.

Un amplio vestíbulo decorado en matices de gris; un ascensor revestido de madera plastificada: séptimo piso.

El apartamento era de cómodas dimensiones, sobrio, rico en detalles personales que mitigaban la impersonalidad del mobiliario hecho en serie.

La doctora Thorn no estaba.

Elsie levantó las persianas de guillotina para que entrase a raudales la luz. Todo se hallaba escrupulosamente limpio y ordenado. Unas flores

alegraban el cuarto de estar, que era la pieza principal del conjunto. Había además un pequeño despacho y dos dormitorios.

—Este es el mío.

Stan sonrió. En la repisa de la cabecera de la cama se alineaban dos perritos de trapo, un lindo jarro de plata y cristal, una veintena de libros y una muñeca ataviada con el traje típico de Brandeburgo.

—¿Tiene nombre?

—¿La muñeca? Elsie, como yo. Fue un regalo... He vestido varias veces un traje como el suyo. Es bonito, ¿verdad? ¡Oh, discúlpeme un momento...

Un juego. El apacible juego de la vida.

Elsie había entrado en el despacho. Stan vio por la puerta abierta que leía algo colocado sobre el escritorio.

—¿Noticias?

La muchacha regresó junto a él.

—Ha sido una suerte que se me ocurriera subir. La doctora Thorn me necesita en el Hotel Varsovia a la hora del almuerzo... Siéntese y charlaremos, queda tiempo de sobra. ¿Qué prefiere? ¿Cerveza alemana? ¿Vodka? Yo adoro el vodka. ¿Un poco de caviar?

Stan dijo:

—Prefiero estar a su lado y escucharla; diga lo que sea, pero déjeme escucharla. Prefiero esto a todo lo que hay en el mundo.

—¡Estupendo! Con un vaso de vodka me escuchará mejor.

Él siguió con los ojos sus movimientos mientras sacaba vasos del mueble-bar, traía una botella de vodka fría, una tarrina de caviar, una bandeja de las típicas galletas ucranianas semejantes a pan tostado. Contemplarla era un deleite.

Se sentó a su lado.

—¡Ah, el vodka es el más grande invento ruso! ¿Qué sería Rusia sin vodka y sin Dostoiewski?

—Quizá sería la Revolución de Octubre.

—La revolución, ¿lo ha olvidado? no la hicieron los rusos, sino los judíos. ¡Bebamos! ¿Qué se aprende en la Escuela Superior de Arte?

Stan habló de la escuela. Hizo que ella hablara a su vez de Praga, de Budapest, de Leningrado, de Moscú, de Pankov, de Berlín de la doctora Thorn y de sí misma; que hablara de lo que fuese, porque escucharla era vivir...

Volaba el tiempo.

Elsie dio un ligero respingo al consultar su reloj.

—Debo irme —dijo Stan, comprendiendo el motivo de su sobresalto—. No quiero que por culpa mía... He pasado la mañana más feliz de mi vida, pero debo irme. Lo bueno termina siempre demasiado pronto.

Ella había dejado de sonreír.

—Es usted sincero...

—¿Le sorprende?

—La mayoría de los hombres dice esas cosas por galantería o por cumplido. Usted las ha dicho porque las siente de verdad. Le doy las gracias.

Él se levantó. Recogió su libro y su cuaderno.

—Adiós, Elsie.

La muchacha le acompañó en silencio y dijo:

—También yo.

Su voz había sonado un poco velada.

—¿Qué? —preguntó Stan.

—También yo he pasado la mañana más feliz de mi vida; y también yo soy sincera.

Sus ojos decían más. Las chispeantes pupilas hablaban el lenguaje más claro, más directo e inteligible; el lenguaje que cualquier hombre de cualquier raza o lengua puede comprender.

Stan sintió dentro de sí que algo, una traba, una ligadura de la que hasta entonces no tuvo paciencia, se rompía bruscamente. El juvenil perfume de Elsie le inundó el olfato. Advirtió vagamente, en medio de un estallido de luz interior, que ceñía a la muchacha entre sus brazos, que ella susurraba unas palabras y se arrebujaba contra su pecho. Fueron, luego, los labios de ella los que buscaron los suyos.

La vida, la pura vida podía embriagar. Cuánto, cómo, hasta qué punto, Stan nunca lo hubiera imaginado.

Elsie apoyó más tarde la cabeza en su hombro y se abrazó a su torso con una especie de desesperada ternura.

—¿Qué ha ocurrido con nosotros? —murmuró—... ¿Qué es esto, Stanislas? ¿Tú lo sabes?

—El derrame cerebral —dijo él, riendo silenciosamente—. Una forma de shock, supongo. Perdóname.

—¡Perdonarte! ¡Perdonarte por esta dicha que me has dado, por esta vida que haces correr en mí!

—¿Yo en ti? Elsie, soy yo quien siente como si nunca hubiera vivido hasta hoy...

—¡Nunca hasta hoy! Stanislas, ¿qué eres tú para mí? ¿Qué soy yo para ti? ¿Qué mano misteriosa nos ha reunido? ¿Qué ha ocurrido con nosotros? ¿Cómo son posibles tales cosas?

Stan se desasíó suavemente de su abrazo y la miró a los ojos. Los halló húmedos de lágrimas.

—¿Estás segura de lo que sientes?

—Lo estoy —respondió ella con vehemencia—. Lo estoy casi desde que por primera vez te has sentado a mi lado en el coche. Las más pequeñas cosas, un cigarrillo, una copa bebida en un bar, un paseo, la compra de unos libros, una conversación, todo es distinto junto a ti. ¿Por qué,

Stanislas? No soy una chiquilla. Llevo seis años corriendo mundo, muchos hombres me han cortejado, algunos he creído amarles... No era esto. Nunca había sido esto. Y precisamente aquí ¡en Varsovia! un muchacho polaco de quien nada sé, un estudiante como tantos otros, un desconocido... Stanislas, ¡claro que estoy segura de lo que siento!

Él se oprimió la frente con la mano.

—Me volveré loco... ¿Cuándo nos veremos, Elsie? Tiene que ser hoy, hoy mismo, cuanto antes.

La muchacha reflexionó unos segundos.

—Llámame después de las seis. Encontrarás el número de teléfono en la guía. Estaré esperando, Stanislas.

Stan abrió la puerta.

—No quiero que te retrases por mi culpa. Adiós.

Depositó un rápido beso en sus labios y abandonó el apartamento.

Se volvería loco, era verdad. Uno no podía ver trastocada su vida en unas horas sin que su mente se resintiera del golpe.

Trastocada en unas horas.

Llegó a su estudio sin noción exacta de cómo había hecho el camino. ¿Autobús? ¿Tranvía? ¿A pie?

Allí estaba.

En el suelo, ante su puerta, había un paquete de considerable tamaño envuelto en papel de embalaje con una etiqueta pegada.

La etiqueta llevaba escrito con letras de imprenta su nombre: “Stanislas Gleiwitz”. Nada más.

¿Un paquete? ¿Quién podía enviarle un paquete, y de qué?

Lo cogió y entró en el estudio.

En una fracción de segundo había vuelto a caer en el mundo asfixiante que por unas horas abandonara. Un mundo en el cuál ocultar bombas en paquetes de papel de embalaje era un uso, aunque burdo, bastante frecuente.

Pero ningún tic-tac indicaba que se tratara de una bomba de relojería. ¿Entonces?...

Stan llenó el lavabo de agua, metió el paquete dentro y procedió a abrirlo con sumo cuidado.

El cuidado estaba de más.

Era horrible.

El paquete contenía una cabeza humana sucia de sangre, contraído el rostro en la más espantosa mueca de agonía. La cabeza de un hombre a quién Stan no recordaba haber visto vivo nunca.

CAPÍTULO VI

¿Volverse loco?

Se había vuelto loco ya. Había vivido unas horas de demencia, olvidado de la realidad y de sí mismo. Era como si las hubiera vivido otro hombre.

Ahora estaba cuerdo nuevamente.

La angustia le inundó la boca de sabor amargo. Solamente los locos tomaban por realidad la fantasía y el deseo. ¡Elsie Kempton! ¡Elsie! ¿Qué virus le había inoculado ella en el alma?

Eran las dos y seis minutos de la tarde. Un muchacho pasaba empujando un carretón de mano. Un perro olfateaba un árbol. Dos barrenderos municipales, francos de servicio, conversaban y fumaban en un banco público.

La realidad: una cabeza humana cercenada y sucia de sangre, un horrible despojo sonriente. Stan miró a los barrenderos y al muchacho del carretón. ¿Podían ellos imaginar lo que contenía el envoltorio que él llevaba bajo el brazo? ¿Podía, concebirlo una mente normal?

Pues era la realidad, la sensatez, la cordura. Lo otro, la vida llana, la charla al sol de primavera, el amor, la alegría, no eran sino quimeras, delirios. ¿Alguien pensaba lo contrario? Un pobre loco.

Había estado loco.

El perro se alejó del árbol.

Stan anduvo unos pasos. Se encontraba en la ribera del Vístula, allí donde el río describe una curva para rodear el antiguo barrio residencial de Lustaretz, después de la guerra parcialmente convertido en parque deportivo. El camino recorrido desde su estudio hasta aquel lugar había sido una pesadilla: la pesadilla de la cordura. ¡Dios! Había rehecho el paquete antes de salir, con otra envoltura, unos periódicos viejos, rodeando previamente la cabeza de trapos y aumentando su peso con el trozo de mármol que en su mesa utilizaba como pisapapeles. Había una foto de Gomulka en el periódico que había quedado en la parte exterior. Gomulka sonreía en la foto. Sus ojos le habían estado mirando fijamente durante todo el trayecto que hizo en autobús, sentado, con el paquete sobre las rodillas.

Quería arrojar al río la cabeza.

Su primera idea había sido desprenderse cuanto, antes de aquel macabro objeto, y echarlo al río parecía la solución natural. ¡Hala, echarlo al río! La cabeza, no importaba a quién perteneció. El hecho de que se la hubieran enviado a él constituía por sí solo un indicio: perteneció a un hombre al cual se suponía que él debía conocer. Si no, ¿qué sentido tenía

todo? ¡Al río! El hombre decapitado y él estaban, por lo menos en opinión, del autor del envío, estrechamente relacionados. Haberla enviado era una fanfarronada, una manera de decir: “¡Mira de lo que soy capaz!”; pero era al propio tiempo una advertencia amenazadora: “Sé quién eres, y esto es lo que te aguarda”.

¿Sí?

La cabeza no podía haber pertenecido más que a una persona: al enlace que faltó a su cita en casa de Irina Novak. Los engranajes vivientes de la poderosa máquina solo cuando morirían interrumpían su funcionamiento.

No había en esto misterio ninguno.

Pero sí lo había en el modo como estaban ocurriendo las cosas. Irina Novak, el enlace y él mismo eran agentes norteamericanos, conforme. Habían sido descubiertos y eran exterminados. ¿Sí? ¿Por quién? ¿Acaso por los servicios de contraespionaje polacos o, rusos?

Imposible.

Suponer que los servicios de contraespionaje de un país cualquiera actuaban así en su propio territorio era tener mentalidad de colegial. Los servicios de contraespionaje enviaban a un piquete de agentes bien armados, llamaban a la puerta, procedían a la detención de la persona sospechosa. Si contra esta había pruebas suficientes, la detención se efectuaba de manera oficial, era a continuación celebrado un proceso, de cuyas circunstancias se hacía intensa propaganda, y todo terminaba con una más o menos espectacular ejecución de la consabida sentencia de muerte. Si las pruebas no bastaban, los agentes conducían al sospechoso a donde fuera y, simplemente, lo despachaban de un discreto tiro en la nuca.

Ningún servicio de contraespionaje del mundo, operando en su propio territorio, introducía subrepticamente en el domicilio de un ciudadano, degollaba mujeres, arrojaba cuchillos. Ningún servicio de contraespionaje, en particular, enviaba cabezas cercenadas a un presunto agente extranjero. ¡Ridículo! Al agente extranjero se le anulaba y liquidaba en el acto; y si se pretendía obtener de él información, se le dejaba en plena libertad de movimientos, vigilándole para conocer sus relaciones, sus contactos con la red enemiga, sus vías de comunicación, todo ello evitando cuidadosamente alarmarle. Era así y solo así.

¿Pues qué ocurría?

Haría aquella noche veinticuatro horas que el asesino del Irina Novak falló en su intento de matar a Stan. La identidad de este había sido descubierta entonces. ¿Por qué, en tanto tiempo, la única medida tomada contra él fue enviarle una cabeza humana? ¿Por qué semejante absurdo?

Al muchacho del carretón de mano ya no se le veía.

Stan echó a andar por el antiguo, deteriorado y descuidado paseo de la ribera. ¿Y si se hubiera equivocado en sus hipótesis? ¿Realmente la cabeza no podía pertenecer más que al enlace desaparecido, y realmente su envío

tenía el sentido de una advertencia amenazadora?

¿Y el asesino de Irina Novak?

¡Nada impedía que la cabeza perteneciera al asesino de Irina!

“Ahí tienes, se ha hecho justicia, no temas; y no merece la pena que me des las gracias”. ¿Acaso el sentido del envío era este?

Stan fijó la vista en el retrato de Gomulka. La horrenda cabeza envuelta en él podía ser la de un infortunado compañero muerto en el cumplimiento de su deber, pero también la del hombre que la noche anterior intentó asesinarle.

No importaba. ¡Al río!

Los dos barrenderos estaban lejos. Cerca no había nadie.

Stan se detuvo al borde del agua y, tranquilo, soltó el repugnante paquete. El agua lo engulló.

—Adiós —murmulló el agente.

No se había atrevido a decir: “Adiós, camarada”. No estaba seguro.

Pero se había quitado un gran peso de encima, y no precisamente un peso físico.

Emprendió el regreso. A pie, cabizbajo, con las manos en los bolsillos, bordeó la totalidad del parque de Lustaretz. Junto a la entrada principal de este, en la avenida del mismo nombre, existía un gran restaurante popular. Al pasar por delante, al leer maquinalmente los cartelones que anunciaban los principales platos y percibía en el aire el olor a cocina, recordó que no había comido nada desde el caviar y las galletas ucranianas que le ofreció Elsie. Entró en el establecimiento. Se sentó a una mesa.

Antes de haber siquiera examinado el menú estaba de nuevo en pie y volvía a salir. Las náuseas le atormentaban el estómago; no hubiera podido comer aunque quisiese. Había acudido a su mente la imagen de la cabeza cortada, con su costra de sangre y su rictus de agonía. Esto bastaba para cortar el apetito.

Siguió andando hasta la primera parada de autobús. Dos personas lo esperaban ya. Otra se colocó detrás de él antes de que el vehículo acudiese.

Esta última persona tomó, una vez dentro, asiento a su lado.

Transcurrido algún tiempo, dijo a media voz:

—Algunos dólares no me vendrían mal.

Stan creyó que le engañaba el oído. Se volvió. Junto a él estaba sentado un hombrecillo pulcramente vestido con traje azul marino, camisa blanca y corbata negra. Tenía el cráneo ancho y casi totalmente calvo, las cejas hirsutas, unos ojillos penetrantes, una gran nariz y una boca de estrechos y pálidos labios que en aquel momento se curvaban en una sonrisa. Las manos, desproporcionadamente grandes para su estatura y corpulencia, mostraban el dorso recubierto de vello grisáceo.

El hombrecillo añadió:

—Se lo digo a usted. No me vendrían mal algunos dólares.

Stan titubeó. Aquella vozuntuosa, aquellas palabras le habían producido una sensación de frío a lo largo de la espina dorsal.

—A mí tampoco —replicó con aparente calma—; siempre, claro está, que poseer dólares no estuviera penado por la Ley.

—¡Hay tantas cosas penadas por la Ley!

—Sí. Perdóneme —Stan se levantó—, debo apear-me.

—No ha llegado a su casa todavía, señor Gleiwitz.

—¿Nos conocemos?

El hombrecillo no hizo ademán de cederle paso.

—Yo le conozco a usted. Por eso digo que no me vendría mal algunos dólares.

Ya estaba. Las raíces subterráneas de lo que estaba ocurriendo salían a la luz. Era hora.

Stan volvió a sentarse con un suspiro.

—Un autobús lleno de gente no me parece lugar adecuado para hablar de moneda extranjera.

—¡Ah, vamos! —replicó el hombrecillo suavemente—. Cualquier lugar es bueno, con tal que se hable con sosiego y sin armar escándalo. Tranquilícese, Gleiwitz. No quiero ponerle nervioso.

—No me ha puesto nervioso. ¿Quién es usted?

—¡Oh, me llaman Vassilewski! Pero también me han llamado de otras varias maneras. ¿Qué importa un nombre?

—Exacto, ¿qué importa mi nombre? Rectificaré la pregunta: ¿qué cosa es usted?

—¿Qué pasaría si fuese un policía?

—Me alegraría mucho. Pero, por desdicha, no lo es.

—No —admitió Vassilewski—. Soy simplemente un oportunista.

—Oficio peligroso.

—Estoy llegando a viejo con él, pero es peligroso, en efecto. Algunos dólares me permitirían retirarme en paz...

—¿Precisamente dólares?

—¡Je, je! —rio el hombrecillo en un murmullo—. Precisamente. Es la moneda, ¿no? que apetece todo el mundo. Y usted...

—¿Qué?

—Pues he pensado que podría ayudarme.

—Bastante me cuesta ayudarme a mí mismo. No le entiendo a usted. O se ha confundido, o no habla con suficiente claridad.

—Lo segundo. Francamente, esperaba que me comprendiese sin necesidad de entrar en detalles.

—No es así.

Vassilewski hizo un gesto de pesadumbre.

—Está bien, Gleiwitz. He calculado que necesito, ¿cuánto diríamos? unos cincuenta mil dólares. ¡Ah, qué maravilla, cincuenta mil dólares! Y

además, salir de Polonia impunemente... Me estremezco de gozo al pensarlo. Me instalaría en París, ¿sabe usted? hasta terminar mis días tranquilo. Solía pasar muchas temporadas en París antes de la guerra...

—Soñar no cuesta nada —replicó secamente Stan.

—¿Dice soñar? ¡Oh, no! Conseguiré ese dinero en un plazo, calculo yo, de tres a cinco días.

—De sus palabras se infiere que yo tengo o tendré algo que ver con su cambio de fortuna. Me parece absurdo.

—No, no es absurdo, querido Gleiwitz —dijo el hombrecillo, casi con ternura—. Usted, precisamente usted, me conseguirá los cincuenta mil dólares y antes de una semana me habrá sacado de Polonia. No le quedará otro remedio.

Stan le miró fijamente. Sentía como si un cepo estuviera cerrándose en torno a su garganta. La sonrisa de Vassilewski provocó en él un escalofrío de repulsión. El autobús, ahora atestado de pasajeros, se había borrado de su conciencia. Solo el hombrecillo existía.

—Siento curiosidad. Supongamos lo más descabellado, lo más increíble: que yo dispongo de ese dinero. ¿Qué me venderá usted a cambio de él?

—Mi silencio.

—¿Vale tanto?

—Vale más —Vassilewski se inclinó para mirar por la ventanilla del vehículo—. Vale muchísimo más, pero lo liquido a precio de saldo.

—¿Su silencio sobre qué?

—¡Hombre! Sobre su identidad —la voz del hombrecillo se convirtió en susurro— de espía americano. Ya ve que no tengo pelos en la lengua.

Stan no supo por un momento qué decir.

—Vassilewski, o es usted un loco, o es usted el hombre más valeroso del mundo. Si yo fuera realmente un espía americano, lo que ha dicho le costaría el pellejo; tiene que saberlo de sobra.

El hombrecillo se puso en pie.

—A veces hay que ser el hombre más valeroso del mundo, lo quiera uno o no depende de la compensación que obtenga el riesgo... Me apeo aquí. No, no me acompañe —añadió al ver que también Stan se levantaba.

—¿Cree que le dejaré marchar así?

—Volveremos a vernos. Este ha sido solamente el primer aviso... ¡No se mueva!

Con disimulo, Stan le empujó entre la gente hacia la puerta de salida.

—Narices.

—¡Gleiwitz, no sea estúpido!

El autobús se detenía. Asiendo firmemente al hombrecillo por un brazo, Stan se apeó.

Cuando el vehículo se alejó, ambos quedaron solos.

—Ahora, Vassilewski, me dará usted algunas explicaciones. En primer

lugar, ¿cómo me ha localizado en el parque de Lustaretz?

—¿En el parque? —Vassilewski se desasíó con una sacudida. Su miedo y su enojo, momentáneos, se desvanecían ya—. Estaba siguiéndole desde que salió de su casa. Le he visto arrojar esa cosa al río.

—¿Qué cosa?

—Usted sabrá. Algo que le estorbaba.

No lo decía con doble sentido. Stan, que le observaba atentamente, se convenció de que desconocía el contenido del envoltorio.

—¿Quién o qué le ha sugerido la extraña idea de que yo soy un espía?
¿Precisamente un espía americano?

—No me haga preguntas tontas.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?



—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—¡Repito que no me haga preguntas tontas! Mire, Gleiwitz, terminemos por hoy. He hablado claro: cincuenta mil dólares dentro de tres días, cinco días a lo más, y sacarme de Polonia. No se lo volveré a indicar, así que le conviene iniciar ahora mismo los preparativos de la operación y emprender las gestiones que juzgue necesarias. Yo me pondré en contacto

con usted en los momentos y lugares que crea oportunos. Le advierte que he tomado precauciones. No intente nada contra mí, porque se echará el infierno encima.

—Quiere un consejo? —replicó Stan entre clientes.

—Si es un consejo de verdad, sí.

—Lo es. Píntese los cincuenta mil dólares en papel de estraza, hágase una Torre Eiffel de cartulina y quédese en casa a contemplarlos. No veo otro modo de que se realice su sueño.

—Yo sí —dijo tranquilamente el hombrecillo—. Adiós, Gleiwitz.

Stan le dejó marchar. ¿Qué podía hacer? ¿Seguirle, pegarse a él? Niñerías. A Vassilewski se le veía inteligente, y sobre todo, por debajo de su exterior frágil, duro como el acero. No era un novato ni un incauto. No se habría embarcado en aquella ambiciosa aventura sin haber tomado de verdad las precauciones de que alardeaba.

Algo debía hacerse, empero. Ahora, más tarde, cuando fuere. ¡Cincuenta mil dólares para gastarlos en París! ¡Ah, no!

Inmóvil en la acera, Stan presenció cómo se alejaba el hombrecillo. Sueños, sueños, ¡sueños! ¡Locos que vivían de sus sueños! ¿Cuántos sueños se habían albergado en la cabeza que él arrojó al Vístula? ¡En todas las cabezas de todos los hombres del mundo! Sueños de amor, de libertad, de riqueza, de dicha, de triunfo, de gloria. ¿Y qué? Luego venía la muerte, ¿y qué?

La muerte vendría también para el pequeño y audaz Vassilewski. Era inevitable, era fatal que viniera, y muy pronto. Antes de tres, antes de cinco días. Stan sabía que tendría que matarle. Estremecía pensarlo. ¡Cincuenta mil dólares para gastarlos en París! ¡La luna!

Ni hablar de ello.

Pero se hacía por momentos más evidente que ocurría algo raro. Vassilewski conocía su identidad de agente americano, como debía de conocerla la persona que le había enviado la cabeza, y sin embargo el primero ignoraba que este hecho se hubiera producido. Aquella identidad, únicamente el asesino de Irina Novak podía conocerla. Si la cabeza no pertenecía a dicho asesino, ¿a quién había informado este? ¿Al remitente de la cabeza? ¿A Vassilewski? ¿A cuál de los dos reveló que Stan era un agente extranjero?

Un caos. Un caos, en particular, porque todo indicaba que ni el servicio de contraespionaje polaco, ni el ruso, intervenían oficialmente en la cuestión. La circunstancia de que el hombrecillo apostara tan fuerte sobre la baza del secreto que poseía confirmaba por entero aquella idea.

¿Y si la cabeza era la del asesino de Irina? Entonces, ¿quién la envió y por qué razón?

Stan contempló cómo el pequeño Vassilewski se alejaba calle abajo con sus andares de pajarillo. Antes de tres días, pensó, habría matado a aquel

hombre.

Es decir, si otro hombre no le mataba primero a él.

CAPÍTULO VII

Los periódicos de la tarde publicaban ya la noticia del asesinato de la Kovak. Stan compró, uno y se sentó a leerlo en la mesa de un café.

El cadáver había sido descubierto por la mujer que todas las mañanas acudía a efectuar la limpieza del piso. La policía encontró la puerta de la azotea forzada, la cuerda abandonaba, abierta la puerta de comunicación entre el lavadero y la cocina; y había reconstruido el crimen sin dificultad, aunque achacando a su autor el registro practicado en la vivienda, registro del que se hallaron rastros abundantes.

Stan observó que Irina era tratada con sumo respeto en la crónica. Se enteró de que Vladimiro Czudec, su difunto marido, había sido un catedrático, escritor y periodista de bastante importancia, probablemente de ideas marxistas, muerto de manera heroica al frente de una partida de resistentes durante el último período de la ocupación nazi. Irina llevó en su viudez una vida de intensa relación, hizo frecuentes viajes y era sumamente conocida, sobre todo en el ambiente oficial de Varsovia, aunque no parecía desempeñar ni haber desempeñado cargo público alguno ni se citaban los motivos de tanta actividad.

Los motivos no eran, por supuesto, citables en un periódico sometido a la censura estatal, pero en otro lugar aparecía la significativa noticia de que aquel mediodía había llegado en avión a Varsovia, procedente de Praga, el general Fiodor Slobodkin, cuya visita tenía carácter privado. Se debía probablemente a la presencia del militar soviético en la ciudad el tono duro y agresivo en que el periódico se pronunciaba contra el autor o autores del salvaje crimen, exigiendo su pronta captura por la policía y su castigo más riguroso.

Ni remotamente se transparentaba en el texto que Irina Novak se hubiera entregado a actividades de espionaje en favor de una potencia extranjera. Nadie parecía sospechar tal cosa; y de haberla sospechado alguien, ¿se habría Slobodkin apresurado a acudir para interesarse tan patentemente por la mujer asesinada?

Stan se preguntó una vez más qué sería lo que en realidad estaría ocurriendo. Hubiéráse dicho que una tercera fuerza interponíase entre la organización de espionaje americana y el contraespionaje polaco, dañando gravemente a la primera sin beneficiar para nada al segundo. Esto, empero, de manera especial la existencia de una tercera fuerza —cuyos objetivos no alcanzaba Stan a concebir—, resultaba imposible.

Eran las seis y unos minutos cuando el agente terminó de leer el periódico. Sabía que era aquella hora: había tenido una noción viva, casi

dolorosa, del paso del tiempo; la hora a partir de la cual Elsie estaría esperando su llamada en el apartamento de aquel pequeño y falso “New York Life Building”.

¡La vida estaría esperando su llamada!

No.

Stan dobló el periódico, hizo señas a un camarero y pidió una botella entera de aguardiente. La primavera palpitaba en el aire. A través de los ventanales del café se veían transitar a la gente, a las mujeres jóvenes que caminaban con la primavera en el cuerpo, en el rostro, en la sonrisa.

No llamaría a Elsie. Por supuesto que no. Él tenía una vida que vivir; que no era la vida de los demás. No podía volver la espalda a sus deberes, ni tampoco compartir estos con otra persona.

Necesitaba beber para no llamar; haría lo que fuese, pero no llamaría. No, no, ¡no!

Llenó de aguardiente el vaso y lo alzó a la altura de sus ojos.

—Adiós, Elsie —murmuró.

Era el segundo adiós que pronunciaba aquella tarde. Solo que el de ahora estaba dedicado a una parte, la mejor y más sensible, de sí mismo.

Bebió.

Las siete. Las ocho. El tiempo huía.

Stan pagó la botella y abandonó el café. Había cerrado la noche. El aguardiente hervía en sus venas y envolvía su cerebro entre almohadas protectoras de olvido y reposo.

No había llamado a Elsie. No la llamaría jamás.

¡Al diablo!

Cenó copiosamente en el primer restaurante que halló en su camino. No volvió a beber, y la comida calmó sus nervios, disipó los restos de la íntima inquietud que le consumía y le aclaró la mente. Sentíase ahora mucho mejor. Había sido como arrancarse una muela, como hacerse abrir sin anestesia un absceso.

Al salir del restaurante tomó el tranvía hacia la plaza Diez de Mayo.

Entró en La Estrella cuando los músicos interpretaban un aire zingaro. Había mucha menos gente que la víspera, sin duda porque era mucho más temprano.

Stan no se sentó. Detuvo a una de las camareras.

—Mire si está la señorita Rosenberg y dígame que quiero hablar con ella. Mi nombre es Gleiwitz.

La camarera asintió distraídamente, y se alejó y regresó a los pocos momentos.

—Venga, por favor.

Condujo a Stan a uno de los reservados y le dejó solo. Antes de que Katia Rosenberg compareciese, empero, volvió a presentarse con una botella de champaña en hielo y tres copas. Stan reparó en que las copas

eran tres, pero no dijo nada. La muchacha descorchó la botella, cerró las cortinillas del reservado y se retiró.

Katia acudió enseguida. La acompañaba una joven de ojos azules, sonrisa tímida y aire vagamente campesino, perceptible a pesar de su cuidado maquillaje y de la discreta elegancia de sus ropas. Era bonita, aunque vulgar, sobre todo por contraste con la exquisita belleza de la hebrea.

—Celebro volver a verle tan pronto por, aquí —dijo Katia. Había algo raro, como tirante, en su sonrisa, y sombras en sus verdes ojos—. No se arrepentirá de haber venido, se lo aseguro... Vea, le presento a Liza, una chica encantadora y una bailarina excelente. Sé que se harán buenos amigos. ¿Festejamos la presentación con una copa de champaña? ¿Le parece, señor Gleiwitz?

Stan no dedicó a la jovencita ni una mirada. Sus ojos estaban fijos en los de Katia. Tenía aún consigo el periódico que había leído en el café, y sin decir nada lo desplegó sobre la mesa.

—Se ha enterado, ¿no?

Katia se estremeció. Su forzada sonrisa comenzó a borrarse.

—¿Cómo?

—¿Ha leído la noticia?

La mujer titubeó. Bruscamente apoyó una mano en el hombro de la muchacha.

—Vete, Liza —dijo con voz insegura—. Volveré a llamarte si te necesito. El señor Gleiwitz y yo tenemos que hablar.

Liza saludó a Stan con la cabeza y se retiró sin haber pronunciado una palabra.

Hubo un silencio.

—Lo siento —declaró Stan—. El azar quiere que mis visitas no se presten mucho a organizar jolgorios. No lo hago adrede, de veras.

Katia se dejó caer en una silla, esforzándose evidentemente por dominar su emoción. Rehuyendo la mirada de él, extendió una mano temblorosa hacia la botella de champaña, llenó una copa hasta la mitad y la apuró de un sorbo.

—¿Pero usted también la conocía? —preguntó entonces.

—¿Por qué no?

—No lo sé... No pertenece usted a la clase de hombres que ella trataba. Es demasiado joven, y demasiado...

—Demasiado insignificante —concluyó Stan.

—No he dicho eso.

—Lo ha pensado. Un hombre joven e insignificante, sin embargo, puede representar una variación deseada en un panorama monótono de generales, diplomáticos, políticos y otros personajes así. ¿Por qué no piensa en eso también?

Katia se oprimió con las yemas de los dedos la frente.

—¿A qué ha venido, señor Gleiwitz?

—A averiguar quién y por qué la mató.

—No comprendo.

—¿No comprende que alguien desee averiguarlo?

—¡No! No comprendo que, para ello, se dirija usted a mí. ¡Si yo lo supiera! ¡Si tuviera alguna sospecha razonable!

—¿Ha hablado con la policía?

—No.

—El general Slobodkin ha venido expresamente de Praga y hará sentir el peso de su mano si el misterio no es aclarado pronto. ¿Usted le conoce?

—Sí —dijo la mujer. Enderezó súbitamente la cabeza—. ¿Tiene usted alguna relación con el general? ¿Quién es usted, Gleiwitz?

—Soy un insignificante amigo de Irina.

—Ella nunca le mencionó...

—¿Mencionó por ventura a Karl Walbruck?

El entrecejo de Katia se frunció.

—No. ¿A Walbruck?

—Era igualmente amigo de Irina.

La mujer reflexionaba.

—Pero usted me dijo ayer que no conocía personalmente a Walbruck. Nada me dijo de Irina. ¿Por qué ha venido a verme al saber que ella ha muerto? ¿Le habló ella de mí?

—Nunca. Fue Rypin quien me contó que ustedes eran amigas.

—¡Rypin, siempre Rypin! ¿Quién es Rypin? ¡Si no le conozco!

Stan se humedeció los labios con la lengua.

—Quizá le conozca por otro nombre. Vassilewski, por ejemplo.

Katia cerró los ojos.

—Me volverá usted loca... ¿Vassilewski, el abogado? ¿No dijo usted que ese Rypin vivía en Cracovia?

—¿Cómo es el abogado Vassilewski?

—Un hombre bajito y delgado, un poco cabezudo, calvo...

—¿Dónde vive?

—No lo sé. En Varsovia, desde luego.

¡Un tiro al azar había finalmente dado en el blanco! Katia Rosenberg conocía a Vassilewski. Pero ¿tenía esto alguna importancia?

—¿Conocía él a Irina?

—Sí... ¡Y no creo que Irina y Karl se conociesen! ¡Nunca les vi juntos! ¡Nunca me hablaron uno de otro!

Stan sacó su paquete de tabaco, lo dejó sobre la mesa al alcance de la mujer y encendió calmamente un cigarrillo. Ella le miraba, desconcertada.

—Cuénteme cuándo, dónde y cómo se inició su amistad con Irina, qué

curso siguió qué motivos de afinidad había entre ustedes —Stan arrojó dos chorros de humo por la nariz—. Vamos, hable, me interesa saberlo.

Katia sacudió la cabeza.

—Eso...

—¡Vamos, hable!

—Pues creo que nos conocimos años atrás, cinco años o cosa así. Ella era entonces... Bueno, estaba en Dantzig con el coronel Kirilov. Las dos procedíamos de Varsovia y trabamos amistad, pero luego, al seguir cada cual por su camino, estuvimos mucho tiempo sin vernos. Hace poco más de dos años vine yo a instalarme definitivamente aquí, arrendé este local... Volvimos a encontrarnos casualmente, un día que ella estaba en la sala con un grupo de amigos. Parece que fue ayer... Desde entonces —Katia carraspeó para aclararse la voz— hemos ido intimando. Ella es... era mi única amiga... ¡Oh, es horrible, horrible! ¡Pensar que ha muerto, tan joven, tan buena, tan bonita, tan alegre! ¡No puedo creerlo! ¡No puedo!

Lloraba.

Stan la dejó llorar hasta que superó la crisis.

—¿Usted siente hacia los grandes personajes rusos la misma inclinación que sentía ella?

Los verdes ojos llenos de lágrimas se fijaron escrutadoramente en él.

—He tratado a muy pocos rusos, y de manera superficial.

—Entonces, ¿cuáles son sus grandes personajes predilectos?

—¡Gleiwitz, usted quiere desorientarme! ¡Gleiwitz! ¿Con qué propósito me hace esas preguntas?

Stan fumaba.

—Irina no era una mujer corriente. No lo era por su carácter, por sus gustos, por sus costumbres ni por su vida. Si usted no puede sugerirme un motivo para que la hayan asesinado, un motivo, digamos, natural o vulgar, tendré que considerar acertada la idea que a mí se me ha ocurrido.

—Dígame qué idea es.

—Sencilla, muy sencilla. Una mujer con las amistades que tenía Irina, frecuentando los medios que ella frecuentaba, debía hallarse en posesión de informaciones importantísimas, susceptibles de ser vendidas caras a cualquier país extranjero.

Se produjo un estrépito de cristales rotos.

La copa que Katia tenía en la mesa junto a su mano había caído al suelo por culpa de un súbito e involuntario movimiento de la mujer.

Se hizo en el reservado un tenso silencio.

¡Era miedo lo que el rostro de Katia expresaba ahora!

La expresión duró una fracción de segundo, pero Stan la captó sin lugar a dudas. Preguntó fríamente:

—¿Qué le pasa?

Ya ella se había recobrado.

—Esa idea es un insulto para la memoria de Irina.

—¡No diga ridiculeces! Seamos realistas. Si Irina Kovak estaba mezclada en un asunto de espionaje, su muerte deja de ser un completo misterio. Piénselo bien. Trate de recordar alguna evidencia. Seguro que la recordará.

—¡No!

—Vamos, cálmese. Salvo en el crimen ocasional, en la obra de un demente, en el atraco o el homicidio cometido al perpetrar un robo, nunca la víctima de un asesinato está exenta de una forma u de otra de culpa. Cuando uno da motivo para que le maten es porque ha hecho algo verdaderamente serio.

—Pero Irina...

—¿Irina qué? No era una chiquilla inocente, no llevaba precisamente una vida clara, sino todo lo contrario. Era exactamente la persona indicada para que de ella se sospeche lo que sospecho yo.

Katia no dijo nada. Miraba ante sí sin ver.

—¿Y bien? —inquirió Stan.

—¿Quién es usted, Gleiwitz? —preguntó ella, titubeando—. ¿Cuál es su profesión? ¿A qué se dedica?

—Estudio en la Escuela Superior de Arte.

—¿Piensa...? ¿Tiene...?

—¿Qué?

—¿Se propone comunicar sus sospechas, a la policía?

—Si encuentro pruebas de que son ciertas, ¿por qué no?

—Entiendo.

Katia llenó de champaña otra copa. Estaba ganando tiempo. Reflexionaba.

—No parece que le agraden mis propósitos —observó Stan.

—No, no es eso. Me ha venido a la memoria... Dígame, ¿sus relaciones con Irina han sido muy íntimas? ¿La ha visto con frecuencia? ¿Ha visitado mucho su casa?

Aquellas preguntas podían disimular una trampa. El agente replicó con cautela:

—Regular. ¿Por qué?

—Pienso si no se habrá usted tropezado, alguna vez con un hombre... Me refiero a un hombre alto, de cabello rizado, entre rubio y gris, cara angulosa, nariz y mandíbula enérgicas, dientes muy grandes...

Stan había escuchado la breve descripción con avidez. ¡Conocía los rasgos que Katia enumeraba! ¡Los conocía! ¿De dónde? ¿De qué?

—¡Siga! ¿Qué pasaba con ese hombre?

—En cierta ocasión, hace ya algún tiempo, me presenté de improviso en casa de Irina. Fue a última hora de la tarde. Iba a invitarla a cenar... Se quedó un poco parada al abrir la puerta. Me introdujo en el salón

principal, cosa que no hacía nunca, pues solía recibirme en el cuarto de estar, en su dormitorio, incluso en la cocina, sin formalidades. Estaba cohibida, nerviosa, aunque únicamente lo hubiera notado quien la conociese bien. Le pregunté si se disponía a salir, y contestó que no; sin embargo, iba perfectamente maquillada, peinada y perfumada, lo cual contrastaba con el hecho de que vistiera un ligero quimono de seda negra, sin nada debajo, como no pude menos que observar. En el momento en que estábamos hablando, recién entradas en el salón, sonó en el pasillo una voz de hombre que llamaba: “¡Querida!”; y luego se aproximaron unos pasos recios. Vi que Irina se mordía los labios. El hombre, que se dirigía al recibidor, se detuvo en la puerta del salón al descubrirnos, sorprendido y pasmado. Estaba en mangas de camisa, ligeramente despeinado, y sostenía en la mano un vaso de licor. “¡Oh, perdón!”, exclamó. “Creí que, como tú has dicho, sería solo el cartero quien llamaba”. Después de estas palabras se retiró hacia el cuarto de estar.

Stan permanecía mudo.

Ahora ya sabía dónde vio anteriormente aquellos rasgos: cabello rizado rubio-gris, cara angulosa, nariz y mandíbula enérgicas, dientes muy grandes. Lo había recordado ya.

No era, ¡oh, no! un recuerdo agradable.

—Yo me limité a sonreír a Irina y guiñarle un ojo —siguió diciendo la mujer—. Me parecieron tontos su sobresalto y su confusión, cuando tantas, tantas cosas sabíamos una de otra. Para colmo, pretendió engañarme improvisando una historia acerca del desconocido; que si era un pariente venido de fuera... Me eché a reír y le repliqué que no me debía ninguna explicación. Volvimos a vernos al día siguiente, pero ella no mencionó el incidente, ni yo tampoco, y en adelante no lo mencionamos jamás.

¡Stan ya sabía dónde había visto aquellos rasgos!

—¿Qué pensó usted acerca de eso? ¿Quizá que Irina ocultaba sus relaciones con aquel hombre para que no se enfadase el general Slobodkin, o quienquiera que fuese el personaje de turno?

—¡No me las hubiera ocultado a mí! Yo estaba al corriente de muchas de sus aventuras, e incluso había intervenido en ellas.

—¿Entonces?

Katia se encogió de hombros.

—Saqué la conclusión de que no se trataba de una simple aventura, sino de un amor de verdad. Puede que yo sea una romántica... La pobre Irina y yo teníamos muchos puntos comunes. Creo que si yo amara de verdad a un hombre mantendría nuestro amor por completo apartado de la vida que habitualmente llevo. Sé, estoy segura, que ella hubiera hecho lo mismo.

Stan enarcó las cejas.

—¿Un amor de verdad, con Slobodkin de por medio? ¡Vamos: Al

hombre que se acomodara a semejante situación no valdría la pena amarlo.

—¿Usted qué sabe, Gleiwitz?

—Hablo como hombre.

—Como un hombre determinado: hay muchos... y yo hablo como mujer. Pero lo mismo usted que yo ignoramos lo que en realidad ocurría. Puede haber sido tan intrincado como para terminar con un crimen.

—Eso no lo niego.

—Pues es cuanto puedo decirle. Yo que usted, Gleiwitz, desearía esa novelesca idea del espionaje.

—Usted sí, pero yo no. Yo he conocido y tratado a Irina en un plano de bastante intimidad. Sé lo que eran nuestras relaciones: una aventura más, de acuerdo; por mi parte y por la de ella. Una aventura, empero, que no se permitiría una mujer enamorada de verdad. No creo en un grande y secreto amor.

Katia vació su copa de champaña y la volvió a llenar. Estaba otra vez poniéndose nerviosa.

—Dejémoslo. Cada cual tiene sus puntos de vista. Le agradeceré que me haga saber lo que averigüe siguiendo el camino que se ha trazado. Y le aconsejo que no se precipite. La policía dispone de recursos vastísimos, y no digamos el general Slobodkin; lo que ellos no descubran, Gleiwitz, descuide, no lo descubrirá usted.

Stan sonrió sin alegría.

Falso. Ni la policía ni Slobodkin sabían que Irma Kovak era una espía americana; ni una ni otro podían saber con exactitud —caso de que se enterasen de su existencia— lo que le había ocurrido al hombre de cabello rizado rubio-gris y dientes grandes.

Él sí lo sabía.

¡Era la cabeza de aquel hombre la que fue enviada a su estudio envuelta en papel de embalaje y yacía ahora en el fondo del Vístula!

CAPÍTULO VIII

Katia se puso lentamente en pie.

—¿Puedo pedirle un favor?

Stan la miró a la cara.

—A ver.

—No diga nada por el momento de lo que usted sospecha de Irina. Espere a estar seguro. Y...

—¿Qué?

—No hable a nadie de... de mis relaciones con Karl Walbruck. Si Karl ha muerto, lo pasado a nadie interesa. Por favor, Gleiwitz.

Era extraordinario: la idea del espionaje la aterrorizaba. Sentía miedo de él, y no porque le creyese un agente extranjero; su miedo era, por el contrario, el que un agente extranjero sentiría ante la amenaza de que la policía se enterase de sus actividades. ¿Significaba esto que Katia había sido una colaboradora de Irina y Walbruck? ¿Qué podía ser también, en consecuencia, una colaboradora suya?

¿Debía arrancarse ante ella la máscara?

No. No se atrevía. La personalidad de aquella mujer resultaba demasiado ambigua aún. No se atrevía siquiera a sondearla más abiertamente.

—Usted desconfía de mí —dijo—. Usted me teme, y eso es ridículo. Busco solamente saber la verdad y, en lo posible, que se castigue al asesino de Irina; pero si ella estaba mezclada en algún negocio de espionaje y remover esto la perjudica a usted, iré con el mayor cuidado. No soy un patriota de la vieja escuela, y además, en el mundo de hoy, el espionaje ha dejado de ser una cuestión patriótica para ser una cuestión política. Me deja frío.

Katia respiró profundamente.

—Si Irina era una espía, sacarlo a luz puede, en efecto, perjudicarme, aunque no en el sentido que usted imagina.

—¿Cómo sabe lo que imagino?

—Está pensando en que, como amiga de Irina, mis negocios podrían ser iguales a los suyos.

—¿Y no lo son?

La mujer esbozó una débil sonrisa.

—Yo si soy una patriota de la vieja escuela, Gleiwitz. Llamaré a Liza para que le ayude a terminar el champaña, ¿le parece?

—¡No, por favor!

—Me gustaría que se divirtiera usted un rato —Katia consultó el

relejito de oro que llevaba en la muñeca—. Anoche, ¿recuerda? me dijo que yo valgo para usted más que el local entero. Puedo hacerle compañía si Liza no le satisface...

—¿Hasta que llegue ese pimpollo? ¿Cómo se llama? ¿Zarki?

Ella no contestó.

Stan la miró de arriba a abajo. Era mujer en cada centímetro de su persona, mujer viva, tibia, temblorosa. Había conocido a pocas, acaso a ninguna que pudiera comparársele. Su mera presencia acariciaba los sentidos. Su atractivo se le metía a uno en la sangre como un burbujeante cosquilleo.

Movió negativamente la cabeza.

—He cambiado de opinión. Gracias, puede reservar para otro su compañía.

Katia sostenía su mirada. Sus ojos, libres de lágrimas ahora, eran profundos lagos verdes.

—Yo también he cambiado de opinión.

—¿Respecto a mí?

—¡Exacto! Le he dicho, ¿no? que Irina y yo teníamos muchos puntos comunes. Empiezo a comprender el interés que usted pudiera merecerle... ¿Un estudiante? ¿Un hombre joven e insignificante? Permita que retire el último calificativo. Usted será cualquier cosa, pero insignificante, no.

—Sobre todo desde que se me ha ocurrido la peligrosa idea de que Irina Kovak era una espía —replicó Stan mordazmente. Se levantó también, como ella lo había hecho, y volvió a plegar el periódico—. La comprendo, señorita Rosemberg. Admiro sus esfuerzos por atraerse mi simpatía, pero crea que son innecesarios. No lo tome a desaire. Aunque su compañía es deliciosa, me parece injusto obligarla a malgastar el tiempo junto a un don nadie como yo; sobre todo porque su compañía difícilmente me disuadirá de mis propósitos. Si no tiene más que decir acerca de Irina, terminemos y muchas gracias.

Los ojos verdes relampaguearon.

—Se burla usted de mí. Ha estado burlándose desde el principio, ¿no es verdad? ¿Quién es usted realmente, Gleiwitz?

Stan se metió el periódico en el bolsillo.

—No se equivoque.

—No se equivoque usted. ¡Oh, sí, se cree muy listo!

—Tengo la suerte de parecer insignificante, eso es todo.

—¿Ha pensado que su juego puede ser arriesgado?

—Sí, puede serlo si por casualidad tropiezo con el asesino o los asesinos de Irina. Mientras tanto, es todo lo contrario de arriesgado. Procedo con la mayor buena fe y en favor de una causa justa.

Katia hizo un ademán de impaciencia.

—No me ha entendido... ¡Oh, maldita sea, no sé todavía si es usted el

ingenio más grande del mundo o un pájaro más astuto que el mismo demonio! Bébase solo el champaña si no le seduce mi compañía ni la de Liza. Invita la casa. Es —la boca de la mujer perdió su encanto al curvarse en una breve mueca— una pequeña compensación por la molestia que su afán de traerme noticias necrológicas pueda ocasionarle. Buenas noches, Gleiwitz.

—Mis saludos al amigo Zarki —respondió Stan.

Quedó solo en el reservado.

No probó el champaña.

¿Cuál era la posición de Katia Rosemberg en el asunto? ¡Qué extraño! La idea de que Irina hubiera sido una espía, la llenaba de temor, y más aún la posibilidad de que dicha idea fuera sugerida a la policía. Habíale pedido francamente a Stan que no la sugiriese y, por añadidura, que no hablara a nadie de sus antiguas relaciones con Karl Walbruck, alias Harry. Steele, agente Eme Ciento Once de la red norteamericana en Europa Oriental. ¿Por qué?

Katia desconocía la consigna, no era ella misma un agente secreto, una malla de inmensa red. ¿Quién era? ¿Qué significaban sus alusiones a que “el juego era arriesgado”? ¿Encerraban un prudente y amistoso consejo, o constituían, por el contrario, una amenaza?

¿Y qué valor tenía su historia de los amores de Irina con el desconocido de rizado cabello rubio-gris? ¿Era este hombre, luego decapitado por una mano misteriosa, el enlace desaparecido?

Alguien había matado a Irina Kovek y a su presunto amante, fuera el enlace o no; había decapitado a este y remitido al estudio su cabeza. Aquella persona, pues, sabía lo más importante de todo: que existía una relación entre Stan, Irina y el enlace. Es decir, sabía que los tres eran espías extranjeros, puesto que en ello consistía la relación.

Ahora bien, dicha persona no pertenecía al contraespionaje oficial polaco o ruso. Lo desmentía su actuación: el dramático asesinato, el silencio y la inactividad en que las autoridades de Varsovia permanecían hasta aquel momento.

¿Era aquella persona el abogado Vassilewski?

El hombrecillo sabía, por lo menos, que Stan era un agente americano, y si sabía esto podía saber también que lo eran Irina y el decapitado. En cambio, no la había dado muestras de saber nada relacionado con la cabeza... ¡Ah, sí lo supiera! ¡Si fuera él quien la envió!

Todo concordaría entonces.

Pero Vassilewski se había comportado como el típico chantajista, y un viejo adagio criminal afirmaba que los chantajistas no matan. Era un adagio cierto.

Stan sacudió la cabeza. Se movía en un círculo vicioso del que no lograría salir con los datos de que disponía. Estaba solo en el vacío. Su

único recurso era esperar a que la comunicación, radiotelegráfica de aquella noche le procurase toda o parte de la información que le era imprescindible.

No probó el champaña. No sentía, ya el menor deseo de beber.

Abandonó el reservado y salió a la sala principal del café. Advirtió sin prestar atención que los músicos interpretan un vals de Strauss. La camarera que le sirviera la víspera pasó por su lado y le sonrió. Sin responder a su sonrisa. Stan se dirigió a las puertas giratorias y ganó la calle.

La animación estaba creciendo. La plaza Diez de Mayo y sus alrededores entraban en el período culminante de la noche.

¿A qué hora le había dicho el agente de Primera Base?

De dos a tres de la madrugada. Se le preparaba, por tanto, hasta las dos de la madrugada; un largo y enojoso intervalo de espera.

Echó a andar con las manos en los bolsillos, absorto en sus pensamientos, alejándose de aquel foca de luz y movimiento aislado en el tétrico panorama de la zona oriental de la ciudad. No tenía prisa. La obligaban a no tener prisa.

¿Por qué aciaga suerte le habría el general Linklatter enviado a él a Varsovia?

Las luces y el movimiento de la plaza Diez de Mayo quedaron atrás. Los transeúntes desaparecieron. El tránsito rodado quedó reducido al paso de algún que otro tranvía por la calle paralela a aquella por la que Stan avanzaba.

Fue allí, en el silencio y la soledad, en el inmenso vacío de la noche, donde el súbito ataque se produjo. Nada lo anunció, ni un rumor, ni, en Stan, la intuición de una presencia humana.

De las sombras brotó una figura como disparada por un muelle. Stan la vislumbró por el rabillo del ojo cuando ya no tenía tiempo de esquivar su acometida.

Contrajo instintivamente los músculos, preparándose para el choque, para el golpe; y sin embargo no hubo golpe ni choque.

Hubo otra cosa; una especie de culebra de sedoso tacto se arrolló a su garganta con pasmosa velocidad. Apretó la presa. Fue cuestión de minúsculas fracciones de segundo. El brevísimo instante bastó para que Stan comprendiese que iba a morir, ¡prácticamente sin remedio!

¡Estrangulado! ¡Ni siquiera había tenido ocasión de agarrar la trenza de seda que ahora se le hincaba en la carne! ¡El primer tirón le había cortado la respiración en seco, arrebatándole las fuerzas y enturbiando su mente!

¡El segundo le mataría!

Reaccionó sin poner en juego inteligencia ni voluntad, porque ya carecía de ellas. Se echó violentamente atrás. Su cabeza tropezó con otra cabeza y oyó como en sueños un gruñido de dolor.

Llevó ambas manos hacia donde el gruñido había sonado, aferrándose a lo que encontró. La horrible presión en su garganta había cedido un poco. Un relámpago de lucidez le hizo ver que luchaba por su vida. ¡La última lucha! y que estaba a punto de perderla.

Se revolvió con furia desesperada, arrastrando consigo lo que había logrado agarrar. La completa instrucción que en “jiu-jitsu” había recibido durante sus años de preparación guio sus movimientos. Cargó el peso sobre un pie, se agachó, basculó, abrió las manos. Un cuerpo humano salió despedido por encima de su hombro.

Estaba libre, pero aturdido, sin apenas ver ni oír, pues la sogá había quedado estrechamente anudada a su cuello. Lo primero que hizo fue arrancársela con dedos crispados, febriles, y respirar hondo. Esta demora cambió el curso que la lucha hubiera podido tener, debido a que, cuando Stan se halló en condiciones de mirar en torno y proseguir su ofensiva, su atacante se había levantado ya y emprendía rapidísima fuga, corriendo al amparo de las sombras como una rata gigantesca.

Dio unos pasos en su persecución. No. Inútil. Le faltaba aliento, le acometían náuseas.

Se apoyó en una pared para vomitar. Al reponerse, momentos después, se hallaba otra vez solo en la noche, en el vacío. Únicos testimonios de la angustiosa experiencia que acababa de vivir eran el círculo cárdeno y ardiente que la sogá le había dejado en derredor del cuello y la propia sogá, que conservaba en la mano.

Estaba furioso.

¡Katia Rosenberg! ¡Tenía que ser Katia Rosenberg quien había enviado contra él al estrangulador! ¡Era su respuesta a la insinuación de que Irina Kovak fue una espía!

¿Debía haberle hablado claro? ¿Debió decirle que nada había de temer de él, puesto que ambos estaban del mismo lado de la barrera?

Apretó con rabia los puños. ¡Qué sarcasmo! Era aceptable, era lógico y comprensible que a uno le mataran en Varsovia por ser un agente secreto americano, ¡pero no que le mataran por creerle lo contrario de lo que era en realidad!

¿Era así como funcionaba la “máquina de precisión” que, según el general Linklatter, había organizado el famoso y eficiente Eme Ciento Once?

Stan reemprendió su camino renunciando a seguir a pie. Se dirigió a la calle inmediata, por donde pasaban los tranvías, y una idea se le ocurrió al ver, cuando caminaba hacia la parada más próxima las luces de una pequeña cervecería solitaria. Fue a ella, entró, marchó directamente en busca del teléfono situado al extremo del mostrador. Un hombre y una mujer que conversaban arrimados a este callaron para mirarle con desconfianza. El dependiente secaba un vaso con movimientos mecánicos.

Consultó la guía hasta hallar el número de “La Estrella”. Lo marcó. El dependiente, el hombre y la mujer podían oír sin dificultad cuanto dijese.

—Con la señorita Rosenberg —pidió al obtener comunicación—. Sí, de parte de Zarki. Sí.

—¡Pablo! —exclamó la voz de Katia casi al instante.

—Le advertí que no se equivocase, ¿recuerda?

El aliento entrecortado de la mujer le llegó a través del auricular.

—¡Oh! ¿Es Gleiwitz?

—Exactamente. Usted no ha hecho caso de mi advertencia, querida, y los dos podemos salir perdiendo con ello. Le aconsejo que no repita la intentona. Si está intranquila tome un sedante. Su amigo, su empleado, o quien sea, le contará al detalle lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Qué dice? —susurró Katia—. ¿Qué ha pasado? ¿De qué amigo o empleado habla?

—¡Vamos! —rio Stan—. Tengo su instrumento de trabajo en mi poder: se lo devolveré la próxima vez que vaya por ahí; seda de primera calidad... Repito, Katia, que no se equivoque. Piense bien lo que hace. Un error suyo sería terrible para ambos.

—Está loco —fue la única respuesta.

Quedó cortada la comunicación.

Stan se preguntó si la llamada serviría de alguna cosa. Afrontó la mirada del dependiente, de la mujer y del hombre, y abandonó el local.

El tranvía le llevó de regreso a casa.

Permaneció tendido en el diván del estudio, leyendo, fumando y reflexionando, en espera de que fueran las dos.

A las dos y diez minutos apagó las luces, tomó de su estante el “Catálogo General de la Biblioteca Feuchwangler” y montó la emisora.

Ahora. Ahora sabría. Ahora se llenaría el vacío.

A las dos y cuarto lanzó su voz al éter:

—Pe de Pilsudki. Eme Doscientos dos llama a Primera Base.

Insistió un cuarto de hora, pero el zumbido de los auriculares no se produjo. Seguía sin haber respuesta.

Descansó cinco minutos y empezó de nuevo.

Nada.

A las tres llamaba todavía en vano. A las tres y cuarto. A las tres y media.

Era increíble.

A oscuras revisó el aparato para asegurarse de que no sufría avería ninguna. No, Funcionaba perfectamente.

Las cuatro. Nada.

Agotado, bañado en sudor, sintiendo dentro de sí la tirantez de la angustia, Stan renunció a su empeño cerca de las cinco de la madrugada. Guardó de nuevo la emisora y, completamente desvelado, se tendió boca

arriba en el diván.

Primera Base no había respondido. Roto su contacto con el mundo exterior, estaba más solo que nunca en aquel vacío de muerte.

CAPÍTULO IX

¡No, aquello no!

El coche de Elsbeth Kempton se hallaba parado ante la puerta de su casa cuando, por la mañana, Stan salió dispuesto a reemprender la absurda rutina de su vida, ¡Aquello no! Le había costado demasiado arrancar a la muchacha de sí para que, de improviso, los quiméricos sueños recomenzaran.

Elsie aguardaba fuera del coche, paseando por la acera. Su exquisita figura, realizada por un ligero vestido de color mantequilla, atraía sin excepción las miradas de los transeúntes.

Avanzó a su encuentro apenas le vio. Una lucecita de cariño brillaba en sus ojos e iluminaba su alegre sonrisa.

—Hola, Stan —dijo simplemente.

Él se mordió los labios.

—Elsie...

—No hablemos aquí. Sube al coche y no pongas esa cara.

—Elsie, es mejor que no hablemos en ninguna parte. Nunca más.

Ella rio.

—¡Vamos, tonto!

Stan no pudo resistirse. Se encontró sentado a su lado en el vehículo suavemente impregnado de su perfume, mientras la muchacha conducía por las calles inundadas de sol. Pero ahora era distinto. Ahora no se borraba de su mente el recuerdo de Irina Kovak degollada en el umbral de su cocina, de la horrenda cabeza envuelta en papel de embalaje, del estrangulador y su trenza de seda, de la noche de angustia pasada junto a la emisora de radio. Ahora diferenciaba perfectamente el sueño de la realidad.

—Comprendo que te debo una explicación por no haberte llamado ayer tarde —dijo, con la mayor calma de que fue capaz—. La explicación es sencilla: el shock había pasado. Llamarte me hubiera creado un problema idiota.

—No hay problemas idiotas, Stan.

—Muy bien. Yo me entiendo.

Habían llegado a la avenida Lenin. Elsie arrimó el coche a la acera y lo detuvo a la sombra de los tilos. Abrió su bolso para sacar un paquete de cigarrillos, que ofreció a Stan. Él lo rechazó, pero le dio lumbre.

—Yo también te entiendo —dijo ella—. Amar es comprender, y creo que te amo desde el instante en que te vi, o desde antes, mucho antes de verte como si ya estuviera predestinada. No soy orgullosa. No soy una niña

estúpida. Tú te has convertido de pronto en el centro de mi vida, y considero imprescindible hacer frente con la máxima objetividad a cuanto con nosotros se relaciona. He reflexionado mucho, Stan. Sé que hay obstáculos, pero estoy segura de que todo puede resolverse.

—Algo no puede resolverse.

—¿Qué es?

—Que la ilusión del momento se ha desvanecido —replicó ásperamente él—; que yo no te quiero ni necesito para nada tu amor. Si prefieres que mienta, mentiré, por supuesto; seguiré la corriente, me aprovecharé de que una mujer estupenda como tú se arroje en mis brazos y pasaremos en festejo continuo los pocos días que te quedan de estancia en Varsovia. Si es eso lo que buscas, adelante, pero te hago el honor de creer que no es eso.

Las palabras no sembraron afectar a la muchacha.

—Ahí está —dijo, fumando tranquilamente.

—¿Qué es lo que está ahí?

—El problema idiota a que te has referido. ¡Oh, Stan! Sabía que eras lo bastante recto, bueno y honrado como para decirme más o menos lo que acabas de decir. ¡Hablemos claro! Por nuestra conversación de ayer te diste cuenta de que vivimos en mundos distintos, en mundos que difícilmente podrían fundirse. Yo abandonaré muy pronto Varsovia y tú te quedarás anclado en tu Escuela de Arte y tu panorama sin horizontes. No puedes seguirme, ni yo puedo quedarme a tu lado. Existen fronteras y leyes. Se necesita dinero para vivir. ¿A qué conduce un compromiso entre tú y yo? ¿A amarnos desde lejos, a escribirnos las tonterías que los enamorados suelen escribirse, a sufrir, hasta que el fuego se vaya apagando y el amor se convierta en olvido! ¿A esperar sin esperanza! ¿A qué conduciría nuestro matrimonio? A qué tú renunciaras a tus estudios y yo a mi trabajo con la doctora Thorn, para morirnos juntos de hambre añorando continuamente la antigua libertad... ¿No es eso lo que piensas? ¡Dime la verdad, Stan! ¿No es eso?

—No.

Elsie se recostó suspirando en el asiento.

—Bueno, me da igual que lo niegues; yo sé que es eso. Te has propuesto cortar nuestras relaciones cuando es tiempo aún, antes de que nos hagan desdichados, antes de que yo malogre mi brillante carrera de chica bonita que habla varios idiomas y vive rodeada de comodidades y lujos, mientras que tú...

—¡Basta! —exclamó Stan—. ¿No has dicho que querías ser objetiva? ¡Pues parte de la base de que no te quiero! ¡Cesa de echarte arena a los ojos, por favor!

La joven permaneció un momento callada. Luego declaró:

—La doctora Thorn puede ayudarnos. Tiene facultades para sacarte de Polonia. Las tiene incluso para llevarte con nosotros ahora mismo, cuando

regresemos a Pankov, y conseguirte luego un empleo oficial donde tú quieras. No te engaño, Stan: bastará con que yo se lo diga para que, en adelante, no te separes de mi lado. ¡Piénsalo! Es falso que tu mundo y el mío no puedan fundirse. Quizá, estoy convencida, saber esto te haga mudar de opinión. Deja el orgullo aparte, como yo lo he dejado, y reflexiona. ¡Oh! y no vuelvas a decirme que me echo arena a los ojos.

Stan miraba al frente, a través del parabrisas del coche. Pero no era la amplia avenida, no era la vegetación primaveral ni el juego de luz y sombras bajo los tilos lo que estaba viendo.

—Elsie —articuló.

—¿Qué?

—Elsie, es inútil. Yo no puedo abandonar Varsovia.

—¡Cómo que no!

Él se golpeó con el puño la palma de la mano.

—¡No me fuerces a hablar de lo que me está vedado! Antes has dicho que yo me he convertido en el centro de tu vida... Bien, el centro de mi vida es y seguirá siendo algo que no puedo mencionar, algo tan importante que me obliga a renunciar a ti, como me ha obligado a renunciar a mí mismo. ¡Créeme, Elsie! Aceptaría tu oferta, me uniría a ti para siempre, disfrutaría de la mayor felicidad imaginable si fuera realmente lo que tú crees que soy: un oscuro estudiante de Arte, atado, como todos los oscuros estudiantes, por las leyes y las fronteras. Eso es lo que parezco, Elsie; digamos, lo que aparento, lo que finjo ser. Pero no lo soy.

La muchacha se había quedado inmóvil. Sus ojos le perforaban.

—¡Stan, ahora dices la verdad!

—Sí, Elsie.

—¡Tú me quieres!

—No me tortures, Elsie. Te quiero como a nadie he querido y a nadie querré. ¡Y no tengo derecho a querer ni siquiera a mí mismo! Si es cierto que me amas, apártate de mí, aléjate, olvida que nos hemos conocido, vete, no vuelvas a verme; no hagas esto más difícil...

—¡No, Stan!

—Así es. Supón que he muerto.

La mano de la muchacha se aferró a su brazo.

—¡Stan, déjame que intente luchar por nuestro amor!

No lloraba. Aceptaba la situación como un desafío.

Era joven, era valiente, estaba viva. Quería luchar. ¡Oh, Dios! Pero no podía infundir su propia vida a un cadáver, y él era un cadáver.

Stan apartó su mano con delicadeza y abrió la portezuela del coche.

—Hay cosas más importantes que el amor, según dicen. Adiós, Elsie.

—¡Espera!

—Adiós, Elsie.

—¡Stan, escúchame! Yo no renuncio. Para mí no hay nada más

importante que el amor. Mi oferta sigue en pie: la doctora Thorn puede ayudarnos. Esperaré veinticuatro horas; no, más, hasta mañana a mediodía. No quiero saber, puesto que tú no me lo dices, qué cosa es esa que ocupa el centro de tu vida y a la cual lo sacrificas todo, aunque temo que, como los hombres acostumbran, prefieres los llamados grandes ideales y las ambiciones fantásticas a la felicidad que tienes al alcance de la mano. Te doy de plazo hasta mañana a mediodía para elegir entre tus ideales, o lo que sean, y yo. Esperaré, Stan; y si decides venirte conmigo a Pankov, mañana a mediodía, habrá tiempo aún para arreglarlo.

Él movía negativamente la cabeza mientras la muchacha hablaba. ¡Elegir entre muerte y vida! ¿Ideales? ¿Ambiciones? No, no, Elsie no podía siquiera imaginarlo.

—Es tarde ya —respondió—. Elegí antes de conocerte.

Se apeó del coche y cerró la portezuela con brusco empujón. Elsie estaba reclinada en el asiento, mirándole desesperadamente, una mano apoyada en el volante, su cigarrillo consumiéndose entre los dedos de la otra; la mujer más bella y digna de ser amada que hasta entonces hubiera conocido.

Esta fue la última visión que tuvo de ella. Cabizbajo, dio media vuelta y se alejó por la soleada acera de la avenida.

¿Elsie Kempton?

¡Oh, sí, cierta chica alemana encontrada un día en Varsovia! Nada, un vago recuerdo, alguien que ya quedaba para siempre atrás.

Tomó un autobús hasta la Escuela Superior de Arte.

Llegó con el tiempo justo para asistir a la primera conferencia, pero solo su cuerpo estuvo presente en ella; su espíritu vagaba a distancia infinita. Del mismo modo asistió a la segunda. No oyó, no vio, no comprendió. La forzada inmovilidad, el monótono fluir de las palabras del conferenciante no hacían sino minar la calma artificial de sus nervios.

En el siguiente intervalo se dirigió al bar de la Escuela, donde a aquella hora solía encontrarse Myra Jenniko.

No estaba.

—Hoy no ha venido —le informó uno de los muchachos del curso de calcografía—. No, seguro que no.

—¿Y ayer?

—Sí, ayer sí. ¡Buen día! Estropeó una plancha.

—¿Nervios? —sugirió Stan.

—Quizá. Se sentaba a mi lado. Reparé en que no parecía sentirse muy bien.

Nervios.

¿O acaso estaba realmente enferma?

Stan titubeó. El caos se había desencadenado desde la última vez que Myra visitara su estudio, y le hablase de la viuda rica. La alusión a la viuda

habíale precedido en los primeros momentos del asesinato de Irina un hecho de la mayor importancia, pero ahora era solo uno más de los que se agitaban sin orden ni concierto. Myra había dado una explicación: fue un comentario al azar. ¿Sí? Resultaba hasta aquel momento imposible saber si la muchacha mentía o no.

Iba a comenzar la tercera conferencia de la mañana.

Stan no entró en el aula. Abandonó la escuela y en la parada más próxima tomó el tranvía en dirección al distrito de Kowicz.

Número treinta y cinco, calle de Grodnopolck. Una mujer vieja se calentaba al sol en el jardín de la casita de estilo campesino.

—Se está bien ahí, señora Saunch —dijo Stan, franqueando la cancela—. ¿Puedo ver a Myra?

La mujer dirigió hacia él sus cansados ojos.

—¿Myra? Cuando vuelva...

—¿Ha salido?

—Sale todas las mañanas para ir a la Escuela.

Stan continuó andando hasta alcanzar la ventana, abierta por completo, de la habitación de la joven. La cama estaba hecha, todo en orden; la habitación, vacía.

—Creí que hoy se había quedado en casa.

—Se fue como siempre —dijo indiferente la mujer.

Stan saludó con la mano y se marchó.

Myra no estaba enferma. Había faltado a clase, pero no estaba enferma.

Tiempo perdido. En el tranvía, de regreso, pensó Stan que ni siquiera sabía qué motivo, salvo el deseo de ausentarse de la Escuela, habríale impulsado a efectuar aquel viaje inútil.

Descendió luego a pie por la calle Slonim, camino de su estudio. Se sentía cansado de cuerpo y espíritu, hastiado y, sobre todo, solo. ¡Naturalmente que lo sabía! Era tonto engañarse a sí mismo. Había ido a Kowicz con la secreta esperanza de encontrar a Myra y librarse junto a la muchacha de aquella insoportable sensación de soledad. Nunca hasta entonces se había percatado de cuán agradable era su compañía, cuán amena su charla de niña que se fingía mujer, cuán graciosos sus celos y su ingenuo cinismo. Stan sonrió amargamente. Durante las cinco semanas de inacción había estado deseando con ansia que la acción comenzase; ahora, una vez iniciada, deseaba que no hubiera comenzado jamás.

Subió al estudio.

¡Algo no era lo qué debía ser!

Una fría lluvia de horror le caló el alma mientras, parado en el rellano, contemplaba la cerradura de su puerta. La señal resultaba apenas visible: un rasguño diminuto en la pintura, que dejaba al descubierto el brillo del metal; pero sus ojos alerta la habían captado al instante.

El rasguño indicaba que había sido forzada la cerradura.

¿Un nuevo obsequio macabro? ¿O acaso la muerte esperándole en el interior?

Stan miró por el ojo de la cerradura y no vio nada; escuchó, y no oyó nada. Si alguien había entrado, registrado el estudio y descubierto la emisora de radio, era el fin. A no ser que fuese Vassilewski quien lo hizo, pues el hombrecillo sabía ya tanto que, en su caso, un descubrimiento más poco importaba.

Debía entrar.

Dentro podía estar al acecho un asesino, y él se hallaba desarmado. Sin embargo, debía entrar.

Abrió la puerta y entró.

—Myra —articuló en un susurro.

Cerró violentamente y se apoyó de espaldas en la hoja.

Myra yacía en el suelo hecha un ovillo, casi a sus pies, vestida con su falda negra y su jersey marfil. Estaba caída sobre la carpeta de dibujo que solía llevar cada mañana a la Escuela, cubierta a medias por el abrigo que se echaba sobre los hombros si era tibia la temperatura. Su cara, su dulce carita infantil, infundía ahora pavor. Era de color violeta. Los ojos se le salían de las órbitas. La lengua, enorme, espumosa, asomaba dificultosamente entre sus labios.

La habían estrangulado. Se veía en su garganta el siniestro cardenal de la soga, aunque esta había desaparecido.

¡Katia Rosenberg! ¡El estrangulador enviado por Katia Rosenberg!

CAPÍTULO X

Por unos momentos no fue Stan dueño de sí mismo. Loco de furia y de dolor, no tuvo conciencia de lo que hacía hasta que se encontró bebiendo con avidez de la botella de aguardiente que guardaba en la alacena. Bebió hasta vaciarla, llenándose deliberadamente de alcohol el estómago. Después se sentó al borde del diván. Sus ojos no se apartaban del cadáver de Myra.

Cuando se hubo serenado trasladó al diván el cuerpo de la muchacha y lo cubrió con una colcha. Acto seguido inspeccionó la habitación. No halló el menor rastro del intruso, ni tampoco señal alguna de que este hubiera practicado un registro. Todo estaba intacto. Hubiera jurado que el escondrijo de la emisora de radio no había sido movido ni una décima de milímetro con respecto a su posición anterior. El cuchillo que mató a Irina continuaba en el cajón de la mesa donde lo guardó, y con él estaba la trenza de seda que la noche pasada había igualmente guardado allí. Era de suponer que, de haber abierto aquel cajón, el estrangulador se habría por lo menos llevado la sogá.

¿Qué había ocurrido?

Katia Rosenberg, que conocía sus señas porque él mismo se las había dicho en su primera visita a La Estrella, había enviado a su esbirro para que repitiera el intento de asesinato frustrado la víspera. La pequeña Myra, fue al estudio: no había visto a Stan en la Escuela el día anterior, temió que tampoco acudiese aquel día, y quería hablarle. ¿Qué pasó después? ¿Llamó a la puerta, y el asesino, movido por un extraño impulso, la abrió, le dio muerte y emprendió la fuga?

Quizá. O quizá sorprendió al intruso mientras este forzaba o terminaba de forzar la cerradura, y el hombre la estranguló rápidamente y la empujó al interior del estudio, o la empujó al interior y la estranguló allí. Tras ello, perdidos los nervios o creyendo malograda la sorpresa, el asesino, cuyo propósito debió ser aguardar en el estudio el regreso de Stan, renunció por segunda vez a matar a este, y emprendió la fuga.

¿Era así?

¿Fue Katia Rosenberg la instigadora de aquel abominable crimen?

Stan evocó con los ojos cerrados la abrumadora belleza de la hebrea. ¿De qué tenía miedo aquella mujer? ¿Qué podía empujarla con obstinación tan ciega al asesinato? ¿Qué secreto guardaban sus pupilas verde mar?

Acaso la rubia e inquietante Katia fuese la instigadora, en efecto. Pero, viendo el menudo cadáver tendido en el diván, Stan se dijo que no era sino él quien, en último extremo, había matado a Myra. Fue él quien la arrastró

al caos, él quien había desatado sobre ella la horrenda insania del asesino.

¡Era él quien había matado a aquella pobre criatura!

¿Por qué le enviaría a Varsovia el general Linklatter?

No podía continuar así. Ni un paso más en el vacío, a tientas, como un inepto, como un imbécil.

—¡No podía!

Tambaleándose, Stan fue al lavabo, abrió el grifo del agua y se remojó la cara, la cabeza, la nuca. Sabía que era absurdo desesperar. Necesitaba tranquilizarse y tener la mente clara para resolver el enorme problema que se le había planteado y del que poco a poco adquiriría noción. Este problema no era otro que deshacerse del cuerpo de la muchacha. Había ya constituido problema, aunque no insoluble, deshacerse de la cabeza; pero, ¡de todo un cuerpo! No era posible envolver a la desdichada Myra en periódicos viejos, tomar con ella el tranvía hasta el parque de Lustarlit y arrojarla al río. Se imponía encontrar un modo de salir del paso.

Stan decidió que, hiciera lo que hiciese, esperaría hasta la noche. Aunque le repugnaba la idea de tener a la muchacha muerta en su estudio hasta entonces, ¿qué otra cosa resultaría menos arriesgada?

Eran más de las tres de la tarde, cuando encontró la calma suficiente para efectuar algunas pesquisas. Salió al rellano, y llamó a la puerta del más próximo de sus vecinos. ¿Había observado en los últimos días que alguien acudiera a su estudio y se marchase sin haberle encontrado? ¿Alguna muchacha? ¿Alguien portador de un paquete? ¿No? ¡Oh! no tenía importancia. Estaba aguardando cierta visita. No, muchas gracias.

El siguiente vecino no estaba en casa.

En la puerta contigua habitaba una mujer. Abrió envuelta en un viejo albornoz. Tenía como cuarenta años, y hubiera sido bonita, Stan lo había pensado muchas veces, de no ser por los patentes estragos que el alcohol había causado en su rostro.

Sonrió. Stan había ya respondido a su sonrisa en muchas ocasiones: Tuvo ahora que decirle que no, que no deseaba entrar, que no se preocupara por el desaliño de su atuendo, que quería únicamente hacerle unas preguntas. El aliento de la mujer apestaba a kummel barato.

—¿Muchachas? —repitió guiñando un ojo—... ¡Ah, señor Gleiwitz! Un día se meterá usted en un lío...

Había visto a Elsie, aquella mañana, esperando con su coche en la calle; y a Myra en algunas de sus frecuentes visitas; y a una o dos más de las alumnas de la Escuela cuyo trato frecuentara Stan durante las semanas anteriores. Pero a nadie que dejara un paquete, a nadie que llamara al estudio y se volviera sin ser recibido. No, ella no.

¿Quién, entonces?

—Un día se meterá usted en un lío, señor Gleiwitz. ¡En estos tiempos es peligroso ser un don Juan! ¡Je, je, señor Gleiwitz!

Era la señora Polniuzko quien lo había visto y comentado luego con ella. Hacía tres o cuatro días, no más de tres o cuatro días.



De las sombras brotó un figura

La señora Polniuzko habitaba en el piso inmediato inferior. Una tarde, al regresar a Gasa —la señora Polniuzko trabajaba en un taller de costura—, había presenciado una escena que le llamó la atención. Subía por la escalera casi al mismo tiempo que una muchacha, y en aquel momento, cuando ambas llegaban a su piso, otra mujer, en el piso de arriba, se había apartado de la puerta del estudio de Stan como si hubiera estado llamando sin obtener respuesta. Según la señora Polniuzko, a la muchacha se le demudó el rostro al ver aquello; y en lugar de seguir subiendo hasta el piso superior, como parecía ser su intención, dio media vuelta no bien se hubo cruzado con la mujer y marchó en pos de esta. Decía la señora Polniuzko que semejaba una gata a punto de arañar. ¡Ah, aquel señor Gleiwitz! ¡Un hombre por el cual se arañaban las mujeres!

Stan bajó a hablar con la señora Polniuzko, que estaba indispuesta —el dichoso hígado, ¿sabe usted?— y obtuvo una repetición más detallada del relato y una descripción de las protagonistas del incidente. No la muchacha no conocía a la otra mujer, se enfureció únicamente porque la vio llamar a la puerta del estudio. No, no se fue con la otra mujer, sino siguiéndola a cierta distancia.

De la descripción se desprendía que la muchacha era Myra Jenniko. La mujer, morena, bellísima, elegante, atractiva perfumada no podía ser sino Irina Novak.

Stan regresó al estudio.

—Perdóname —murmuró, contemplando el frágil cuerpo tendido en el diván—. Daría mi vida a cambio de la tuya, Myra; mi vida, que ya nada vale. Juro que nunca quise hacerte daño...

¿De qué servía jurar? ¿De qué servía lamentarse? Ella estaba muerta. Una niña, que, a su modo, le había amado. Por alguna razón que ya nunca sabría Irina Novak había acudido al estudio en su ausencia, precisamente cuando Myra acudía también. La muchacha vio a la mujer apartarse de la puerta, y los celos la acometieron. Aquella no era una mujer vulgar; no era una discípula cualquiera, una chiquilla con la que ella pudiese competir ventajosamente, sino una criatura exquisita, de madura y turbadora belleza, un ser de otro mundo. Y había algo entre la mujer y Stan... Myra siguió a la mujer. Estaba claro lo que había ocurrido: la siguió hasta su casa, averiguó quién era, qué era, dónde vivía; una viuda rica, dueña de un piso antiguo y lujoso.

Nada más.

Era muy propio de Myra, de su vanidad infantil, negar obstinadamente que se hubiera humillado a impulsos de los celos hasta hacer objeto de su espionaje a la hermosa desconocida. Nunca hubiera confesado haberla seguido, y no lo confesó. Pero los periódicos publicaron la noticia del asesinato de Irina. La muchacha, entonces, relacionó el crimen con la

desconcertante conversación sostenida con Stan la última noche, y al percatarse de que el asunto era realmente grave —de vida o muerte, como él había dicho— corrió al estudio para contarle la verdad. No encontró a Stan en el estudio; encontró a un cobarde estrangulador armado de una trenza de seda.

Irina, por su parte, había muerto demasiado pronto, sin tiempo para revelar el motivo de su frustrada visita al estudio. ¿Se refería a este motivo cuando pronunció sus últimas palabras: “Usted y yo tenemos que hablar”? ¡Palabras que parecían casuales y que sin duda no lo eran! ¡Palabras en las que acaso se encerrase la clave de todo lo que luego había sucedido!

Stan renunció a seguir pensando en ello. Mala suerte. La degollación de Irina Novak, la decapitación del hombre de cabello rubio-gris, ¡su propia muerte, si llegaba a producirse! eran simples gajes del oficio. Pero no la muerte de Myra. No había derecho. Ninguna obra humana, ningún ideal, ningún deber, ninguna ambición valía la vida de una niña inocente.

Sí, mejor sería, no pensar en ello.

Las cuatro paredes del estudio, con la muchacha muerta en el diván, resultaban asfixiantes. Stan optó por salir, sintiéndose incapaz de aguardar allí a que cerrase la noche. Tomó la precaución de colocar en la puerta una pequeña cuña de papel doblado, al objeto de saber si alguien abría aquella en su ausencia, en cuyo caso la cuña ya no estaría en su sitio, tras de lo cual bajó a la calle y se echó a vagar sin rumbo.

Eran las ocho y cuarto cuando su idea adquirió forma definitiva.

Una idea para desprenderse del cadáver de Myra. La única posible. La única solución que tenía a su alcance.

Estaba en un bar del centro de la ciudad, comiendo pan y queso y bebiendo cerveza. Al terminar se dirigió al teléfono. Consultó la guía. “New York Life Building”. ¡Oh, no! Thorn. Ursula Thorn. Allí estaba.

Hizo girar el disco.

—Diga.

Era la voz de Elsie. De Elsie, que esperaba que el amor triunfase.

—Soy Stan.

—¡Stan!

¡Cuánto podía expresar un nombre!

—Elsie, no, lo siento, no llamo por lo que imaginas —Las palabras le quemaban los labios—. Nunca... ¿Me oyes, Elsie? ¿Me oyes?

—Sí.

—Nunca haría esto si no me viera obligado, Elsie, atiéndeme. Necesito pedirte un gran favor.

La respuesta fue un susurro:

—Sí, Stan.

—¿Podrías prestarme el coche esta noche por espacio de una hora? Me

es imposible darte explicaciones, pero...

—Comprendo. Las explicaciones se refieren a lo que constituye el centro de tu vida, a eso que, según dicen, es más importante que el amor. Prestarte el coche me alejará de ti un poco más.

—¡Elsie!

—No te preocupes. Lo encontrarás estacionado frente a mi casa a partir de las nueve. Estará abierto, y las llaves del contacto en la bolsa de la portezuela derecha. Devuélvelo cuando quieras al mismo lugar. Adiós y buena suerte.

La comunicación fue cortada.

Stan permaneció un momento con el teléfono en la mano. ¡Alejarla de él un poco más! ¡Oh, no! Elsie ya no podía estar más lejos.

—¿Le gustó el queso? —preguntó el dependiente cuando regresó al mostrador.

—¿Cómo?

—Digo que si le gustó el queso.

Stan se encogió de hombros.

—No lo sé. Póngame otra ración. Y otra cerveza.

Para algunos hombres comer era vivir.

Llegó frente al moderno edificio de apartamentos alrededor de las diez y media. En casi todas las ventanas se veía luz, pero apenas transitaba nadie por la calle. Dos agentes de policía hacían en aquel momento su ronda.

Aguardó a que se hubieran alejado, y entonces se dirigió al coche, que estaba exactamente donde Elsie le había dicho. Encontró fácilmente las llaves. Puso el vehículo en marcha.

Quizá ella estuviera observándole desde una de aquellas ventanas iluminadas. Tanto peor; sí, tanto, ¡tanto peor!

Atravesó la ciudad en dirección a su estudio, dejó el coche a la puerta y subió. Se estremecía al pensar en la tarea que le aguardaba.

La cuña de papel continuaba en su sitio. Todo seguía igual.

¡Pobre Myra!

Era temprano aún. Stan hubiera dado cualquier cosa por tener algo que beber, pero comprobó que la botella de aguardiente se hallaba vacía. Era temprano. Debía esperar lo menos hasta la una, cuando ya hubieran terminado los espectáculos y la casi totalidad de los noctámbulos hubiese regresado a casa.

Esperar allí, junto al cadáver.

Procuró calmar sus nervios y ocupar la mente en perfeccionar los detalles del plan que se había trazado.

No pudo.

La una de la madrugada al fin.

Myra se había quedado tiesa como una estaca, pero Stan ya contaba

con ello. Le cubrió la cabeza con un trozo de tela, disponiéndolo a modo de chal y disimulando en lo posible la mueca espeluznante de su rostro. La envolvió en su abrigo. Apagó la luz del estudio antes de abrir la puerta y asegurarse de que en la escalera no había, nadie. Luego tomó el rígido cadáver entre sus brazos y salió.

Comenzó a bajar en tinieblas.

Nadie.

Todo iba bien. Las probabilidades de que uno de los vecinos regresara a aquella hora y se cruzase con él en la escalera eran escasas.

Llegó abajo.

En el momento en que maniobraba para sacar las llaves y abrir la puerta exterior, un rumor súbito hizo que se le erizaran de horror los cabellos de la nuca. Lo improbable había ocurrido; ¡alguien estaba abriendo aquella puerta desde la calle!

Un hombre entró canturreando. Antes de cerrar de nuevo la puerta pulsó el interruptor que había junto a esta y encendió la amarillenta y espaciada serie de bombillas que iluminaban la escalera.

Su canturreo se interrumpió con sobresalto.

—¡Oh, lo siento! —murmuró.

Se alejó apresuradamente escaleras arriba. ¡El amor! Lo único que había visto era que un hombre estrechaba a una muchacha contra sí en actitud de besarla, ambos en pie junto a la puerta. Reparó en que el hombre era un vecino apellidado Gleiwitz. A la muchacha no pudo verle el rostro.

¡El amor! El tal Gleiwitz no pareció siquiera percatarse de que alguien pasaba por su lado. Muy comprensible.

Stan estaba en realidad bañado en sudor de pies a cabeza. Aguardó a oír que el importuno cerraba la puerta de su piso, y solo entonces relajó el abrazo con que estrechaba a la muchacha muerta. Nunca olvidaría aquel instante, nunca; nunca el contacto en su pecho de aquel pecho femenino rígido y glacial.

Se asomó a la calle. Estaba desierta.

Salió sosteniendo el cadáver de Myra por la cintura y rápidamente lo metió en el coche. Saltó tras el volante. Sus manos temblaban cuando puso primera y partió.

Lo peor estaba hecho.

Condujo despacio, vagando al azar, hasta haber adquirido el mínimo de serenidad que necesitaba. Luego embocó la avenida Lustaretz y aumentó la velocidad.

Rebasó el parque. No tardó en avanzar por un completo descampado, con las luces urbanas de Varsovia muy atrás y el Vístula a su izquierda. Las luces urbanas eran prácticamente invisibles cuando se detuvo.

Faltaba el final.

Unió una pesada piedra al cuerpo de Myra y ató piedra y cuerpo con el abrigo, formando un solo fardo. Llevó el fardo al río. Lo arrojó al agua.

Hubo un sonoro chaff, y luego la corriente siguió su curso inmutable.

Stan sintió encenderse dentro de él la hoguera de una cólera salvaje. Ya todo había terminado. ¿Por qué le habría el general Linklatter enviado a Varsovia? ¡Allí estaba el fruto de aquella decisión! ¡El cadáver de una niña inocente en el fondo del río! ¡Nada más! ¡Absolutamente nada más!

Era mejor no pensar en ello. Había que ser un engranaje, no un hombre.

Emprendió el regreso a la ciudad y fue directamente a dejar el coche ante el edificio de apartamentos donde lo había encontrado. Todas las ventanas se hallaban ahora a oscuras, excepto una. Séptimo piso. Detrás de aquella ventana iluminada esperaba Elsie, y seguiría esperando. Elsie y la vida.

Stan se alejó con la cabeza baja.

Eran más de las dos y media cuando llegó a su estudio.

Sobre el diván estaba la carpeta de dibujo de Myra. La redujo a trozos, lo mismo que su contenido y lo quemó todo en la estufa triturando después las cenizas hasta pulverizarlas. Se sentía tranquilo cuando terminó, como el enfermo que acaba de vencer un acceso de fiebre.

Entonces, a oscuras, preparó la emisora de radio.

—Pe de Pilsudki. Eme Doscientos Dos llama a Primera Base.

Aguardó.

Repitió la llamada.

Volvió a repetirla. Estuvo repitiéndola en vano toda la noche.

Cuando, al amanecer, se tendió en el diván con los músculos de la espalda entumecidos y la garganta seca, había adoptado una resolución. La lucha había cesado. Renunciaba a dejarse morir miserablemente en el vacío.

Viviría. Por la mañana llamaría a Elsie para decirle que aceptaba su oferta.

¡Viviría!

CAPÍTULO XI

Había un teléfono allí mismo, en la lechería de los bajos. No necesitaba ir más lejos para llamar.

Parado en la acera, a la puerta de su casa, Stan consultó su reloj. Las diez y doce minutos. El sol de abril derramaba su caricia estimulante.

¿Qué le diría a Elsie?

“Has ganado”. No, no sería cierto. “Hemos ganado”. El triunfo era de los dos.

—Hermoso día —comentó el lechero, guiñándole un ojo—. ¿Cómo? ¿El teléfono? ¡Usted mismo! ¿Una de esas muchachas? ¡Ah, sí uno tuviera veinte años menos! Las cosas, créame, eran entonces muy distintas...

Había olvidado el número que marcaba la víspera.

Tomó la guía para buscarlo otra vez. Thorn. Ursula Thorn.

Descolgó el aparato y apoyó el dedo en el disco.

Entonces los vio llegar.

Uno de los coches se detuvo delante mismo de la lechería, el otro tres metros más allá. Eran solamente dos. En cada uno viajaba un agente de paisano, acompañado por cuatro policías de uniforme.

En un instante saltaron a la acera y entraron en la casa. Stan no necesitaba preguntar a qué piso iban, porque lo sabía de sobra: a su estudio.

¡Cuántas veces había pensado que ocurriría así! ¿Mujeres degolladas, cabezas envueltas en papel de embalaje, estranguladores nocturnos? ¡Nada de eso! En pleno día, llamando a la puerta, vistiendo uniforme y probablemente exhibiendo una orden legal de detención.

Era así como el servicio de contraespionaje de cualquier país actuaba en su propio territorio contra los agentes secretos extranjeros.

Stan volvió a colgar lentamente el teléfono. Demasiado tarde. ¿Llamar para qué? La lucha en el vacío había terminado, pero no para dar paso a la vida, sino a la muerte.

¿Llamar para qué? ¿Para pedirle a la doctora Thorn que amparase a un espía?

Había estado loco. Un nuevo soplo de locura, un nuevo sueño, un nuevo despertar.

—Hermoso día —repitió el lechero, restregándose las manos.

De espaldas a la puerta, no se había percatado de la llegada de los coches.

—Adiós y muchas gracias —dijo Stan.

—¡Pero si no ha llamado! ¿Cambió de idea?

—He visto que era demasiado tarde.

Abandonó la tienda y se alejó calle arriba, sin prisa, pero sin titubear, sin la menor demora: Todo estaba perdido. ¡Brillantes servicios los que él había prestado en Varsovia como sucesor del famoso M-111. Unos minutos bastarían a la policía para descubrir lo que disimulaba el “Catálogo de la Biblioteca Feuchwangler”. No se requería otra evidencia, si acaso alguna se requería aún.

Stan tomó un tranvía.

Se apeó tres paradas más allá, a capricho. No tenía cosa que hacer ni lugar al que dirigirse. Nada, salvo esperar que se consumara su suerte.

Pero alguien debía haberle denunciado.

¡Una sola, persona en Varsovia conocía su verdadera identidad! ¡Oh, por supuesto! ¡Una sola persona!

Apretó los puños. Aquella persona era el abogado Vassilewski. La idea estalló en su cerebro, y la furia que despertó casi le hizo daño. Había sido Vassilewski, ¡Cincuenta mil dólares y un viaje a París! ¡Ah, no, iba a cobrar un precio muy distinto.

Entró en un bar para consultar la guía telefónica.

Vassilewski. Había varios, pero un solo abogado. No necesitó tomar nota de las señas: se le grabaron a fuego en la mente.

Tardó media hora en llegar.

Era una típica casa burguesa, de estilo decimonónico, aunque bien conservada. Las placas fijadas en la puerta de la calle indicaban que vivía en ella dos abogados y un médico. Pisos grandes, sin duda, que admitían, a estilo antiguo, tener juntos domicilio y despacho.

A Stan le franqueó la entrada un muchacho de cutis granujiento.

—¿Vassilewski?

—La visita es por la tarde. De tres a seis.

Stan dijo que se trataba de un asunto personal y que su nombre era Stanislas Pilsudki; un nombre —el suyo verdadero— que daba no sé qué pronunciar.

El muchacho le invitó a esperar en una salita. Se oía teclear a lo lejos una máquina de escribir.

—Pase.

Vassilewski le recibía. Le hubiese recibido de todos modos.

Estaba en pie detrás de su mesa, pero era tan pequeño que se le hubiera creído sentado. Entornó los ojos al verle.

Stan avanzó calmamente, como un gato, atento a sus reacciones, presto a recurrir a la violencia. El abogado, sin embargo, nada hizo para provocarle. Solo le miraba, al tiempo que la cólera, no el miedo, cubría de rubor su rostro.

Cuando su visitante se detuvo ante la mesa, Vassilewski dijo:

—No debió haber venido.

—¿Por no comprometerle, quizá?

—No. Porque es inútil.

Stan se humedeció los labios con la lengua. Podía destrozar a aquel mísero hombrecillo entre sus manos, triturar sus huesos, hundirle de un puñetazo el cráneo.

No lo hizo.

—Sentía curiosidad por saber qué le ha inducido a renunciar a sus ilusiones —declaró—. Una curiosidad natural.

Los ojos del abogado relampaguearon.

—Yo no he renunciado a nada. Y me permito recordarle que dije haber tomado las oportunas precauciones para...

—¿Por qué ha enviado la policía a mi estudio? —le espetó Stan.

Vassilewski se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo?

—¡Maldito farsante! La policía está en mi estudio, todo ha terminado para mí. ¡Diga! ¿Quién puede haberla enviado, sino usted? ¿Quién más sabe que Stanislas Gleiwitz es un agente secreto norteamericano?

El hombrecillo hizo un gesto nervioso con las manos y se dejó caer en un sillón. Su rostro se contrajo súbitamente en una mueca de amargura.

—Yo no he sido.

—Vassilewski —dijo ominosamente Stan—; no me importan las precauciones que haya adoptado. Mi situación no puede ser peor de lo que es. Nadie puede causarme daño ya. Por ello, ¡entérese! he venido a matarle.

Vassilewski no semejó haberle oído. Reflexionaba.

—¿Ha dicho usted algo que despertara las sospechas de la policía? —preguntó. Y añadió distraídamente—: No alcanzo a comprender...

—¡Usted ha despertado sus sospechas!

—¡Cállese, imbécil! —exclamó el hombrecillo, furioso—. ¿Cómo se le ocurre semejante cosa? ¡Era mi mayor ocasión, mi única ocasión de ser rico y libre! ¿Y pretende que yo mismo la he frustrado? ¡Imbécil, más que imbécil! ¿De qué se queja? ¡Usted puede largarse de Varsovia cuando guste, ahora mismo, dentro de una hora, dentro de dos, tranquila e impunemente! ¡Puede cenar esta misma noche en los Campos Elíseos? ¿Y yo qué?

—Yo no puedo largarme de Varsovia. ¿Cómo voy a largarme?

Vassilewski le miró con sorpresa.

—¿Acaso no funciona su organización?

—¿Qué organización? Llevo tres días moviéndome en el vacío, completamente solo, sin contactos, sin informes, sin instrucciones. No tengo siquiera dónde esconderme. En cuanto se lo proponga, la policía me cazará; no lo ha hecho ya por una casualidad afortunada.

—Pero, oiga, ¿qué clase de agente es usted?

—No lo sé.

—¿Está seguro de no haber dado un paso en falso? ¿Realmente no puede explicar por qué se ha fijado en usted la policía?

—¡No!

Vassilewski, ceñudo, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Miente —dijo—. Tiene forzosamente que mentir. Apostaría a que, por ejemplo, está usted relacionado con el asesinato de Irina Novak.

Stan retrocedió un paso y le miró a los ojos.

—¿Pretende sonsacarme?

—Pretendo ayudar a usted y a mí.

—Muy bien. Yo me encontraba en casa de la Novak cuando la mataron.

El abogado enarcó las cejas. Titubeó. Luego extendió un brazo, tomó un periódico que había en un ángulo de la mesa y lo empujó hacia Stan.

—Se ha enterado de eso, ¿no?

Se refería a una noticia titulada: “Grouchka Bulk detenida por el asesinato de Irina Novak”. El texto explicaba que la “conocida artista” había sido detenida a primera hora de la noche, y que, si bien la policía se negaba a facilitar detalles, una buena pista había salido a luz, indicando la existencia de hondas raíces pasionales en aquel enigmático suceso.

Otra noticia en la misma página anunciaba que el general Slobodkin había emprendido por vía aérea el regreso a Praga.

—¿Quién es Grouchka Bulk? —preguntó Stan, pensativo—. ¿Una conocida artista de qué?

—De circo. Fue mundialmente famosa diez años atrás.

¿Sería posible? ¡Dios! ¿Sería posible?

—Hay muchas clases de artistas de circo. ¿Sería capaz esa mujer de descolgarse y subir a pulso por una soga de tres metros?

—¡Naturalmente! ¿Usted no ha visto actuar a la Bulk?

—¿Y de arrojar cuchillos con buena puntería? —insistió Stan.

—Esa es una de sus habilidades.

Stan fue a sentarse en un sillón y se oprimió la frente con las manos.

—No puede ser —murmuró:

Pero sabía que sí podía ser. Una artista de circo llamada Grouchka Bulk: “hondas raíces pasionales en aquel enigmático suceso”. ¡Naturalmente que podía ser!

Sin dejar de mirarle fijamente, Vassilewski cogió el teléfono que tenía sobre la mesa y marcó un número.

—Con el capitán Broda —dijo—. Soy Vassilewski —aguardó unos momentos, y añadió—: ¿Eres tú, Broda? No, nada importante. Oye, he leído que habéis echado mano nada menos que de Grouchka Bulk por ese asunto de la Novak... Sí, ya imagino que no habrá sido un trabajo cómodo. Acabo de ver dos de vuestros coches en la calle Slonim, y me ha parecido que eran algunos de tus hombres los que iban dentro. ¿Alguna derivación

interesante? ¿Cómo?

El abogado calló. Escuchaba. Su rostro iba adquiriendo una expresión de consternada sorpresa.

—¡Broda, tú tienes que inventarte esa historia! —exclamó momentos después—. ¡Tú o la Bulk! ¡Es increíble!

Hubo otra pausa.

—Sí, sí, me doy cuenta —dijo Vassilewski mordiéndose los labios—. Parece fruto de una mente desequilibrada... Buena, suerte, Broda. Ya me enteraré del desenlace por los periódicos. Sí, están muy bien gracias. Saluda a tu esposa.

Colgó.

Sus ojos asaetaban a Stan.

—¿A usted le ha sido enviada una cabeza humana? —preguntó bruscamente.

—Sí.

—¡Santo Dios! Luego, ¿es cierto?

—El envoltorio que arrojé al río cuando usted me siguió por el parque de Lustaretz era esa cabeza. ¿Cómo sabe que me fue enviada?

—Grouchka ha confesado —El abogado se revolvió nervioso en su asiento—. Según el capitán Broda, de la Brigada Criminal, la Bluk ha dicho que mató a Irina Novak por celos. Irina estaba seduciendo a su amante, un ingeniero llamado Chaskin. Él disimulaba, rodeaba sus relaciones del mayor secreto, pero la Bulk había entrado hace tiempo en sospechas vigiló a Chaskin estrechamente, y cuando adquirió la evidencia de que él tenía una nueva cita con la Novak, le mató, fue a casa de su rival y puso en práctica los planes que cuidadosamente había trazado para vengarse también de ella. Ahora bien, dice Grouchka Bluk que en la casa había otro hombre; que, habiendo perdido el tino, enloquecida, intentó asesinarle y falló el golpe, y que el hombre salió en su persecución y probablemente llegó a verla. Dice que pudo seguir al hombre hasta su casa y, más tarde averiguar quién era. Tuvo la idea de complicarle en el crimen. No se le ocurrió cosa mejor que decapitar el cuerpo de Chaskin y llevarle la cabeza cortada... La policía está buscando a ese hombre. Broda no me ha dicho su nombre, pero, por supuesto, es usted.

—¡Complicarme en el crimen llevándome la cabeza! —exclamó Stan—. ¿Qué idea es esa? ¿Está loca esa maldita bruja?

—Dudo que esté del todo en sus cabales. Recuerdo ahora que anduvo mezclada en cierto escándalo, ¡oh, sí! y se decía que la bebida había arruinado sus facultades y malogrado su carrera...

—¡No hay derecho!

—¿Qué quiere usted, Gleiwitz? Es la vida. La gente sube, baja, ama, odia, nace, muere, y nunca lo hace a gusto de uno. Los celos de una acróbata alcohólica me han costado cincuenta mil dólares y la libertad.

Suena grotesco, ¿no?

Stan se inclinó hacia adelante.

—¡Celos! Chaskin no sostenía relaciones amorosas con Irina Novak. ¿Por qué no llevaría esa bruja sus averiguaciones más lejos? Él era, simplemente, un enlace en nuestra red, e Irina un agente colector.

—Lo sé, o lo imagino —asintió Vassilewski. Y repitió—: Suena grotesco, ¿no es así, Gleiwitz?

—Usted sabe muchas cosas —replicó Stan.

—No las suficientes; de lo contrario estaría ya en París... Karl Walbruck me lo había prometido, y ya ve, terminó dejándome en la estacada.

—¿Sabe también que una mujer llamada Katia Rosemberg ha intentado dos veces matarme?

El abogado dio un respingo.

—¿Katia? ¿Precisamente ella? No comprendo... ¿Por qué razón?

—Es largo de contar. Al parecer, teme que yo sugiera a la policía la idea de que su difunta amiga Irina era una espía americana. Le insinué la posibilidad para sonsacarla acerca del crimen.

—¿Y se asustó?

—Sí.

Vassilewski reflexionó un instante.

—Debió de ser para ella una sorpresa desagradable... El hecho de que Irina fuera una espía la coloca en difícil posición. ¿Por qué le insinuó usted eso?

—¿Por qué no?

—¿Cae de las nubes? Irina y Karl Walbruck se aprovecharon del candor de Katia Rosemberg para conseguir informaciones muy valiosas; sin que ella se percatase del favor que les hacía, claro está. Katia es íntima, muy íntima amiga de uno de los jefes del Servicio de Seguridad polaco...

—¿Zarki?

—Valerian Zarki, en efecto. ¿Está claro? La noticia de que Irina fue una espía habrá aterrorizado a Katia, haciéndole comprender la importancia que en realidad tenían los informes que amistosamente le sonsacaban aquella y Walbruck. Su miedo, es Zarki quien se lo inspira. Antes que perder su amistad y protección habrá optado por matarle a usted — Vassilewski hizo una mueca—. Le compadezco, Gleiwitz, casi tanto como me compadezco a mí.

Stan no dijo nada.

Él había indirectamente estrangulado a la pequeña Myra. Él era culpable de aquel repelente crimen. Asustando a Katia Rosemberg con sus estúpidas insinuaciones había desencadenado sobre la pobre criatura las fuerzas del mal.

—¿Qué le pasa? —inquirió el abogado, observándole.

—Nada. Pensaba en la facilidad con que Katia ha dispuesto de un

asesino. Es alguien a quién ella tiene muy a mano, por lo menos cuando está en el café; alguien que utiliza una trenza de seda como arma.

—¿Una trenza de seda? ¿Un estrangulador?

—Sí. Y un cobarde, además.

Vassilewski sacudió la cabeza.

—No le conozco. Soy abogado criminalista y he tenido asuntos con innumerables delincuentes, entre ellos algunos homicidas estranguladores; pero estos últimos han muerto ya todos. No sé quién pueda ser.

—Vassilewski —dijo de pronto—, le propongo un trato.

—¿Usted? ¿Acorralado y desesperado? Los tratos que usted pueda proponerme, Gleiwitz, ya no me interesan.

—No lo diga tan deprisa. Mi barca se va a pique, ¡y se da la casualidad de que también usted navega en ella! Me hundo, Vassilewski; pero, o me tiende usted una mano, o le arrastro al fondo conmigo... ¿Sabe a lo que me refiero? ¿Se percata del daño que puedo hacerle con una palabra mía dicha a la policía?

El rostro del abogado se congestionó.

—¿Qué demonio quiere?

—Simplemente, un contacto... Por alguna razón que ignoro se me ha dejado solo en Varsovia, completamente solo en el vacío, como si estuviera apestado, como si infectase. ¡Aunque usted no lo crea, Vassilewski, repito que es así! Facilítame el contacto con alguno de los agentes americanos que hay aquí, ¡que tiene forzosamente que haber aquí! y yo le llevaré a París conmigo.

—¿Se da cuenta de lo que dice? ¡Usted, un agente americano, pidiéndome a mí, un extraño, un paria, un indeseable, que le ponga en contacto con sus propios colegas! ¡Nunca oí nada igual!

—Me doy cuenta.

—¡Es una trampa!

—No lo es.

—¡También Walbruck prometió llevarme consigo.

—Yo no soy Walbruck.

Vassilewski se puso en pie como disparado por un muelle y anduvo excitado de acá para allá.

—¡Pero si es tan sencillo! ¿Qué clase de agente es usted? ¿Qué ha hecho para que le abandonen a su suerte, si realmente le han abandonado? ¿O qué cochino juego está haciéndome? ¡Ah, si estuviera aquí Walbruck! Él me conocía, sabía que de mí no hay nada que temer...

—¿Tiene miedo?

—Sí. Todo lo ilógico y absurdo me infunde miedo.

—Arriésguese.

El abogado se detuvo. Miró a Stan a los ojos.

—Muy bien. Le daré un número de teléfono y el nombre de una

persona; si mis presunciones son ciertas, podrá entenderse con ella. Pero no intente burlarme, no intente dejarme otra vez en la estacada, porque, ¡se lo juro, no saldrá usted de Varsovia vivo!

—¡Diga el número!

Vassilewski lo dijo pronunciando, lentamente las cifras. Añadió:

—Pregunte por Elsbeth Kempton, y buena suerte.

Stan se estremeció.

Hubo un largo, un mortal silencio.

—Pero...

—¿Qué? —dijo el abogado, furioso—. ¿Qué hace ahí sentado? ¿No tiene ya lo que buscaba?

Como en sueños escuchó Stan su propia voz:

—¿Dónde puedo encontrar ahora a Katia Rosenberg? Si es en su casa, ¿dónde vive?

—¡Katia no importa ya! ¿Pretende burlarse de mí?

—¡Pregunto dónde vive!

Vassilewski retrocedió, intimidado. “Está loco”, pensó. Tenía que estar loco. Esto explicaría que la red americana lo hubiera expulsado de sí como un foco de infección.

¿Qué era lo que expresaba su rostro? ¿Sufrimiento? ¿Angustia? ¡Y sus ojos! Había en ellos la sombra de la muerte.

—Maldigo el momento en que me fijé en usted, Gleiwitz. Katia Rosenberg vive en la Polianska Strava, número doscientos seis. ¿Pretende hacerle una visita? ¿Con toda la policía pisándole los talones?

Stan se levantó lentamente.

—Tengo una gran deuda con ella.

—¡Despierte, Gleiwitz! ¡No hay tiempo que perder! Le he proporcionado el contacto que necesitaba, ¿no? ¡Si va a ver a Katia puede ser demasiado tarde!

—Es demasiado tarde ahora —Stan echó a andar hacia la puerta—. Lo siento, Vassilewski: no habrá viaje a París. Me quedo en Varsovia.

—¿Ha perdido el juicio? ¡La policía le cazará!

—Que lo haga.

El abogado se retorció las manos con desesperación.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha cambiado de idea? ¿Va a dejarse morir?

—Sí.

—¡Gleiwitz! ¿Qué le ocurre?

—Nada. Adiós, Vassilewski. Repito que lo siento.

Nada.

¡Oh, nada, nada! Bastaba llamar a un número y preguntar por determinada persona para que el contacto con la red volviera a establecerse y desapareciese para siempre el vacío.

Llamar al número de la doctora Thorn. Preguntar por Elsie Kempton.

¿El amor? ¿La vida?

¡Qué farsa sangrienta! Elsie no era sino una agente americana que cumplía órdenes. Muy bien. ¿Para qué seguir adelante?

La muerte en el vacío era mejor.

CAPÍTULO XII

Lo único que deseaba era terminar pronto y de la manera que fuese. ¿Precauciones? ¿Para qué? No tenían, objeto ninguno, como no fuera el de salvar la vida. ¿Qué vida?

No valía la pena.

Stan llamó a la puerta de la casita: 208, Polianska Strava, en el extrarradio residencial; una casita burguesa que hubiera encandilado los ojos del público que se solazaba con la música, el espectáculo y la decoración del café cantante de la plaza Diez de Mayo. Katia Rosemberg era demasiado bella, demasiado fuera de serie para habitar allí.

Pero habitaba.

La puerta tardaba en abrirse. Stan volvió a llamar.

Abrió una mujer entrada en años, pequeña y rechoncha, vestida de negro que estaba, sin motivo aparente, asustada hasta el paroxismo. Sus dientes castañeteaban. Su cuerpo de tonel temblaba como un flan.

Solo con verla supo Stan que Katia a su vez le había visto llegar y le esperaba.

La mujer ni siquiera pudo hablar. Se apartó a un lado.

El traspuso el umbral.

—Siga adelante —oyó decir a la hebrea—. Acérquese.

Estaba al fondo del vestíbulo, en el hueco de una puerta. Esperándole efectivamente. Su delicada mano sostenía una pistola de pequeño calibre.

Junto a ella se encontraba un hombre. ¿Valerian Zarki? No, imposible. Era un individuo de aspecto enfermizo cabellos de estropajo, cara arrugada, miserable vestido con jersey y pantalones. Había algo horrible en él; algo indefinido que producía una sensación a un tiempo de lástima y y asco.

—¡Acérquese! —repitió Katia con impaciencia.

Stan avanzó.

—No se ponga nerviosa. Es usted quien tiene la pistola, no yo.

Ella retrocedió para dejar la puerta libre.

—Entre.

Stan pasó frente al hombre. ¿Por qué era horrible? ¿Qué tenía de particular? No podía expresarse más que con la palabra “miseria”. Una especie de leproso, pero con la lepra en el alma.

La habitación era una biblioteca. Stan miró en torno mientras el desconocido cerraba la puerta y luego, respondiendo a un gesto de la mujer, se colocaba detrás de él y le cacheaba. Sus manos tenían un tacto suave, ligeramente tembloroso.

Katia dijo:

—Es usted un insensato, Stan. Debíó pensar, al venir que no saldría de aquí con vida. No puedo arriesgarme. Desde ayer me ha tenido en vilo la idea de que me denunciara a la policía; puesto que no lo ha hecho peor para usted.

Él señaló al hombre con el pulgar por encima del hombro.

—¿Fue su amiguito? ¿Mató a la muchacha en mi estudio?

Katia titubeó.

—Crea que lo lamento. Yo no estaba preparada para esta clase de contingencias y hube de recurrir a quién tenía a mi alcance... Caleb no es un profesional del crimen. Hizo lo que pudo pero muchos años de penalidades han minado su naturaleza... Repito que lo lamento de verdad.

—¿Sabe a qué he venido? —preguntó Stan.

—A morir.

—¡A matarles a usted y a él! Y agradezco la deferencia de esperarme juntos.

Ella se encogió de hombros.

—Lo menos que podía hacer por el pobre Caleb era ocultarle en mi casa después de su segundo fracaso. Pero ha perdido usted el juicio, Stan... ¡A matarnos! ¿Por qué no me ha denunciado a la policía?

—Porque no puedo.

—¿Qué se lo impide?

—El hecho —dijo él calmamente— de ser yo un espía americano.

La mujer dio un paso atrás. Había encajado la sorpresa como un golpe.

—¡Usted!

—Qué lástima no haberlo sabido antes ¿verdad? ¡Cuántos temores, ansiedades y complicaciones se hubiese ahorrado! ¡Le hubiera bastado un aviso a Valerian Zarki para verse libre de mí!

Katia respiraba agitadamente.

—Debí adivinarlo.

—¡Oh, no! Es usted demasiado estúpida. Usted no adivina nada; ni siquiera adivinó la verdadera identidad de Irina Novak y Karl Walbruck, que estuvieron descaradamente sonsacándole informes procedentes de Zarki. ¡Su respetado y temido Zarki!

—Puedo avisarle todavía —dijo la mujer, pálida, tragando saliva dificultosamente—. Gracias por advertírmelo. Me evitará tener que matarle...

—Pruébelo.

Sobre una mesa había un aparato telefónico, hacia el cual voló por un instante la mirada de Katia. El recelo, el desconcierto le impidieron, sin embargo, efectuar cualquier movimiento en aquella dirección.

—No... no comprendo... ¿Por qué viene usted ahora y me dice todo eso? ¡Se ha vendido a sí mismo! ¡Se ha condenado! ¿O acaso está

tendiéndome una trampa?

Stan, disimuladamente, puso en tensión sus músculos. Intuía que el momento crítico había llegado.

—La explicación es clara —dijo aún—. Sé por experiencia que se necesita ser un tirador mejor de lo que comúnmente se cree, o tener una suerte excepcional, para matar a un hombre de un solo tiro, incluso encañonándole previamente. Me arriesgo sobre la hipótesis de que no es usted buena tiradora. Disparará una vez, pero no me matará; y yo le arrebataré el arma antes del segundo disparo, y me daré el gusto de vaciarle en el vientre el resto del cargador. Esto es lo que va a ocurrir.

Las palabras, como él se había propuesto, hicieron perder a Katia la serenidad. Sus bellos ojos adquirieron reflejos de locura. Se mordió los labios. La palidez de su rostro tomó un matiz verde. Tembló la mano con que empuñaba la pistola.

De pronto —por señas, como anteriormente—, dio una orden al hombre.

Stan se arrojó entonces contra ella.

El disparo semejó, en la pequeña habitación, el estallido de una carga de dinamita. El choque de la bala lo sintió Stan repercutir hasta en la última partícula de su cuerpo. ¡Baladronadas! El único tiro de un inexperto podía matar. Mataba en la mayoría de los casos si era disparado prácticamente a quemarropa.

Iba a morir. Había caído al suelo, no veía no oía, no tenía fuerzas ni para respirar.

Pero ¿cuánto tiempo había transcurrido? ¿Una décima de segundo?

Las fuerzas y la conciencia volvieron a él como una explosión, ¡y todavía las últimas ondas del estampido del arma vibraban en el aire!

Estaba saltando.

Sus manos se fijaron en la garganta y la muñeca de la mujer con una presa feroz. Notó vagamente que Katia chillaba. Luego le arrancó la pistola.

El hombre, el silencioso estrangulador, intervenía ya. La primera bala disparada por Stan le entró por la frente. Las demás, todas las demás, fueron para Katia.

¿Baladronadas?

Cayó un telón negro. Stan se abandonó a la irresistible succión del vacío. Ya no se percató de que, al derrumbarse, quedaba tendido de través sobre el ensangrentado cadáver de la mujer más hermosa que conociera en su vida.

* * *

Era una vibración rara, con un zumbido continuo por fondo.

—No te muevas —dijo, muy quedo, una voz de mujer.

Había una luz tenue.

Stan extendió la mano y tocó otra mano pequeña y fina.

—Por favor, no te muevas —añadió la voz—. Ya falta poco. En Londres te extraerán la bala.

Él hizo un esfuerzo para articular:

—Tú eres Elsie.

Solo veía su silueta.

—Sí, Stan. Tranquilízate. Estoy contigo. Volamos directamente hacia Londres. Todo ha terminado.

El lugar era, pues, el interior de un avión.

—¿Qué ha pasado?

—Te sacamos de allí antes de que la policía acudiese; te tuvimos oculto en Romnuisk, cerca de Radom, hasta conseguir este aparato... No fue posible operarte, pero por el momento no hay peligro. Vassilewski, ¿comprendes? me llamó por teléfono. Estábamos buscándote desde que Grouchka Bulk confesó.

—¿Viene Vassilewski con nosotros?

—Tuvimos que acceder: era justo. No hables, Stan...

—¿Por qué no? ¿Qué te importa a ti que reviente? ¿Qué os importa a todos? Lo vi claro cuando Vassilewski me reveló tu identidad. Creíais que era yo quien había matado a la Novak y a su maldito enlace; creíais que aprovechaba la primera ocasión para destruir la tan cacareada maquinaria montada por el genial Walbruck, y que era un traidor, y que me había vendido al enemigo. Por ello me dejasteis solo, incomunicado, para que muriese en la oscuridad como una rata. Y tú, tú eras uno de nosotros! ¡Te encomendaron la misión de probarme! ¡Te ordenaron seducirme, tentarme con tus ofertas, seguros de que mordería el anzuelo y no vacilaría en desertar! ¡Y estuve a punto de ceder, idiota de mí! ¡Cerdos! ¡Canallas! Esto no se le hace a un hombre. ¿Para qué me lleváis a Londres ahora? ¿Para presentarme vuestras excusas?

Elsie no contestó.

Alguien dijo desde la parte delantera del avión:

—Habrá que darle otra inyección de morfina si no se calma.

Stan, agotado, calló. Le respiración se deslizaba entre su labios con un susurro sibilante.

Transcurrido algún tiempo volvió a sonar la voz de la muchacha:

—Stan, ¿me oyes? ¡No, Stan, no! Has de vivir. Es de humanos equivocarse. Se equivocaron contigo, pero no puedes culparles por ello. Has de vivir...

—Déjame morir en paz —murmuró él.

Con los ojos cerrados, Stan veía mentalmente el desfile de los recuerdos. ¿Cómo lo calificó Vassilewski? Grotesco. Era grotesco que una estúpida acróbata de circo embrutecida por el alcohol hubiese

desencadenado el drama, que semejante grano de arena hubiera podido introducirse entre los engranajes hasta paralizar la colosal maquinaria montada a costa de tanto sacrificio. Pero no fue grotesco lo que siguió. No lo fueron sus horas de ansiedad, ni tampoco sus horas, breves horas de dicha.

No lo fue que la pequeña Myra muriese estrangulada.

—Tú nunca lo comprenderás.

—Stan —suplicó Elsie.

—¡Déjame! Tienes un deber que cumplir, lo sé, conozco la historia. Ordenes son órdenes. Te pido que me dejes en paz, no que te disculpes.

—Quiero decirte algo.

Él guardó silencio.

¿Por qué no le habría matado la bala de Katia? ¿Por qué?

—Stan, escúchame. Yo debería haberme quedado en Polonia. He abandonado mi puesto y renunciado a todo. Voy a Londres para presentar la dimisión.

Él continuó silencioso.

—No lo hago por arrepentimiento tardío —añadió la muchacha—; no por arrepentimiento tardío de lo que tú supones... Es verdad que recibí orden de probarte y brindarte ocasión de desertar. Pero voy a presentar la dimisión, Stan, ¡te lo juro! porque estaba dispuesta a desertar contigo si tú hubieras aceptado. ¿Me oyes, Stan? ¡Estaba dispuesta a desertar contigo! Puedes creerlo o no; esto es lo que quería decirte.

Stan no pronunció una palabra.

Volaba sobre Holanda cuando se durmió. Por entonces tenía la mano de Elsie tiernamente asida entre las suyas.

FIN

Se propuso hacer hablar al "gangster" aunque tuviera que partirle todos los huesos a puñetazos, y cuando le arrancó la confesión que deseaba se quedó pálido de estupor... ¿Qué confidencia le haría aquel hombre para que causase tan profunda impresión en un tipo templado como Steve Fox...?



Lea la respuesta en las páginas de

EN LA TRAMPA

¡Un relato policíaco de acción relampagueante que mantendrá su ánimo en tensión desde la primera hasta la última página!

KEN LUGER

es el celebrado escritor, que ha volcado en las páginas de esta novela impresionante, lo más puro y dinámico de su prosa, consiguiendo una de sus más acertadas creaciones de los últimos tiempos

EN LA TRAMPA

Recuerde este título y lea la novela en el próximo número de *a fantástica*

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Nos agradecerá el consejo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

652 — Jesús Navarro
DE ESPALDAS AL AMOR

COLEC. "MADREPERLA"

548 — Carol Rodi
LA FORMULA MAGICA

COLECCION "ROSAURA"

492 — Lucila Mataix
UNA HERENCIA PARA DOS

COLECCION "AMAPOLA"

379 — Corín Tellado
AQUEL MINUTO

COLECCION "ALONDRA"

331 — Valentina del Barco
AQUELLA PASION...

COLECCION "CAMELIA"

273 — Amparo Lara
NADA NOS SEPARA

COLECCION "ORQUIDEA"

242 — María Morgan
CAMINO DE SOMBRAS

COLECCION "CORAL"

123 — Corín Tellado
HISTORIA DE DOS
MUJERES

COLECCION "BISONTE"

593 — Orland Garr
EL TAHUR DEL MISSOURI

COL. "SERVICIO SECRETO"

457 — Mark Halloran
MUERTE EN EL VACIO

COLECCION "BUFALO"

290 — Clark Carrados
EL RANCHO DE LA "Q"

COLECCION "CALIFORNIA"

137 — Alf Regaldie
TRUHAN DE ALTA
ESCUELA

COLECCION "TEXAS"

158 — J. de Cárdenas
LA MUERTE VA CONMIGO

COLECCION "COLORADO"

82 — M. L. Estefanía
COLORADO MURDER

COLECCION "KANSAS"

48 — M. L. Estefanía
CHEYENNE, CIUDAD DE
INTRIGA

COL. "HEROES DEL OESTE"

30 — M. L. Estefanía
EL RANCHO DIAMOND

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proveo, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

*De la galena a la tele-
visión*

*Curso elemental de te-
levisión*

Televisión práctica

Averías de televisión

¡Cuatro libros que no
deben faltar en la bi-
blioteca de todo buen
técnico o aficionado a
la radiotelevisión!



COLECCION TECNICA AL DIA

se los ofrece en su interesantísima serie de libros
técnicos

¡Aproveche esta gran ocasión de conocer todos los
secretos sobre el montaje y reparación de recep-
tores de TV!

¡La técnica de este invento maravilloso al alcance
de su mano!

¡Recuerde...!

COLECCION TECNICA AL DIA

Precio: 30 ó 35 ptas., según volumen

Pida catálogo de obras técnicas a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Acción al rojo vivo!
¡Emoción y violencia!
¡Los más famosos au-
tores del género!
Todo lo hallará en la
nueva...



COLECCION "ASES DEL OESTE"

¡Una nueva serie de trepidantes aventuras, cuyo volumen número 1 aparecerá la próxima semana!

Lo firma el genial

RAF SEGRRAM

titulándolo:

El fantasma del peñascal

¡Téngalo bien presente!

COLECCION "ASES DEL OESTE"

Aparición semanal

Precio de venta: 8 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

COLECCION HISTORIAS

presenta en su último volumen publicado, una obra apasionante que no debe faltar en la biblioteca de muchacho alguno...

VIDA DE PIO XII

¡286 maravillosas páginas y más de 200 magnificas ilustraciones que permiten "ver" lo que se está leyendo, como si se tratara de una película!

VIDA DE PIO XII

¡La vida del Papa más grande de nuestros tiempos y la historia de la fructífera labor llevada a cabo durante su pontificado!

VIDA DE PIO XII

¡Un libro que maravillará a toda la juventud!

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA

Proyecto, 2

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

●

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 64, núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 - LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Agencia Selecciones - Aguirre, 717. GUAYAQUIL.
- ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA:** Fidel International, 6.419 Busch Drive - Malibu (California). - (Para bolsilibros). New York City: Jules des Angles. (Para bolsilibros).
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 - GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones 23 Este, núm. 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15^a Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.265 MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



*Piper Laurie
Tony Curtis*

N.º 883

Rosetta Jacobs nació en Michigan el 22 de enero de 1932. Bernard Schwartz, nació el 3 de junio de 1925 en Nueva York. Está casado con Janet Leigh. "Jonny Dark", junto a Piper Laurie es su última película.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptes. Impreso en España - Printed in Spain